



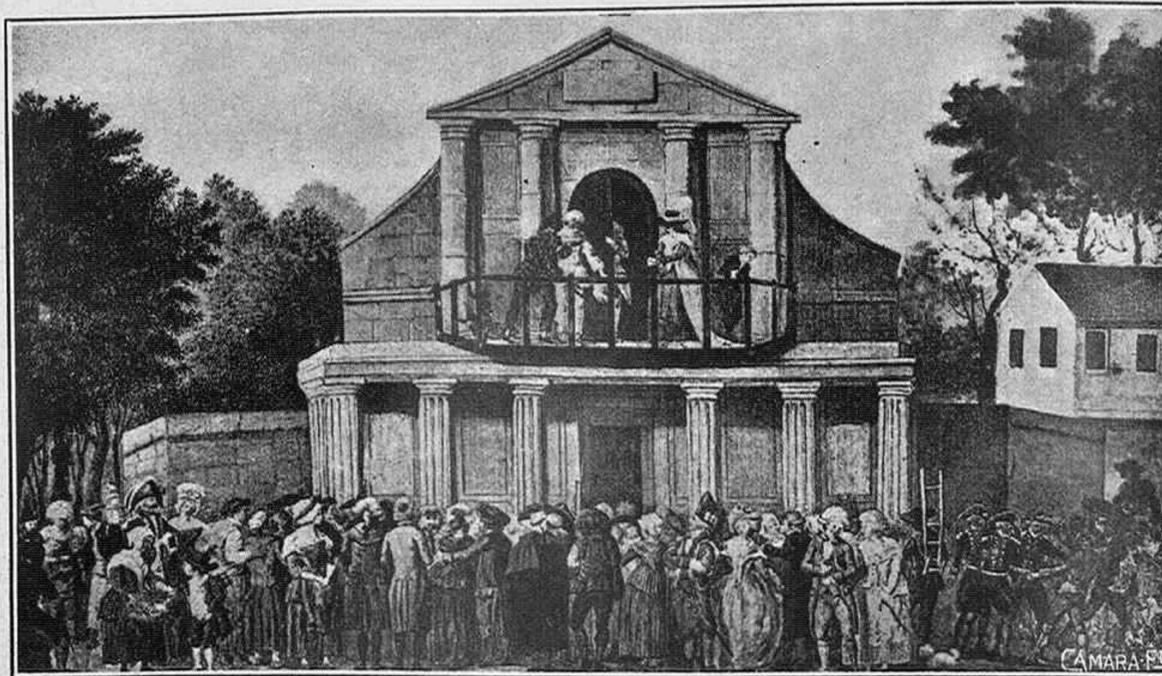
DE LA ESTANCIA DE LA REAL
★ FAMILIA EN SANTANDER ★

Sus Altezas las Infantas doña Beatriz y doña Cristina, acompañadas del Infante D. Jaime, saludando á los oficiales de la Escolta á su llegada al palacio de la Magdalena, en la bellísima península de este nombre (Fot. Del Río)

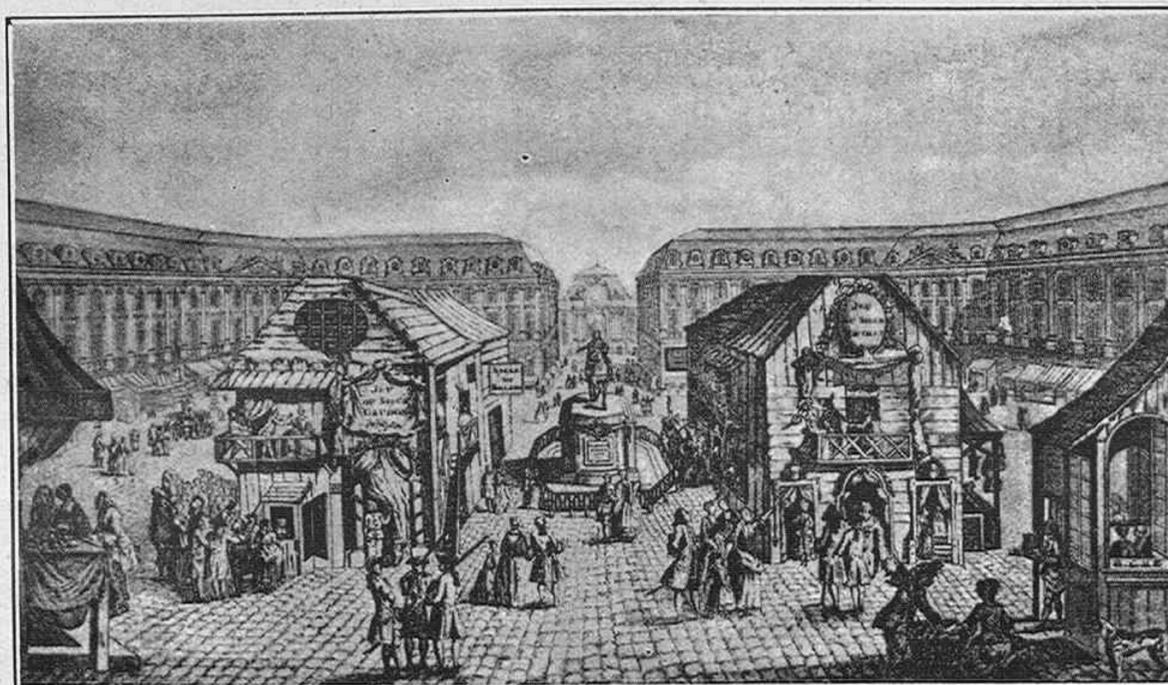
EMOCIONES DE PARÍS FERIAS HISTÓRICAS

EN el mes de Mayo celebra París la feria de San Germán, que celebró en distinta época del año otrora. Mal vestidos á la moda del siglo XVIII, chamarileros y otros comerciantes de la orilla izquierda acotan el centro de la plaza de San Sulpicio para vender desde unos tenderetes falsas antigüedades y caras baratijas, mientras, junto á la fuente, yérguese un tinglado donde se representan comedietas sin sabor alguno. A despecho del buen propósito con que la alcaldía del distrito pretende resucitar así el difunto ayer, se nos antoja más difunto que nunca ante su torpe evocación actual. ¿Por qué viene á la prócer plaza tan burdo remedo, harto lejano, de sus documentarias pretensiones? Porque el pueblo parisiense ama las fiestas, y entre ellas goza de predicamento esa descolorida mascarada á que reducen nuestros días un regocijo histórico.

La feria de San Germán, una de las primeras de París, data de 1176, cuando aún no había sucedido la iglesia de San Germán de los Prados á la abadía primitiva, cuyos monjes explotaban el ansia de divertirse de las muchedumbres. Sin perjuicio de su origen litúrgico, comportaba un pretexto de libertinaje y desenfreno, hasta que el fuego la arrasó, como á las ciudades malditas, hace dos centurias. A partir de entonces, restablecida por Luis XV, sólo supuso acaso el recuerdo de sí propia, y al presente implica una rapsodia tartamudeada sobre la losa de un sarcófago. No obstante, todavía encanta al vulgo,



El teatro de la feria de San Lorenzo á fines del siglo XVIII, según una estampa de la época



Otra estampa antigua que reproduce el aspecto de 1ª feria de San Ovidio en la plaza de Luis el Grande, hoy plaza Vendôme

fácil de encantar, conforme desencanta á los amigos del pretérito.

A medida que ensanchábase Lutecia, las ferias populares invadían los diferentes barrios, organizadas por frailes casi siempre: la de San Lorenzo, en el suburbio que arrancaba de la puerta de San Dionisio; la de San Ovidio, en la plaza de Luis el Grande, hoy plaza Vendôme; la de San Lázaro, dedicada á los leprosos, y otras muchas. Allí se naturalizarían franceses los italianos Polichinela y Pantalón, la loca Colombina y Pierrot el molinero, democratizando el teatro. Al acorro de tales expansiones callejeras, oreaban sus orgías los ricos y olvidaban su miseria los pobres. Entretanto, iba perfilándose, bajo un pálido cielo,

la proverbial sonrisa de París.

Emprendamos, á fin de imaginarnos alborozos semejantes, un lírico paseo por el papel amarillento de las viejas estampas. Sin tumulto, nos muestran una gente que disfruta al aire libre, y hay algo de pueril en esta distracción que no excluye los excesos báquicos ni eróticos; hay, además, una alegría efectiva, la alegría del parisiense nato, cándido y vicioso niño grande. Subsiste alegría tamaña, ayudando á vivir á quienes la sustentan, aunque la vida se delate amarga y dura. Si la feria de San Germán constituye ahora una caricatura de su esplendor pasado, el público que se deleita con tal reminiscencia se parece al público que antaño la animara; en el fondo se nos antoja el mismo, luego de sufrir diversos avatares, pues abuelos remotos le transmitieron el impagable don de un júbilo perenne. Y se solaza frente á los disfraces de unos mercaderes que no tienden sino á expedir su mercancía, según se solaza también frente á las barracas aldeanas de la carretera de Neuilly ó frente al cuarteto que en cualquier esquina repite un saldo de canciones.

París no necesita los miríficos espectáculos con cuya apoteosis atrae la curiosidad del extranjero. A su alma privilegiada, alma un poco lugareña, le basta el menor asomo de bullicio. En cuanto el bullicio se inicie, lo engrosará una multitud de jóvenes parejas que comen golosinas y se besan los labios, llegando á confundir muy pronto labios y golosinas...

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA]



Una representación teatral en la feria de San Germán actualmente

CÁMARA F10

EL PALACIO Y EL BOSQUE

TRES HORAS EN LA MAGNÍFICA POSESIÓN LLAMADA LA ALAMEDA DE OSUNÁ



Fachada principal del palacio de Osuna, que da á los jardines de la Alameda

LA TIERRA YERMA Y HOSCA...

El coche, como un bajel entre escollos, sube el repecho de las Ventas rozando las tablas de los tenderetes, abriéndose paso por entre los carros cargados de sacos, y las recuas de mulas y borriquillos que portean materiales y vituallas. La bocina abre con su ronquido un claro en la muchedumbre proletaria que llena la calle.

Saltan los arrapiezos como gañafotes; las comadres llaman á gritos á sus críos, y los hombres, con los brazos desnudos, como boxeadores, miran desdeñosos nuestro automóvil, del que cuelga un cartón—0,60—que anuncia que sólo somos dueños circunstanciales del vehículo.

La perspectiva es árida y fea. Manchas ocres tiznadas por las salpicaduras de algunos arbolillos que pregonan su tozudez ibérica agarrándose á un suelo hostil y pedregoso; pardos cerretes, como escudos, enlazados por los eslabones de las cañadas, donde restrega sus élitros la frívola cigarra contratada por la Naturaleza para los conciertos de verano, la que afila con su chirrido el airecillo canicular, que como un gato travieso hace bolas y espirales con el polvo de la carretera.

Pero en un instante la decoración cambia. La tierra yerma y hosca, tormento de los ojos, se

convierte en un vergel, y nuestras pupilas se preparan para una orgía.

A un lado y á otro del camino, los árboles centenarios unen sus verdes pirámides, ofreciéndonos un magnífico dosel. La melena ardorosa del sol no puede romper la espesa urdimbre. En esta almáciga arbórea, donde hay arbustos cuyos viejos troncos no pueden abarcar dos hombres, están todas las especies consagradas á los dioses por la mitología griega: Júpiter tiene su encina, Apolo su laurel, Minerva su olivo, y el mirto Venus.

El plátano, que recuerda el diáfano y luminoso Mediodía, se yergue airoso junto al pino norteño, y la alegre acacia dialoga con el ciprés de elegante silueta y de prestigio sentimental.

Y bordeando el camino, sirviendo de antesala al bosque, hay cientos de rosales, cuyas flores, de hojas pálidas y blancas, caen como desmayadas ante los rojos pétalos de los geranios. El bosque se ha puesto esta joya de color, y el jardín es una inmensa canastilla. Estamos en Barajas, en la famosa *Alameda de Osuna*, llamada también *El Capricho*, de la que dijo Madoz en su *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España*, que era una de las posesiones más hermosas y magníficas que hay en nuestro país, y la única quizá que puede competir con los reales sitios.

LA PLAZA DE EMPERADORES

Es dueño de esta mansión prócer un hombre de fuerte contextura intelectual, dotado de finas apetencias estéticas y de un poderoso dinamismo: D. Ignacio Bauer, el que para descansar de sus negocios financieros se entrega á los nobles requerimientos del arte. El nombre de este caballero brilla lo mismo en los cenáculos literarios, de gentes soñadoras y alegres, que no tienen más tesoro que el de sus imágenes, que en las graves y severas reuniones de los capitanes de finanzas, donde Pluto ahuyenta á las musas.

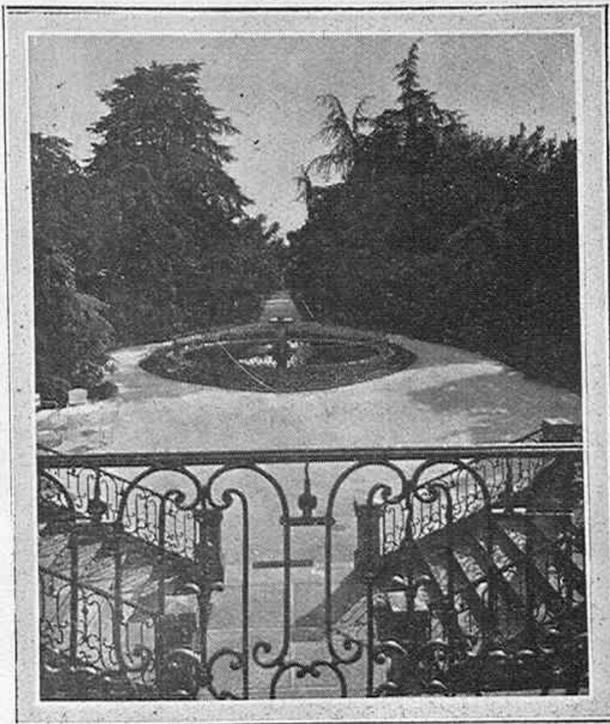
El Sr. Bauer—que ha autorizado nuestra visita á la Alameda—ha transcrito en un pequeño libro dos descripciones de dicha finca, henchida de evocaciones históricas y de riqueza.

.....
Cuando llevamos andando un gran trecho por la ancha avenida de árboles de la Alameda, el paseo se expande en una gran plaza, llamada de Emperadores, donde hay un templete formado por cuatro columnas de mármol de orden jónico, que sostienen una semicúpula encasetonada, en cuyo centro y sobre el pedestal, en mármol, se halla colocado el busto en bronce de la excelentísima señora D.^a María Josefa Pimentel, condesaduesa de Benavente, y que es obra del es.

cultor D. José de Tomás. En el pedestal se lee la siguiente inscripción, en latín:

«A María Josefa Pimentel, madre del conde de Osuna y de Benavente, muy celebrada por la agudeza de su ingenio, por su elevado ánimo, por su piedad, por su benevolencia hacia los suyos y para con los demás, por su afabilidad, por sus cualidades admirables, fundadora de esta hermosa Casa de Campo.—Pedro de Alcántara Téllez Girón, su nieto y sucesor en el año de 1838»

Al templete se sube por siete escalinatas, interrumpidas por ocho zócalos, sobre los cuales descansan otras tantas sirenas vaciadas en plomo por D. Francisco de Elías, las cuales, con una gradería semicircular, completan el basamento,



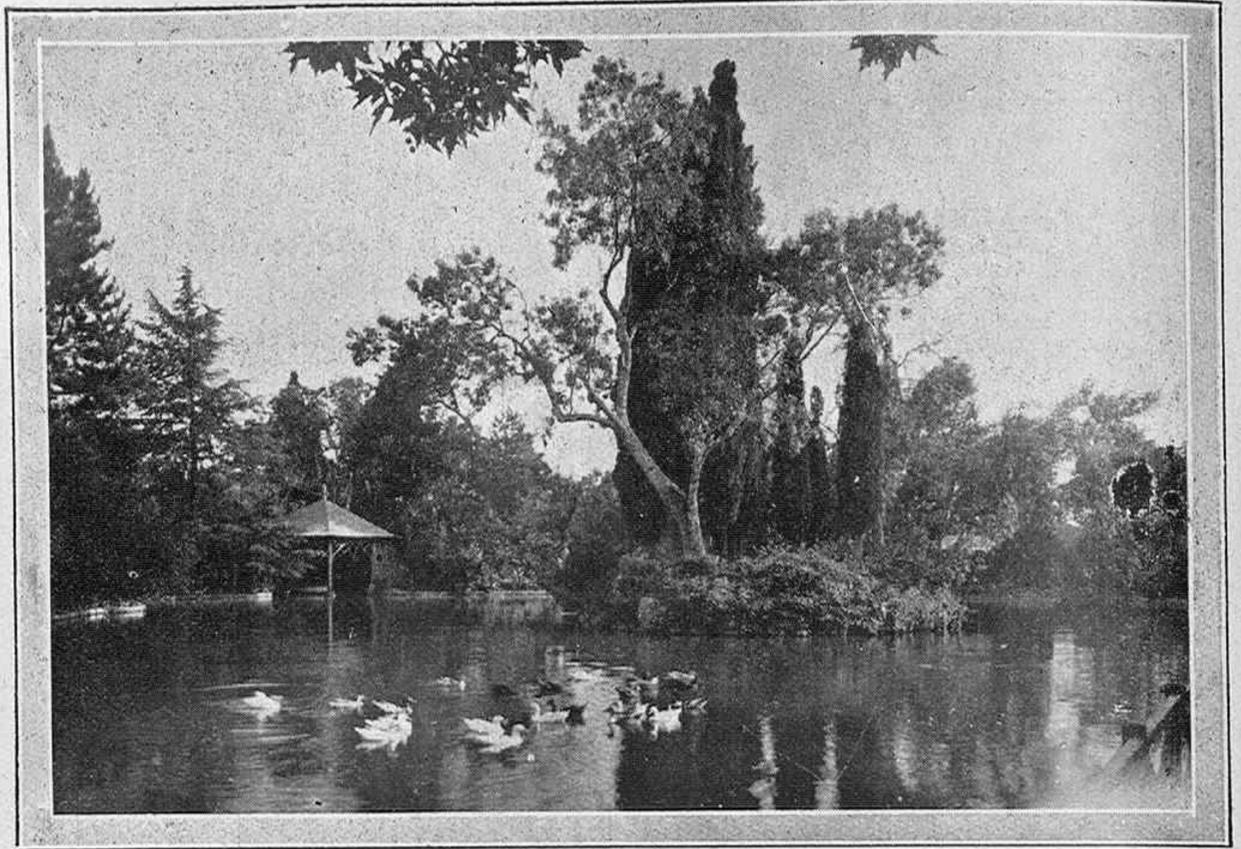
Vista de la plaza de la Alameda y un aspecto parcial de los jardines de la Alameda

que termina en un zócalo general, con dos estatuas de mármol blanco sobre pedestales de piedra de Colmenar. Asoman sus faces por entre el verde follaje los bustos de mármol de Carrara de los emperadores romanos que exornan la hermosa plaza.

Pasamos luego a la glorieta del palacio. Dos cedros gigantes, cuyas raíces beben el agua en profundos estanques que hay á sus pies, levantan las exuberancias de sus ramas, tapando desde lejos parte de la fachada. En medio de la ancha plaza hay otro estanque, de elegante pergeño, cuyo centro está adornado por una magnífica taza de piedra.

MADRID HACE CINCUENTA AÑOS. LAS SALAS DE LECTURA Y DEL «QUIJOTE». EL DESPOJO

El palacio, según Madoz, tiene una superficie de 14.574 pies, y consta de un cuerpo bajo que, por la fachada principal del jardín, sirve de zócalo á un gracioso peristilo de ocho columnas, aisladas, del orden corintio, con sus pedestales, basas y capiteles, y su cornisamento, que está coronado de hierro de dibujo con pedestales de piedra. Este peristilo, que da entrada al piso principal, se comunica con el jardín por una magnífica escalera de piedra berroqueña y de dos ramales con antepecho y pasamanos de hierro; está adornada, además, con los bustos de mármol sobre sus respectivos pedestales, y entre sus dos ramales y debajo del peristilo se halla colocado el famoso grupo de Lacoonte. En los cuatro ángulos del palacio se elevan otros tan-



En medio del lago hay una isla, donde un grupo de cipreses esconden en sus sombras un monumento de piedra berroqueña y mármoles erigido á la memoria del tercer duque de Osuna

tos torreones, que contribuyen á darle elegancia y esbeltez al edificio.

El comedor es de bella traza y gran riqueza. Está en el piso bajo del salón, y comunica con el principal por una escalera preciosa, que nos conduce á las salas de lectura y del *Quijote*. En esta última hay un cuadro de Moreno Carbonero que representa el desafío de D. Quijote con el Caballero vizcaíno, y otro de Sorolla. Valiosísimas cerámicas, espejos, relojes y muebles de tonos suaves decoran la sala, cuyos techos están pintados al temple. Al ver embelesados estas habitaciones, han saltado á nuestra memoria las palabras que dedicaba á este palacio un visitante conspicuo en la obra titulada *Madrid hace cincuenta años á los ojos de un diplomático extranjero*. Este señor, después de hablar de las magnificencias del palacio, argüía:

«Al ver la casa por dentro, se comprende que es soltero su propietario. Allí no se nota traza de manos de mujer.»

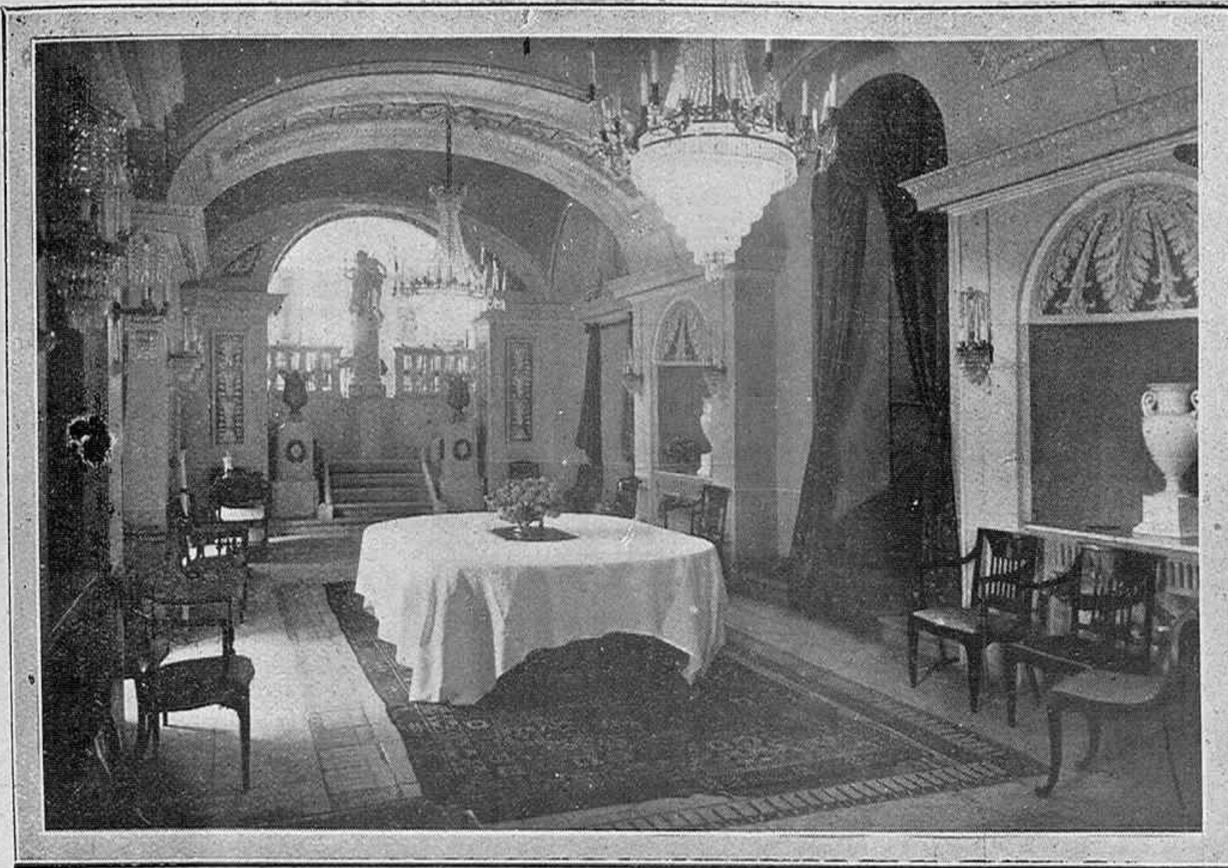
Pues ahora el reportero tiene que afirmar que por toda la casa se extiende un hálito deliciosamente femenino. Manos pulcras han llenado de flores los jarrones, y nuestros ojos dejan la contemplación de una deliciosa bujería para pegarse codiciosos á una rosa espléndida que nos ofrece gentil la púrpura de sus pétalos desde el trono de un búcaro. Y el periodista, que respeta la propiedad ajena, y que pasa displicente y sin envidia junto á la riqueza de los demás, ha sentido en estas salas, junto á la magnífica flor, la tentación morbosa del despojo.

En una alcoba de tonos rojos, riquísimamente adornada, hay un reloj dorado en forma de arpa, que va contando las horas con lentitud y parsimonia, como si las que pasan no se resignaran á dejar el sitio á las que llegan. En un mueble adecuado hay unos libros: *The angel of terror*, por Edgar Wallace; *Ariel ou la vie de Shelley*, de André Maurois...

El criado que nos acompaña, un viejo servi-



Un aspecto de los maravillosos y encantadores jardines de la Alameda



El comedor, de bella traza y gran riqueza, que está en el piso bajo

cial, de barba blanca, bipartita, nos franquea una puerta: es la *sala de talla*, de tonos claros y muebles de lindo empaque, que armonizan con el decorado del salón, como la sonrisa de una trianera con la música de Albéniz.

EL ABEJERO Y LA VENUS DE MÁRMOL

Salimos del palacio y avanzamos por una estrecha galería formada por altísimos cipreses. El agua va dejando su canción junto a los árboles, rodeándolos amorosamente para hacerles soportar estos días de estío. Un fuerte rumor llega a nosotros. Hemos llegado al abejero. Miles de abejas, hermanas de aquellas que extraían los jugos de las flores en Mileto, trabajan afanosamente en sus alvéolos. La rica arquitectura de este edificio nos hace creer que estamos en el *templo de la miel*. En las galerías están las colmenas, y las abejas se pueden ver sin peligro

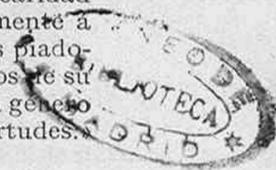
por los cristales. El decorado de las galerías es notabilísimo: el de una de ellas consiste en ocho columnas corintias con basas y capiteles dorados, que soportan una cornisa y una media naranja encasetonada con adorno de estuco y un pedestal en su centro, que sostiene una Venus de mármol de Carrara, de buen tamaño, obra meritísima ejecutada por D. Juan Adán. El encargado del abejero nos dice que en la primer «hornada» de este año han recogido *ciento setenta y cinco kilos de miel*.

Dejamos a las laboriosas abejas, cuyos trabajos nos pusieron como ejemplos en nuestra niñez, y salimos a un templete magnífico, donde doce columnas de piedra berroqueña, con basas y capiteles de piedra blanca de Colmenar, sostienen su cornisamento. En el centro hay un pedestal de mármol, de San Pablo, que soporta una estatua de mármol blanco también.

FRAY ARSENI

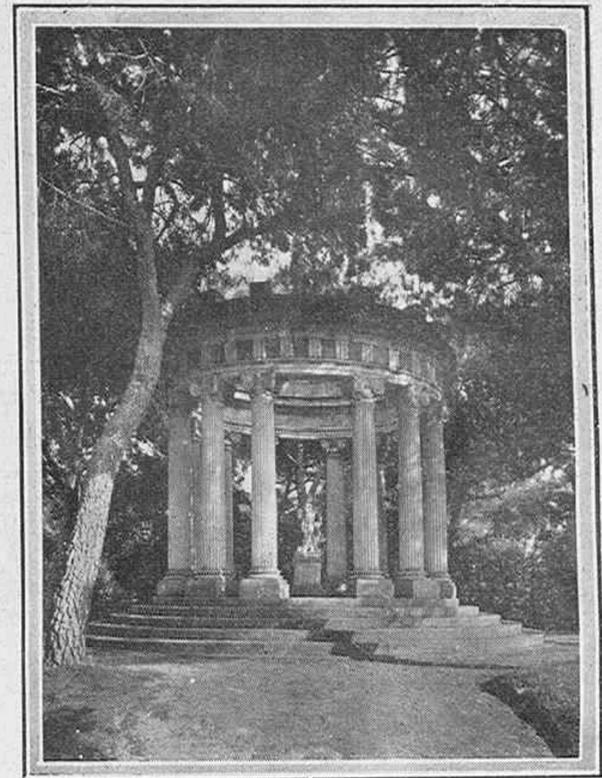
Y henos aquí en *La casa del ermitaño*. Al poner el pie en la pequeña ermita, quedamos sorprendidos por la efigie de un monje, abismado en la lectura de un libro de rezos. El silencio, sólo roto por el ruido de algún pajarillo; la soledad del sitio y la *presencia* del fraile nos sumen en perplejidad y atan nuestra lengua. Es un contraste violento el de la dulzura y voluptuosidad del delicioso paraje que nos hace amar a la tierra, y aquella alusión ascética y lacerante del ermitaño. Salimos pronto, y en un costado de la ermita vemos una piedra sepulcral. Allí fué enterrado el monje que *hemos visto* en actitud de rezar. La piedra tiene esta inscripción:

«Aquí yace fray Arsenio. Residió en esta comarca veintiséis años, en esta ermita de la Alameda de Osuna, que le fué donada en caridad por sus méritos, dedicándose constantemente a la oración y a las más sublimes prácticas piadosas. Murió en 4 de Junio de 1802 en brazos de su amigo Eusebio, quien le ha sucedido en su género de vida y aspira a sucederle en sus virtudes.»

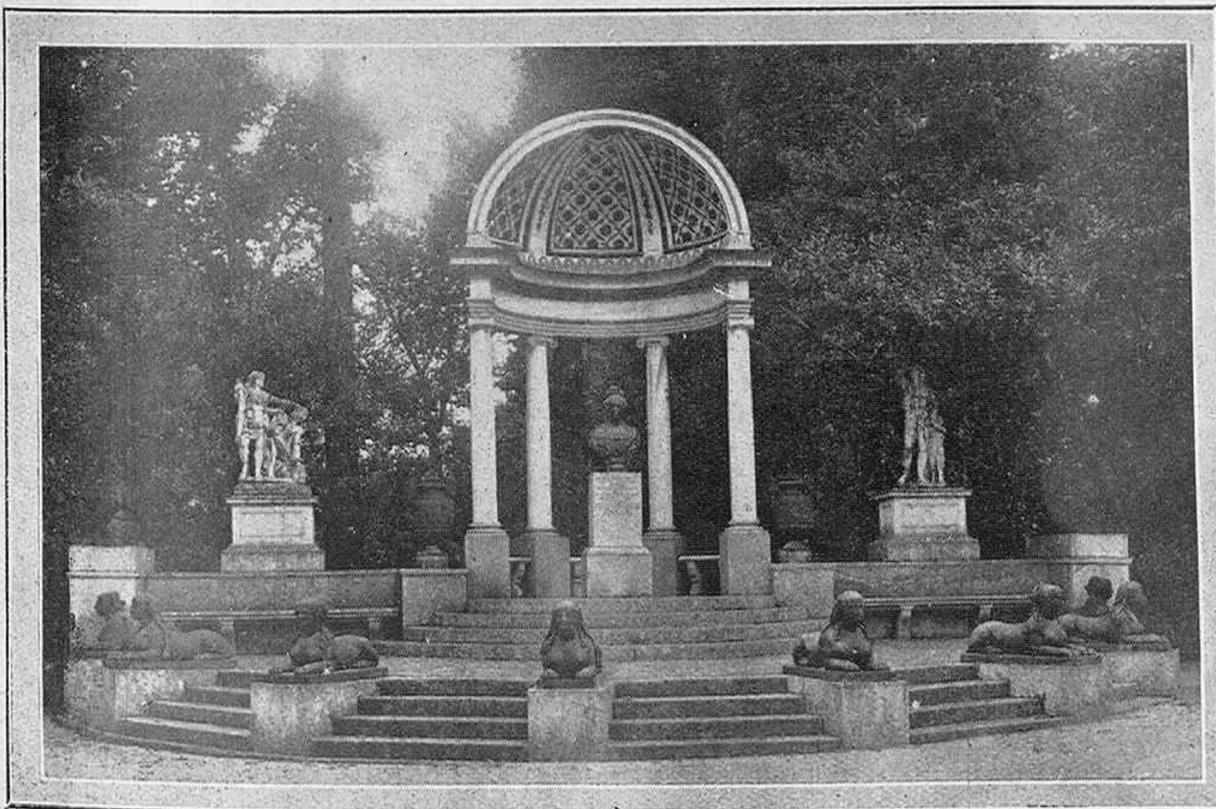


EL LAGO

Antes de llegar al lago, sus inquilinos, los patos, nos anuncian su proximidad lanzando estrepitosos graznidos. El enorme estanque, rodeado



El templete, obra admirable formada por doce columnas de piedra que sostienen un elefante de cornisamento. Las frondas de los árboles centenarios de la Alameda ocultan esta joya magnífica



Templete en cuyo centro, y sobre un pedestal de mármol, se halla colocado el busto en bronce de la excelentísima señora doña María Josefa Pimentel, condesa de Benavente, madre del conde duque de Osuna

de altísimos árboles, como verde cinturón, es un encanto para los ojos y un sedante para el espíritu. En sus linderos floridos están la *Casa de cañas*, la *Casa de esteras* y la *Casa de la barca*, junto a la cual hay una barquilla que parece aguardarnos con sus brazos abiertos—losremos—para cruzar estas aguas tranquilas como un buen sueño. En medio del lago hay una isla, donde un grupo de cipreses esconde en sus sombras un monumento de piedra berroqueña y mármoles, erigido a la memoria del tercer duque de Osuna, con una medalla de bronce que representa su retrato en relieve. Este rincón del bosque es una delicia. Todo nos invita aquí al recogimiento y al descanso. Es un nido de ensueño, un remanso de paz que nos recuerda lo inútil de nuestros afanes. El sol, ya en su ocaso, va dejando jirones de luz y de sombras en la lámina brillante del lago, que rompen los patos, como un diamante el cristal. Desde esta atalaya vemos a los copudos árboles festonear el añil del cielo, donde algún pájaro, alocado, hace una raya, hundiéndose, para no ver la muerte del día, en el corazón del bosque. Y poco a poco, sin poder resistir el encanto del momento, nuestro espíritu se llena de una dulce é inefable melancolía.

LA CASITA RÚSTICA

—¿Quieren ver ustedes la casa de «La vieja»?—nos pregunta amablemente el criado.

Hacemos un gesto afirmativo. Nuestro acompañante nos invita para que entremos en una casita de aspecto rústico. En una sala de la casa de campo hay una mesa con platos, que tienen huevos fritos, un vaso mediado de tintillo y un pan tostado. Sentada y dispuesta para el yantar está la familia campesina: un hombre de mediana edad, una mujer joven aún y un chavalillo, al que se le van los ojos tras de las viandas. Y en una esquina de la mesa, presidiendo esta encantadora y patriarcal escena, está la abuelita, con sus espejuelos, que cabalgan en su nariz de cuchilla, y un huso: está hilando.

Nuestra mano ha ido inconscientemente al filo del sombrero, y han estado á punto de saltar de nuestros labios, con la reverencia, las palabras de ritual:

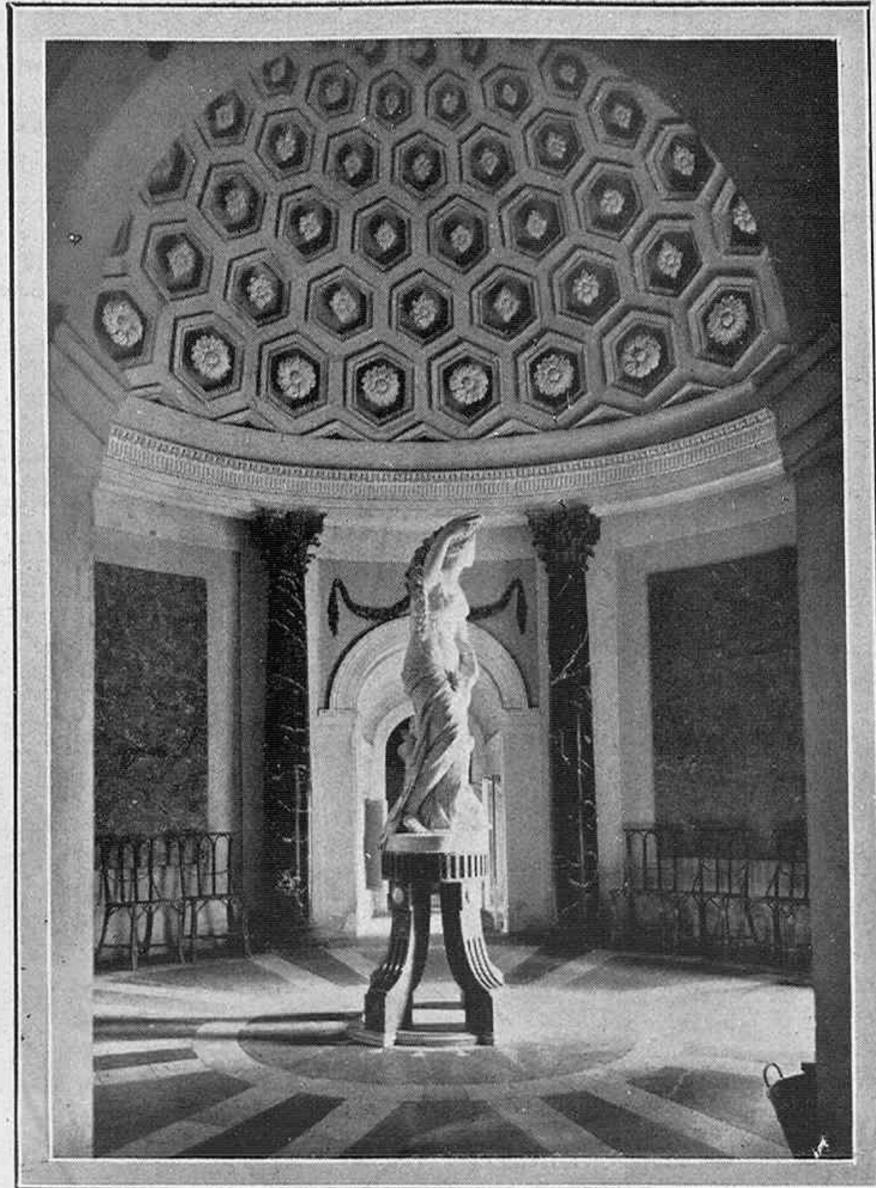
—De salud y provecho sirva.

Respira la escena que vemos tanta felicidad y contento, que sentimos que aquellas figuras sean inanimadas. Y ahora, ya resabiados, miramos de soslayo á un guarda de la finca que nos acompaña. Y al verle los rojos mofletes, que hincha con bocanadas de humo, y sus ojillos vivos y bulliciosos, decimos con tranquilidad:

—Este no es de cera.

EL TERCER DUQUE DE OSUNA, LLAMADO EL «GRANDE»

Quisiéramos pedir un préstamo de luz al día que acaba. Quedan aún muchas cosas que ver en esta admirable finca, donde la riqueza, el buen gusto y el capricho próceres convirtieron en un delicioso jardín y en un pasaje de égloga una tierra hosca y pe-



«El abejero», de precioso y riquísimo artesanado, en cuyo centro figura una Venus de mármol de Carrara, obra meritísima de Juan Adán

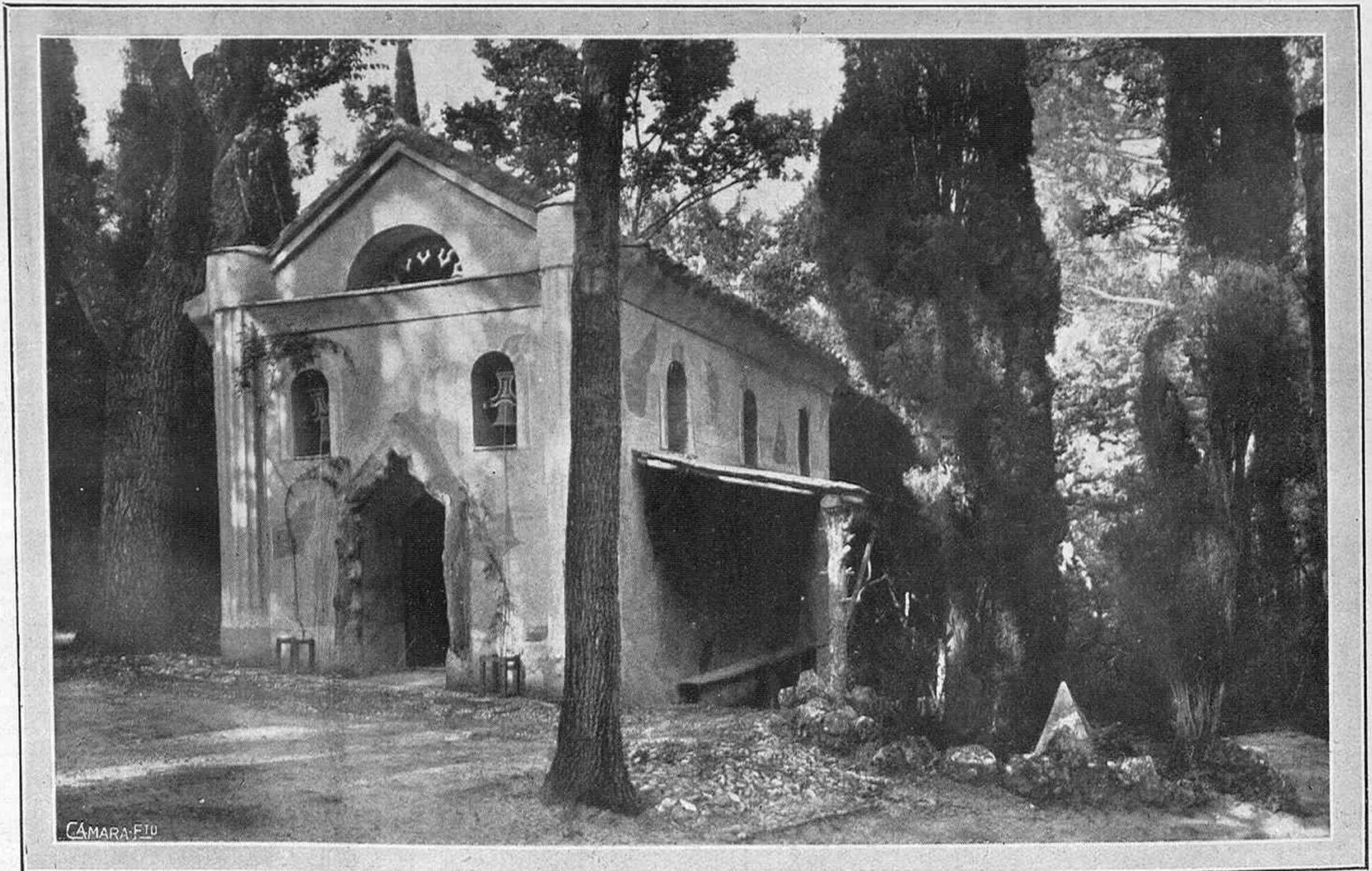
lada. Aquí, en la Alameda, según la historia y la leyenda—hermanas gemelas—, dicen que estuvo preso don Pedro Girón, tercero que llevó el título de duque de Osuna, y que fué llamado el *Grande* por sus hazañas. Hombre altivo y bizarro, era arrojado en la batalla, y sutil é ingenioso en los salones de palacio. En la adversidad, como en la próspera fortuna, sabía guardar la dignidad de su rango. Nació en Valladolid en 1579; fué virrey de Nápoles desde 1616 á 1620, y murió en Madrid en 1624, en las casas del fiscal de los Consejos, Don Gil Imón de la Mota, hallándose procesado por orden del conde duque de Olivares, privado de Felipe IV, y enemigo acérrimo del duque de Osuna. El de Olivares achacó al de Osuna que éste había querido proclamarse independiente, alzándose con el reino de Nápoles cuando lo gobernaba.

ESPAÑOLES DE ANTAÑO

Las frondas de la Alameda evocan en nuestro espíritu el recuerdo de las grandezas españolas de antaño. Bizarrias de hidalgos, devaneos amorosos, cortesés sutilezas de galanes palaciegos, relatos fanfarrones de grandes soldados, genuflexiones cortesanas, miradas de odio que cortan como filo de agudas espadas, madrigales que encienden de púrpura las mejillas femeninas... La fina arena cruje bajo el chapín de seda y junto al tronco del árbol que fué testigo de una amorosa plática, «vemos» el abanico que esconde la perfidia de una sonrisa, y la alta pluma del chambergo que rubrica la fogosa promesa del bizarro galán.

Este jardín esconde un mundo de deliciosos recuerdos, que guarda avaro con la maléfica complicidad del tiempo.

H. R. DE LA PEÑA



La ermita de fray Arsenio, donde hizo ejercicios espirituales este monje durante veintiséis años. Fray Arsenio fué enterrado junto á la casita, y en nuestra fotografía se ve la pequeña pirámide de mármol que le sirve de sepultura al asceta (Información gráfica de Cortés)

VIDA ARTISTICA

NUEVAS PINTURA Y ESCULTURA MEXICANAS

I

EN el palacete del Retiro han estado expuestas, durante la primera quincena de Julio, una s cuantas obras de pintura, escultura y grabado originales de los alumnos de las Escuelas de Pintura al aire libre, de Escultura y Talla directa, y del Departamento de Dibujo de las Escuelas primarias dependientes de la Universidad Nacional de México.

Fué esta entidad, de verdadera cultura y cabal sentido renovador de lo que debe ser la educación moderna, la que organizó la Exposición, y ha enviado al frente de ella á dos artistas de tan positivo relieve en el renacimiento estético de Hispanoamérica como Guillermo Ruiz y Gabriel Fernández Ledesma.

No es la primera vez que hemos tenido ocasión de ver y comentar las nuevas orientaciones de la pedagogía artística mexicana.

Aun antes de que el Sr. Ramos Martínez expusiera el año 1926, en el Museo de Arte Moderno, una serie de pinturas y dibujos de escolares indígenas, ya las publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, las monografías referentes al tema concreto y la admirable divulgación estética que realizaba la revista *Forma*, dirigida por Fernández Ledesma, nos habían puesto en contacto de curiosa simpatía con ese auroral impulso de arte nuevo.

Luego hubo también oportunidad de añadir escolios laudatorios al buen esfuerzo inteligente que supone el conquistar conciencias juveniles para el fervor puro y humilde por la belleza, cuando se supo la acción eficaz del escultor Guillermo Ruiz en la Escuela de Talla directa, rodeado de canteros expertos en su oficio y de niños ignorantes, á quienes transmitía el secreto de animar la piedra inerte con el lenguaje mudo de la forma. Por último, he aquí ahora el ejemplario, nutrido de testimonios, que consiente ratificar bastante de lo supuesto y de lo deseado en aquellas anteriores ocasiones.

Guillermo Ruiz y Fernández Ledesma, comisionados por la Universidad Nacional de México, no solamente han aportado al más cabal conocimiento ajeno el mayor número de obras originales de sus discípulos, sino que añadieron al conjunto, ingenuamente expresivo, una serie de juguetes populares que explican sugerencias de forma y de color en la sensibilidad infantil, y unos cuantos grabados y esculturas creados por ambos maestros. Se ha podido, pues, juzgar de un modo casi completo las características fundamentales de este albor renacentista en que se está afianzando el arte mexicano después de vigorosos impulsos libertadores que le dieron artistas como los ya mencionados, y como Diego Rivera, Clemente Orozco, Roberto Montenegro, etc.

Acaso, de todo el movimiento artísti-

co que agita á Hispanoamérica en un ansia de reintegración vernacular, de autoctonía fecunda, lo que mejor define su virtualidad positiva es este magnífico y unánime afán mexicano. México es la nación ávida de sentirse vivir por y para sí misma. No hay una sola actividad suya que no esté alerta y deseosa de renovarse. Ninguna tam-

alma antigua, interrumpida por el dominio secular de Europa.

El resurgente nacionalismo se afirma cada día más en las artes aplicadas y en los bellos oficios. Tornan las grandes pinturas murales; las cerámicas y tejidos de ancestrales inspiración y colorido; el cincel y el martillo imponen á la piedra y la madera las formas aborígenes, y resucitan los lueños símbolos teogónicos.

No es una parodia estilística, la pastichería que en Europa enriquece á los anticuarios desaprensivos y mustia las mansiones de los advenedizos ricos y los aristócratas chamarileros.

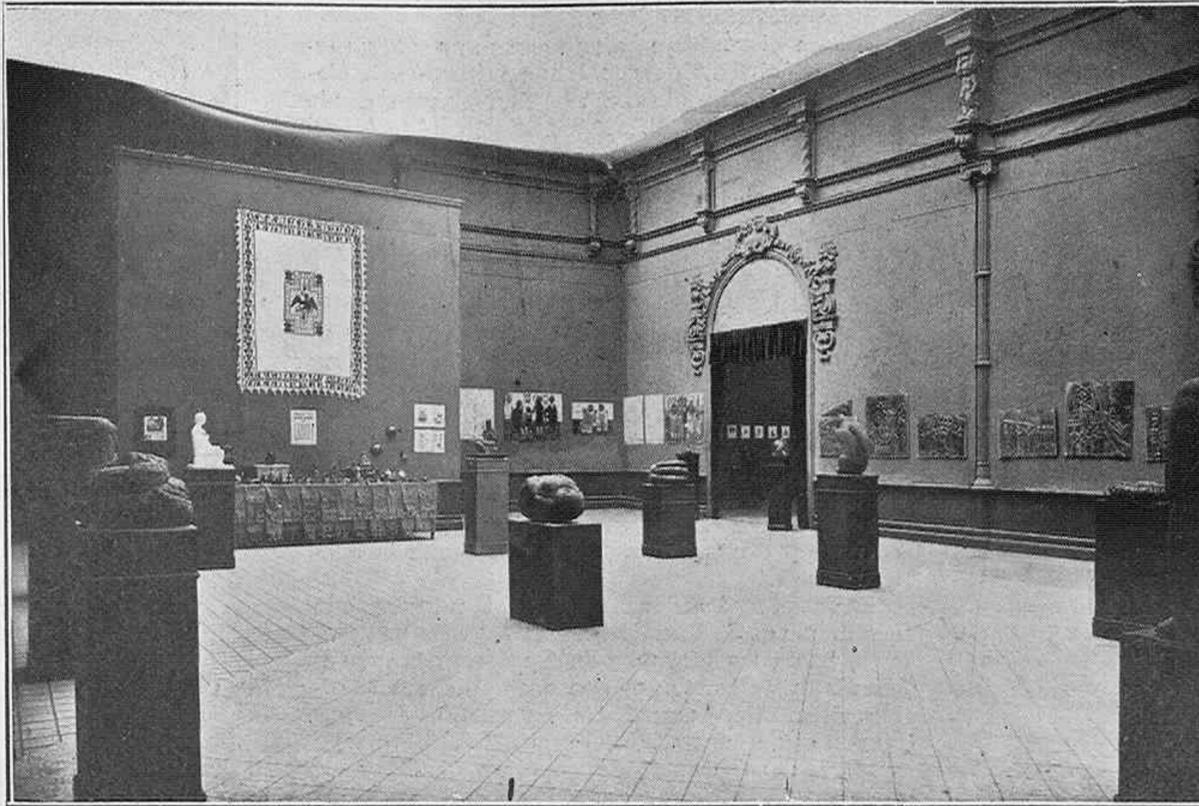
Es la irrupción fresca, fértil y jubilosa de cuanto hay de eterno é inmutable en el espíritu de una raza que conoció las más remotas civilizaciones, y que se conserva íntegra y pura á través del tiempo, encarnada en el indio, mitad campesino mitad soldado.

Esto es lo que reflejan las obras de los artistas y lo que no se pretende falsear en las revelaciones primarias de los adolescentes y de los artesanos discípulos de aquéllos.

Los paisajes, las gentes, las bestias, los objetos, las escenas conterráneas se ofrecen á la mirada del alumno de las modernas escuelas de arte mexicano y contribuyen á cimentar y justificar lo que su instinto y su sangre buscan preferentemente.

Los cuadros, las xilografías reproducen lugares característicos de la campiña ó del poblado; tipos donde los rasgos faciales, las ropas y la tarea, el dolor ó el recreo en que se ocupan responden exactamente la raigambre íntima de su propio ser en la tierra común. Las esculturas en piedra, las tallas en madera, los barros cocidos y esmaltados, los tejidos, la juguetería también, están dentro de la enorme sugerencia emotiva armónica y cromática que contienen las obras populares.

Nada más laudable, por ende, que esa orientación, cada año mejor encauzada, de la nueva estética mexicana y de su aplicación práctica á las bellas artes,



Aspecto de una de las salas de la Exposición de Arte Mexicano en el Palacete de Bellas Artes del Retiro (Fot. Cortés)



«Virgen», escultura original de Guillermo Ruiz

poco que deje de socavar en los entrañables fondos de su raza y de su tierra. Diríase que da un salto de siglos para recoger cuanto hay de eterno en su antigüedad remota y adaptarlo á la sabia y potente juvenilia de hoy. De aquí su iconoclastia feroz y alegre al mismo tiempo; su desdén por todo lo que ahorroja ó afofa la vida. Concretándonos al arte, hallamos también las características demoleadoras y constructivas al mismo tiempo que manifiestan otros aspectos de la existencia mexicana actual.

Los pintores, los escultores, los decoradores mexicanos coinciden en una viril saturación del espíritu popular. Sus temas y sus normas arrancan del pueblo; su sensibilidad restablece la filial sumisión á la pureza indestructible del



«La canción», grabado en madera, de Isabel Villaseñor

¶ Pero aun cabe estimar otro aspecto no menos interesante: el del intercambio sentimental, el del mutuo educacionismo que se cumple en el nuevo concepto pedagógico implantado en las Escuelas de Arte de México.

Precisamente lo que ha ido enmohecendo los sistemas educacionales en las Escuelas y Academias europeas, donde se proponen sendear los instintos estéticos del niño ó del pubescente, es la soberbia egolátrica del maestro, su pedantesca vanidad de saberlo todo y de estar en posesión de las fórmulas únicas.

En cambio, los artistas mexicanos especializados en la enseñanza se sitúan de muy distinto modo frente á sus alumnos. Se limitan al rudimentario aprendizaje manual, y luego, poco á poco, van estudiando cada temperamento y aceptando cuanto hay de virginal, espontáneo y libre en cada uno. Además, han llamado como colaboradores á los hombres detenidos en los límites de la artesanía; pero cuya experiencia, en lo que tiene de oficio toda arte, es de un valor inapreciable. El cantero con el escultor, el pintor de fachadas y de puertas con el pintor de cuadros y de retratos, el ceramista con el alfarero, el orfebre con el herrero, forman alianzas de positiva eficacia para la educación del niño que quiere ser artista (*ó que no sabía iba á quererlo ser*).

Y entonces, en esa triple actividad del artista, el obrero y el muchacho, hay una constante trans-



«El corrido», talla en madera, por Enrique Meyrán

misión de ideas definidas ó confines, de conceptos claros ó á medio germinar, de experiencia y de instinto de espiritualismo y energía, que devuelve pureza y sencillez al maestro, otorga la solidez constructiva con el sensible gusto por el color y el ritmo lineal al discípulo, y añaden al básico principio del oficio manual practicado por el obrero, el prurito ideológico del creador de belleza plástica.

No es el maestro quien menos aprende y menor fruto obtiene de esta triple actuación de elementos llevados á una afinidad común desde sectores y edades diferentes.

II

La Exposición del Retiro resumía lo suficiente ese beneficio plural de lo que pudiéramos llamar «autoeducación exógena». La honestidad sobria, el acento espontáneo, la dicha creativa y recreativa que marcan las artes muy antiguas ó muy nuevas, muy sabias ó muy candorosas, estaban allí latentes y fraternales.

El acostumbrado á la disnea espiritual que causan otras exposiciones y que ciertos museos producen, respiraba mejor en aquella fragante y libre atmósfera de arte juvenil, donde nada oprímía y donde tantas cosas excitaban la buena sonrisa.

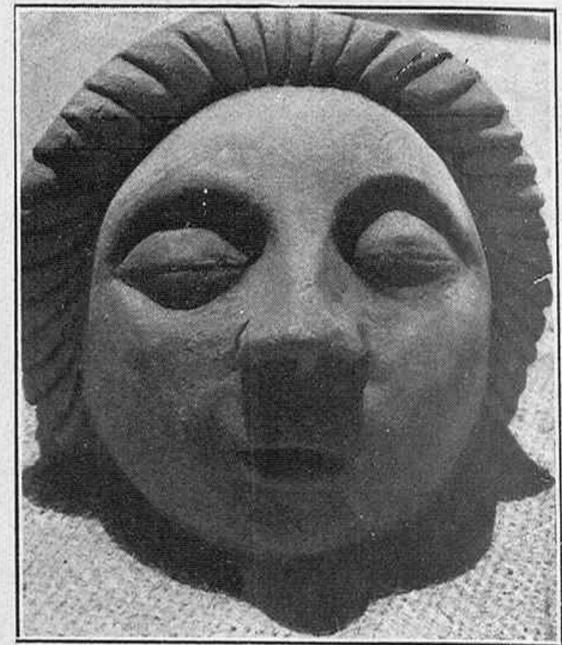
Desde el mostrador de juguetería popular, con sus muñecos de humilde materia y chillón colorido, hasta las Vírgenes de Guillermo Ruiz, sublimes cristalizaciones estatuarias de veinte siglos de cristianismo; desde los retratos familiares, en que se descubría el recuerdo del limitado artificio del fotógrafo de pueblo ó del iluminador de cartelón ferial, hasta los paisajes estilizados de forma y sentimiento; desde los toscos hierros trabajados para darles forma humana á golpes de martillo cuando eran blanda ignición, hasta esos incomparables aciertos de decorativismo animalista que suponen las astas de toro transformadas en aves; desde los ingenuos motivos ornamentales grabados en madera, hasta las xilografías perfectas y vibrantes de claroscuro firmadas por Fernández Ledesma, ¡qué amplia y polifacética diversidad de sugerencias de la capacidad heterogénea, pero unificada!

Hallamos, en efecto, dibujos infantiles donde la fantasía belicosa ó familiar se desahoga; pero también grabados cuales los de Isabel Villaseñor, que ya acusan verdadera maestría en el género.

Evocan ciertas terracotas de alfareros los huacos incaicas, con todo su misterioso hermetismo, y hacen pensar en un florentino ó un pisano de la abuela Italia el fervor y la armonía de ciertos tableros tallados por Enrique Meyrán.

Una simpática afinidad factual coexiste entre ciertas rudimentarias formas animalistas talladas en piedra volcánica por canteros estimulados hacia el arte, y esas nuevas y geniales creaciones de Guillermo Ruiz; como *La Tierra*, atrevido símbolo femenino de verdadera grandeza ideológica y de sobrio dominio técnico, ó el *Desnudo de mujer*, cálido de materia, arquitectónico de forma, inquietante de perfecta serenidad.

También, al lado de las xilografías de Fernández Ledesma — una colección de temas mexicanos, norteamericanos y españoles, grabados aquí en Madrid —, y que atestiguan, según he dicho, un valor didáctico de extraordinaria simplicidad eliminatoria, otro hombre moderno y consagrado á subalterna tarea muestra una colección de paisajes resueltos con minucioso amor y delicado sentido realista.



«Rostro muertos, tierra cocida, de Manuel Anchiúria

III

Hubiéramos deseado ver asistida esta importantísima manifestación de arte por cuanto en Madrid puede y debe corresponder á espectáculos de tal categoría.

Sin embargo, no ha sido así. Pero no es culpa de Madrid, ni de quienes se interesan sinceramente por los aspectos positivos de la inteligencia y de la estética modernas.

La época y el sitio eran adversos. En Julio, y en el palacete del Retiro, no es fácil conseguir visitantes. Madrid, á estas fechas, ya viene sufriendo las sangrías veraniegas. Somnolece amodorrado de calor y soledad.

No debe, pues, atribuirse á razones distintas la falta de asistencia pública y periodística de la Exposición.

Pero sí debe aconsejarse la reiteración. La Universidad Nacional de México haría bien en repetir el invierno próximo esta Exposición misma, y añadir unas cuantas obras de artistas ya formados y tan justamente famosos como el escultor Guillermo Ruiz y el pintor Fernández Ledesma, á quienes ahora no se ha rendido el tributo de admiración que merecen.

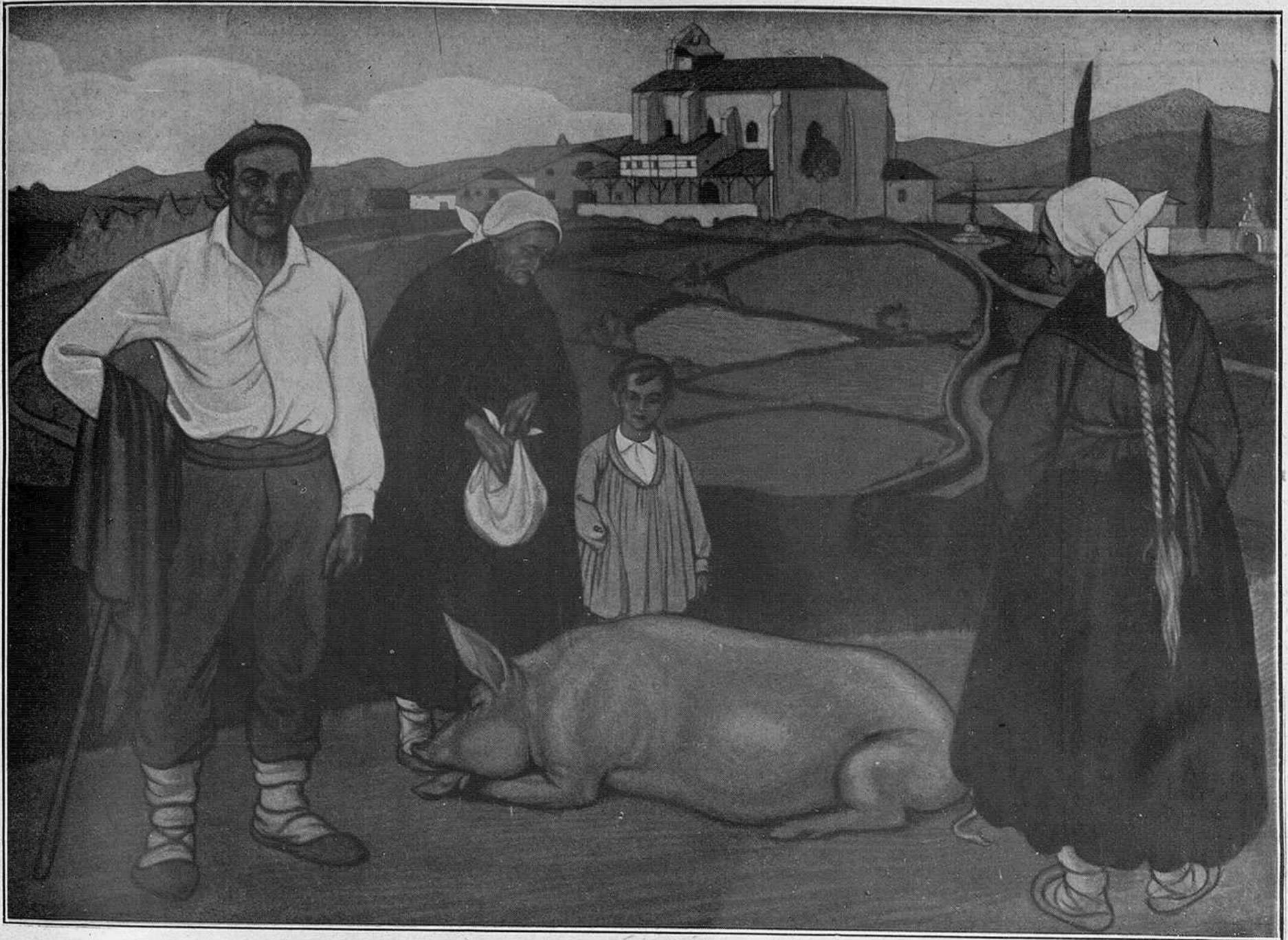
José FRANCES



«El violoncello», grabado en madera, de Gabriel F. Ledesma

PAISAJE VASCO

DESCANSO EN EL CAMINO



«Descanso», cuadro de José Arrúe

A LA *Cordera* del *prao* Somonte se la lleva —según su biógrafo, *Clarín*— un comisionado indiferente, entre adioses y lágrimas. «—¡Adiós, *Cordera*!—Entre la pena de los «neños». Y de los grandes. —¡Adiós, *Cordera*! —Adiós—contestaba, á su modo, la esquila, perdiéndose su lamento, triste, resignado, entre los demás sonidos de la noche de Julio en la aldea...»

• Pero este numen familiar, que ha inspirado tantas ilusiones—á medida que iba engordando—, tantos proyectos, meditados, reflexionados, concienzudamente presupuestos, con tantas enmiendas y adiciones en el breve término de unos meses, no se lo lleva nadie, sino que lo llevan ellos mismos. La familia entera va camino del mercado. De rato en rato lo deja reposar su enorme vientre de monstruo ungido de su propio óleo para el sacrificio. Y no es difícil ver una extraña mezcla de cálculo y de melancolía en el cuádruple rostro de esa familia aldeana.

• Melancolía... Al fin y al cabo, han vivido bajo el mismo techo. Arrúe quiere, en su cuadro vasco, que la abuela sea la más enterneada; pero, ¿no es también la que tiene más costumbre de estas separaciones? ¿Cuántas veces habrá hecho ese mismo camino y habrá inclinado su cabeza, dejando caer sobre el sueño de la víctima, no una oración, sino un puñado de maíz?

¡Y si fuese como la *Cordera*!... Pero no lo es.

Hay mucha diferencia entre ese gruñón inexpressivo y á veces feroz, y la gracia de aquella *Cordera* que pudo tener, y tuvo, una historia. Han vivido bajo el mismo techo; sí. Acaso en la misma habitación de un pobre caserío, donde no habrá vivienda aparte para todos. Pero, ¿cómo se llega á la intimidad y al cariño con un cerdo? Un cerdo sabe perfectamente que están haciendo con él desde que nace una especie de *foie-gras* vivo. Es todo hígado para aumentar, en beneficio de sus amos—sus verdugos—, las carnes que cada día le separan más vergonzosamente de sus cuarteles nobiliarios: la guarida del jabalí. Se envilece. Se indignifica, como todo el que engorda en domesticidad. Y al mismo tiempo, la premeditación del destino que le aguarda, por parte de sus amos, quita á éstos las últimas posibilidades de enterneamiento.

No. No le llorarán, como Rosa y Pinín á la *Cordera*. Pero esta compañera afortunada—más que por tener un nombre literario, por haber logrado en la vida lo que muchos hombres y muchos grandes hombres no lograron nunca: afectos desinteresados, lágrimas de gente humilde y buena—no había sido criada para el matadero. Fué vendida por desgracias familiares, para salvar la hacienda del padre. Ya sé que son distintas, aun viviendo en la misma raya del Cantábrico, la sensibilidad del vasco y la del astur. *Clarín* pudo reflejar la verdad sin engañarse

á sí mismo, sin forzar demasiado la naturaleza campesina de su dulce país. También los verdes prados de la rectoral de Puaio crían vacas que no llora nadie. Pero nadie niega que el ambiente del caserío vasco es menos propicio á la ternura.

Hasta encuentra el casero vasco en su sola aparente sencillez recursos mentales y sentimentales para regocijarse del beneficio y enternecerse por el sacrificio. Aunque el compañero se les vaya, vivirá en el recuerdo. Hay que hacerse á la idea de que, tarde ó temprano, todos nos iremos. Ved en esa suave colina, contorneada de veredas y lindes, bajo la luz de plata, cernida por amistosas nubes, junto á la iglesia de la aldea, cómo se adelanta el cementerio en lugar ostensible. Sus cipreses y la espadaña de la torre son las más altas y más vivas evocaciones del paisaje aldeano. No hay por qué ocultar nuestra fatalidad, ni hay que lamentarse demasiado si alguno de los nuestros emprende el último viaje. La cuestión es que lo emprenda bien.

• A la vuelta llevarán acaso, en un nudo de ese mismo pañuelo, algo que equivale al ánimo del que se fué. Pero además llevan la simiente de otro. No habrá diferencia. Será como si volviera á la infancia el viejo gruñón, esa infancia delicada y rosada que hasta los cerdos tienen y que nos hace esperar de ellos otro porvenir.

Luis BELLO

ENCUESTA DE «LA ESFERA»

¿Deben suprimirse las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes?
OTRAS DOS OPINIONES

LUIS MENÉNDEZ PIDAL

HAY, indudablemente, un riesgo en el diálogo que no todos los individuos quieren correr. Al enunciar nuestro pensamiento y convertirlo en palabras, notamos que éstas tienen cierta aspereza y agresividad, y que si bien responden a nuestro ideario, hay que limarlas, pulirlas y darlas un giro más a tono con nuestro temperamento, esquivo al ataque.

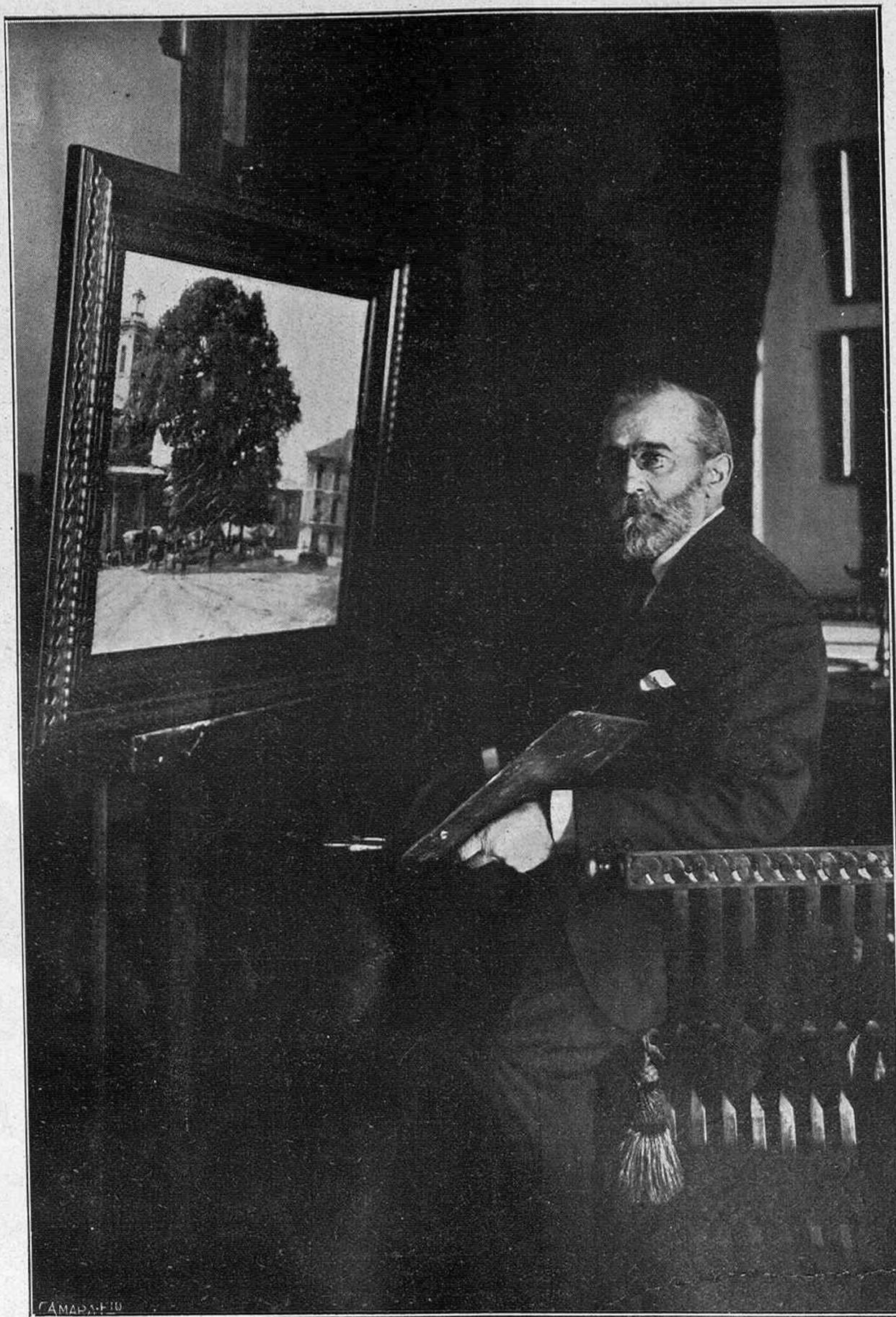
Luis Menéndez Pidal, este maestro notabilísimo cuyo nombre ha corrido muchas veces la aventura del éxito, gusta del circunloquio, de la palabra suave, de la apreciación blanda, sin aire polémico ni contumacia agresiva. Sus apreciaciones van precedidas de unas frases que dan a veces a sus párrafos un tono elegante de duda: «Quizá fuera necesario...» «Tal vez sería conveniente...» Y deja como un temblorcillo escéptico en sus palabras, que enseñando un posible camino no comprometen a su autor.

Luis Menéndez Pidal ha estado firme y categórico en sus primeras palabras.

—Yo creo—ha dicho—que las Exposiciones no deben suprimirse. El Estado tiene el deber de proteger las Bellas Artes, y si se suprimen las Exposiciones, ¿qué otro medio queda al artista para manifestar su talento?

En la colectividad artística—como ocurre en todo conglomerado humano—hay personas que envenenan con sus conductas el ambiente, y otros muchos que se mantienen puros y limpios, ajenos a toda clase de trapacerías, entregados frenéticamente a su trabajo y confiando sólo en el mérito de sus obras, y no en la intriga ó en la habilidad para el enredo.

Tampoco creo que deban suprimirse las medallas. Lo que quizá fuera necesario es quitarlas sus adherencias de premios en metálico, y el privilegio de poder optar con ellas a cátedras y destinos oficiales. Que quedaran las medallas como una cosa de puro honor, ó una valoración y exaltación moral de la obra. Y suprimir las menciones honoríficas. No deben ser las medallas más que de primera y de segunda clase. La de segunda significaría la capacidad del pintor ó es-



LUIS MENÉNDEZ PIDAL
Ilustre pintor

(Fot. Cortés)

cultor, y la de primera su consagración.

Lo que tal vez fuera conveniente, para evitar posibles errores ó posibles injusticias, es restablecer la antigua disposición según la cual el artista que había conseguido una primera medalla, tenía que repetir su *aventura* acudiendo otro año a otra Exposición con un nuevo cuadro, que era sometido a la aprobación de nuevo jurado. Es decir, la primera medalla no era la consagración del artista. Estaba éste obligado a probar sus fuerzas de nuevo frente a unos jueces que necesariamente tenían que ser—por mu-

chas causas—más severos que sus antecesores. Era, pues, un cedazo más fino, un filtro más estrecho. Con esto se evitaba el dar el premio por un acierto casual, ó a un cuadro pintado por otro. El segundo jurado ya conocía los trámites, el proceso y gestación del anterior premio, y cómo había sido adquirido éste por el artista. Y su fallo tenía todas las posibles garantías de acierto.

A este propósito, ó sea la necesidad de acudir el artista a dos Exposiciones para poder quedar en posesión de la medalla, recuerda el señor Pidal el cuentecillo de aquel picador que, después de poner una buena vara, lo zarandea el toro horriblemente y lo deja en el suelo, molido a golpes. Lo agarran los monosabios y lo llevan en brazos, roto y tronchado, a la enfermería. Cuando el picador pasa por el callejón, hecho un pellele, en brazos de las asistencias de la plaza, uno del tendido le grita:

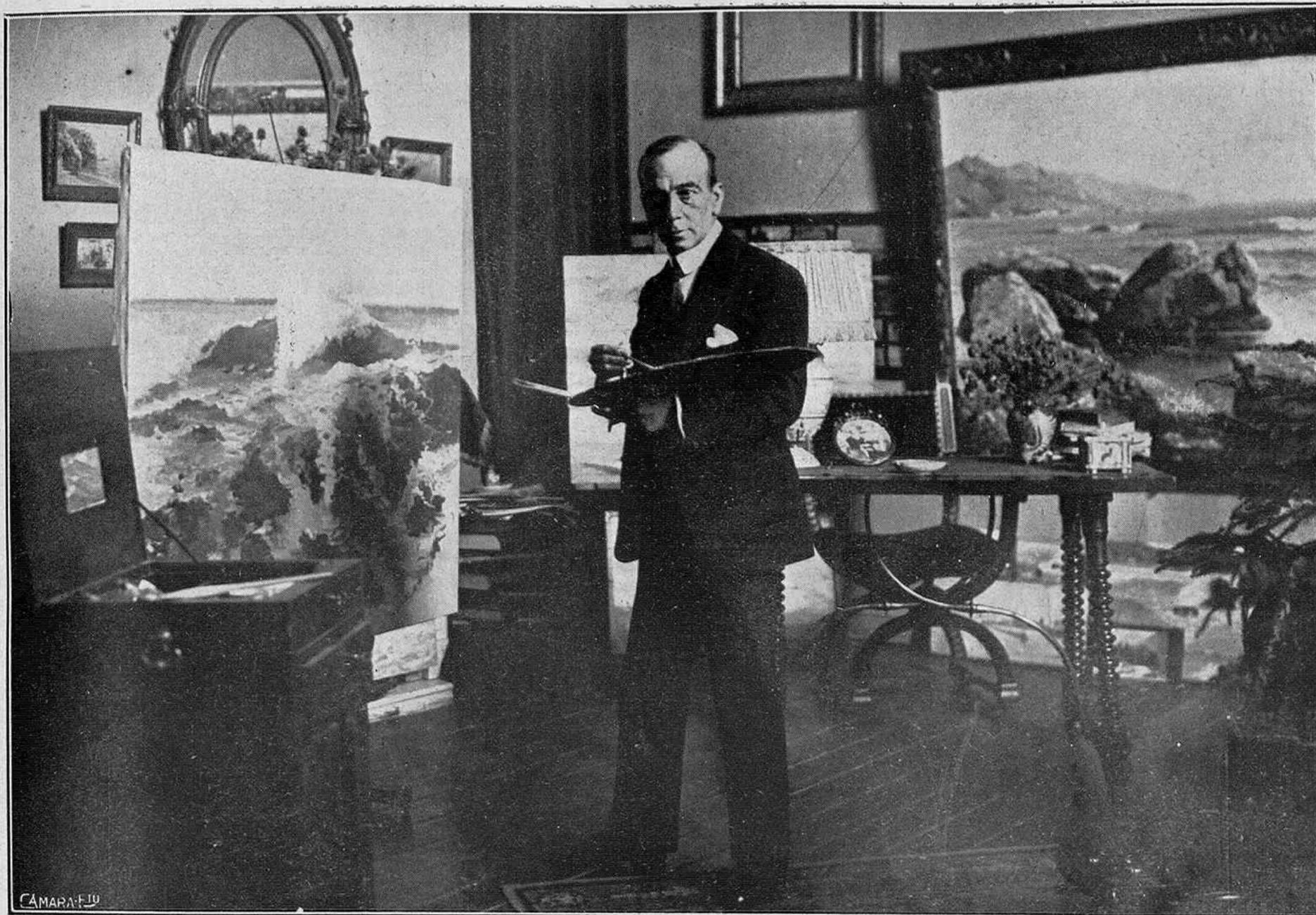
—¡Oye, *Cegato*: haz el favor de repetir la suerte, que yo no la he visto!...

RICARDO VERDUGO
LANDI

Hay individuos que envuelven sus pensamientos con palabras, de tal forma—como algunas chucherías que todo su mérito está en la envoltura—que lo que más vale en ellos es el arte con que encubren sus ideas. Estos profesionales del circunloquio son igual que esos frutos de bonita apariencia y de pulpa escasa y ratera. En cambio, hay hombres que, como ágiles espadachines retóricos, desechan toda la hojarasca verbal y exponen de una

manera clara, limpia, escueta y justa su opinión, aunque á veces lastimen los oídos hipócritas y pudibundos de los conformistas, ó sea de los tachados por el vulgo con la gráfica expresión de cucos.

A estos hombres de criterio independiente y de juicio sintético y descarnado pertenece un ilustre pintor: Ricardo Verdugo Landi. Acostumbrado este artista meritísimo a tratar en el lienzo el tema del mar—que le ha dado gloria y categoría—, el grandioso modelo de sus cuadros lo ha contagiado de su ruda franqueza. Verdugo



RICARDO VERDUGO LANDI

Ilustre pintor

(Fot. Cortés)

Landi no «calumnia al mar» ni á los hombres, y como todos los individuos de áspera apariencia y de agresivo impulso, guarda en su fondo íntimo—allá donde está la verdad y no la apariencia—un tesoro de nobleza y de hidalguía, y un deseo constante por el triunfo de la justicia. Su criterio es insobornable, como su palabra, y ésta sólo es temible para los contrabandistas del arte. Para el artista que gana la pelea con las buenas armas de su talento, la opinión de Verdugo Landi es como néctar escanciado en la copa de los dioses.

Estamos en su estudio frente á un cuadro magnífico, donde unas nubes blancas y blondas cabalgan sobre unos peñascos ocres. La visión de este cuadro abre á nuestro espíritu maravillosas perspectivas de infinito. Aquí no hay limitación. El artista se transmite entero en su obra y la crea con su propia substancia. La inmensidad que vemos nos da la medida de la amplitud del espíritu que la ha creado.

El reportero ha bajado los peldaños de la abstracción para pisar las mezquinas realidades. Y Verdugo Landi responde á nuestra pregunta:

—No deben desaparecer las Exposiciones. De ninguna manera. Lo que hay que hacer es darles dignidad, acreditarlas, que no sean un biombo tras del cual se oculten los que merodean en este campo artístico para llevarse los premios por medios inconfesables. Los reglamentos que se han hecho—bastantes—son buenos; pero los que los interpretan van á *lo suyo*, saltándose la letra escrita. No es necesario reformar los reglamentos, sino los hombres. Casi todos los jurados—no todos, por fortuna—premián á sus amigos, á sus paniaguados, á sus admiradores, y á los que, no teniendo otro medio para triunfar, emplean la adulación.

¿Quiere usted saber el procedimiento que han seguido algunos para conquistar los votos para la primera medalla? La llamada medalla de honor se la han llevado algunas veces por procedimientos poco honorables. El artista busca los votos, los solicita sombrero en mano, «subiendo á los estudios», persiguiendo y coaccionando por todos los medios á sus compañeros para que lo voten. No se desperdicia ningún recurso, por deleznable que sea. Este trabajo, que rebaja la dignidad profesional del que lo emplea, no tiene nada que ver con lo que dice el reglamento, *que el premio se dará al mejor cuadro, ó al artista de mejor y más sólida historia.*

Los jurados, cuando son de Real orden, son pésimos, porque hay que *soportar* á unos cuantos señores—los cuales son siempre los mismos—por ocupar cargos oficiales. Estos señores tienen sus camarillas—el inevitable cotarro español—, y los pintores ó escultores que no conviven con ellos, ó no están bajo su influencia, son postergados todos los años y protegidos los amigos del clan.

Y si el premio es por *prebiscito*, los más audaces ó intrigantes—es decir, los *más frescos*—organizan una batida para recoger los votos de todos los incautos, á los cuales les ofrecen premios, y muchos caen en la trampa, quedando luego chasqueados.

—Para impedir esto, ¿cómo cree usted que debe constituirse el Jurado?

—A mi juicio, el Jurado debe nombrarse por medio de un sorteo entre las primeras medallas. Podría componerse de nueve individuos que colocarían los cuadros, estudiarían la Exposición y harían una labor de exégesis á conciencia durante quince días. En el momento de otorgar los premios se haría un nuevo sorteo entre los nueve para eliminar á seis, y los tres que quedarán

en veinticuatro horas darían su fallo, otorgando los premios. Así podrían evitarse muchos abusos, y, desde luego, la injusticia es menor, pues los favorecidos sólo serían tres. Uno por cada Jurado.

A pesar de todo, yo creo que las Exposiciones deben hacerse como en todos los países del mundo: con premios y la debida protección del Estado, que debe ampliar su generosidad y adquirir las obras en un precio más alto.

Y con respecto á las medallas, mi opinión es contraria á la de otros ilustres compañeros que me han precedido en su juicio sobre esta cuestión. No deben suprimirse. No por el valor que la medalla representa para el público, que no hace caso ya de esta distinción, por el descrédito en que han caído á causa de que muchas medallas—no todas—han sido adquiridas de mala manera, sino porque al suprimirlas ahora, sería dejar en una condición de superioridad á los elementos que las poseen, sobre los jóvenes, que no teniéndola no podrían equipararse á los viejos en lo que se refiere á la opción de cátedras y cargos oficiales. Además, se daría el caso de que habría artistas que se pondrían en sus tarjetas: *Fulano de Tal. Premiado en varias Exposiciones. Calle de Tal. Número tantos.*

Respecto á lo que algunos artistas afirman de que la crítica hace una labor pesimista, negativa, personal, es cierto que hay esos elementos no conformistas; pero también es verdad que hay un sector que hace justicia. Pasa con los críticos lo mismo que con las Exposiciones: que muchos de ellos tienen que ceder á la presión de la amistad para *bombear* á señores que luego demuestran su ingratitud á los mismos que los exaltan, quitándoles túrdigas de pellejo en los corrillos de gente profesional.

JULIO ROMANO

EL ÚLTIMO ESPEJO

(NOVELAS CINEMATOGRAFIALES)

JAMÁS Carmeta logró que por su nombre la llamaran: fué siempre para todos «la Murciana».

Vino de «allá», según su frase, para cuidar la casa de sus tíos y protectores, los Maixen, que tenían por suya media tierra de la huerta.

Su tío Francesch, hombre fúcar y solerte, no era capaz de dejarse desobedecer; y al decir á su primo, que era colono suyo: «En casa necesitamos á tu chica; mi hermana está delicada», decía entre líneas: «¡y mira que comes lo que yo te doy...!»

¡Qué gran pena para Carmeta fué la marcha de aquellos lugares, de aquella casica blanca, en cuya puerta esperaba que atardeciera para ver regresar de la huerta al huertano dueño de sus mejores pensamientos!

Aquellos atardeceres, en los que, entre trajín y trajín, cantaba como una alondra enloquecida de amor:

Las horas que más me gustan
son las cinco de la tarde,
por ver si pasa la esquina
aquel hijo de su madre,

cuando la suya le gritaba desde la cocina:
«¡Calla, loca», que va á llegar padre!...

¡Sus viejecitos adorados teniendo que guisar ellos, que lavarse la ropa y que cuidarse solos, sobre de desterronar la tierra dura!

¡Dejar sola, solita, á la madre, para cuidar al «ama», que con su dinero bien podía pagarse servidores que no dejaran por ella muerto un hogar!

¡El arbolío, el arbolío! Aquel arbolío por cuyas sombras paseó con Juanet, cuyas frondosidades ampararon el beso furtivo, lleno de mieles y aromas ..

¡Todo había de dejarlo, si quería asegurar el mendrugo de pan, sustento de sus pobres viejos!

•••••

Llegaban las once. El pueblo esperaba en masa al nuevo matrimonio; todos querían investigar cómo Carmeta consintió casarse...

¡Casarse con su tío, con el solterón curtido y repletísimo de oro, cincuentón avariento que jamás quiso cargar con ninguna de las mil guapas chicas que le asediaban!

Sabían todos, por Juanet, que á la Carmeta llamábanla en la Corte «la Murciana», y que señores muy puestos de reloj y camisa planchada habíanla solicitado; pero sabían también, por el propio Juan, lo que Carmeta escribía; que si

halagábanla tales distinciones era pensando solo: «este puñado de gracias y el corazoncito que envuelven pueden pagar á mi huertano descamisado el amor que me guarda».

Por éstas y otras, el pueblo veía el matrimonio como un acaparamiento más, cobarde é inicuo, de aquel monstruo de la usura, que seguramente mostró á Carmeta su corazón y su bolsa con la derecha, y la ruina y el hambre de aquellos viejos, con la izquierda.

Sólo un huertano, uno solo, el que Carmeta llamaba en sus soliloquios el *suyo*, proclamaba ciego la perfidia y la crueldad de aquella pobre mártir.

•••••

Apiñáronse todos en rededor de las portezuelas, respetando puesto en la primera fila á los dos viejecitos, que no cabían en sí de gozo y orgullo.

—¡Padres de mi vida!—gritó Carmeta, y se lanzó á abrazarles estrechísimamente, llenándoles de lágrimas.

Pocos peleaban por apretar la mano de Francesch Maixen. Haber robado al pueblo la figura de Carmeta, traicionar á Juan y llevarse para sí la mejor de las mozas, era una ofensa que sentían lacerantemente jóvenes y viejos.



Aquel arbolío por cuyas sombras paseó con Juanet, cuyas frondosidades ampararon el beso furtivo...



El pueblo esperaba en masa al nuevo matrimonio...

Carmeta, apenas lanzada con arrebato en brazos de uno, corría á estrecharse en otros que la esperaban abiertos, y en cinco minutos, con el imperio de los nervios, había rodado de brazos en brazos, escudriñando con viveza el semblante de cada amigo...

A medida que fué terminando los saludos —que tenían algo de eléctrico—, cuando abrazó al último huertano, permaneció en el hombro de éste unos segundos, con postura de agotamiento y abandono, desmarrada; la cabeza cayendo poco á poco hasta descansar en el pecho robusto del mancebo, las manos en sus hombros, resbalando luego, pálidas y frías, hasta caer á lo largo del cuerpo gentilísimo de la muchacha, que se irguió al suspirar para mirar á todos, girando aquella cabecita con perezosa tristeza, para lanzar después una mirada llena de penas al arbolito de la vega...

Comenzaron á andar; todos querían rodearla, y, adelantándose con sus padres, no soltaba la mano del mocetón, á quien dió su último abrazo.

Pascualet, el hermano de Juan, recibía los estremecimientos de Carmeta, que le hablaba un hablar, sin palabras, profundo, al transmitir sus angustias con cada apretón de su convulsa manecita, que parecía decirle: «Dile...»

Cada día era mayor su postración, y ni las riquezas llovidas del cielo, ni ver á la chica bien colocada, ni poseer tanto campo, ni nada, en fin, lograba levantar el ánimo á los padres de Carmeta, que la veían consumirse como un candilito falto de aceite.

Nada que no fuera hablar con Pascualet la dis-

traía de sus cavilaciones tristes, ni animaba aquel semblante, del blancor y el brillo de la perla.

Con gran esfuerzo y apoyada en el brazo de su marido, salió aquella tarde á dar un paseo bajo el arbolito...

Francesch observaba á Carmeta, sin hablarla, é iba reconstruyendo los hechos y sintiéndose el verdugo de aquella mujer tan sumisa, tan resignada y tan buena.

Ella callóle el nombre; pero mil veces le juró que su corazón era de otro, y le pidió perdón para su desvío y amparo para sus padres... Recordaba Francesch la víspera de su boda y la escena que su pasión brutal produjo.

Carmeta, llorando, suplicábale que olvidase su cariño, al que no podía corresponder...

Francesch insistió: necesitaba á Carmeta como el sediento el agua.

—¿Te sientes mal?—preguntóle, impaciente.

—¡Estoy cansada!—dijo, y, uniendo la acción á la palabra, desplomóse en una piedra, antiguo confesonario, que oyó en otro tiempo las arrogancias de un juramento y el susurro del beso pasional y casto de dos almas.

—¡Estoy cansada!—repitió, agotadísima. Y sentándose en la piedra, ¡como para siempre!, clavó su mirada serena y brillante en el fondo de un árbol pintarrajeado de corazones y flechas, números y cifras, entre las que, bajo un 17, había escrito á punta de navaja, frescas aún las heridas en la corteza del árbol que contaba *del mal sin remedio*, la palabra «¡Estuve!»

Fija, petrificada, con la cabeza hacia atrás y la mirada en el árbol, parecía dormir con los ojos

abiertos, sin protestar de los reproches que Francesch la dirigía, preguntándola nerviosamente el nombre de aquel á quien seguramente seguía amando.

—Di, di Carmeta: ¡contéstame, por Dios!—y al cogerla nervioso ambos brazos para obligarla á mirarle, creyó ver por vez primera amor infinito en su cara. Y allá en el fondo de sus hondas pupilas, la última visión de la que fué su esposa: la imagen perfecta del hermano de Pascualet...

¡Los ojos de los muertos son, por altos designios, el más puro elucidario!

(A cuánta muerta, perfectamente honrada, se la vería bajo el párpado yerto, la razón de su vida y de su muerte.)

Pero Maixen no era ni filósofo ni poeta, y se limitó á cerrarla los ojos *pa quel otro no se riera*.

Y esta bestia sensual pensaba así mientras el amante fracasado lloraba como un «moy», sin atreverse á mirarla, cuando pasaba cerca, por no recordarla su dolor..., aunque cada día añadiera otra flecha al corazón del árbol, que decía «¡Estuve!»; y cada conticinio mordiese la almohada ó vigilase la casa, ó cantase en las rondas uno de los más lacerantes poemas populares de España:

¡Cómo sufrirás, Manuela!
 Como sufrirás, mi vida,
 entre cadenas y grillos
 toda la noche metida...
 ¡Manuela!
 Qué pena me das.
 ¡Manuela!
 Qué aterrorada estás...

ALEJANDRO BHER

(Dibujos de Manchón)

LA PROTECCIÓN A LOS DESVALIDOS

FIESTAS BENÉFICAS EN INGLATERRA



MISS KERICAS
Representando la «Zarita Milicia»



LA MARQUESA DE MARCONI
Esposa del ilustre inventor, representando á «Bona Lombardi»

Las aristócratas inglesas y las más bellas damas del Cuerpo diplomático acreditado en Londres han celebrado recientemente fiestas brillantísimas, con fines altamente benéficos, y entre esas fiestas ha culminado un magnífico baile á beneficio del «Hospital Inglés para niños y madres».

Las más bellas señoras y muchachas de las colonias extranjeras de América, de Italia, de

Grecia... se pusieron de acuerdo para presentarse en ese baile vestidas y caracterizadas como las más famosas heroínas románticas de sus respectivos países.

La Zarita Milicia; la legendaria figura italiana Bona Lombardi Brunero, heroína que vivió en el siglo xv; la reina María de Escocia; la reina Margarita... Todas las grandes figuras de la historia y de la leyenda de los diversos países tuvie-

ron bellísimas y adecuadas representaciones, que hicieron revivir, aun en las imaginaciones menos dadas á la fantasía, los momentos de mayor intensidad de la vida humana.

Para las damas del Cuerpo diplomático, este género de fiestas tienen un doble y máximo atractivo, porque sobre su aspecto mundano, siempre aliciente bastante para la mujer, tienen el de intensificar el recuerdo de la patria le-



Lady Carlisle, representando á la Reina María de Escocia y acompañada por otras aristócratas inglesas

jana, sirviendo de lenitivo á las nostalgias que las mujeres, por su más fina sensibilidad, padecen con más intensidad que los hombres cuando viven fuera del hogar.

Las figuras femeninas culminantes en las imaginaciones juveniles en los diferentes países, son evocadas con mayor fuerza cuando se vive fuera de ellos; y así, para cada una de las damas que han tomado parte en el baile benéfico en Londres, encarnar una de esas figuras ha debido ser un motivo de íntima y muy honda satisfacción: todas ellas habían sido felices mientras laboraban por la felicidad ajena: por el bienestar de los niños y de las madres en su hospital propio.

Otra fiesta benéfica ha tenido por «lugar de acción» las calles de Coventry, y ha sido la tradicional reproducción del paso de Lady Godiva por las calles de la vieja ciudad.

Nuestros lectores recuerdan la famosísima leyenda que llevó á nuestra escena Linares Rivas, en que inspiró Maeterlinck su *Monna Vanna*, que incorporó á nuestro teatro, con María Guerrero y Fernando



MISS MURIEL MELLERUP

Representando á «Lady Godiva» en la fiesta tradicional de Coventry

(Fot. Agencia Gráfica)

Mendoza, Jurado de la Parra. Lady Godiva, para salvar á su pueblo, hubo de recorrer las calles de la ciudad completamente desnuda, cubierta sólo por su cabellera y cabalgando... Cada veinte años se reproduce en Coventry la trágica escena, y las más bellas mujeres se disputan el honor de representar á la heroína legendaria. Este año la elegida fué miss Muriel Mellerup, y la fiesta fué á beneficio del hospital local.

En Madrid, en el Teatro Español, representaron á *Monna Vanna* y á *Lady Godiva*, respectivamente, dos ilustres primeras actrices: María Guerrero y Dolores Bremón.

En Inglaterra son frecuentes las fiestas de ese género, y con ellas contribuyen muy gustosamente, y sin esfuerzo, todas las clases sociales al sostenimiento de obras hospitalarias, cuya necesidad está siempre en relación con la vida.

Es tendencia general en la organización de esas fiestas darlas siempre un aspecto artístico, que suele ser el aliciente mayor para hacer el bien, aun en los que sienten ya impulso propio para realizarle,



MODISTILLA DE LAS VENTAS

Modistilla de las Ventas,
sayecita de percal:
cuando tú tengas veinte años,
¿de quién serán!
Sonríes á los chavales
por la calle de Alcalá,
y tu risa es como locas
piedrecitas de cristal.
Te hacen asco los afeites
que se pone la Pilar,
que no te hacen falta esencias
para oler como un rosal,
y tu rostro es como el alba,
y tu boca es mucho más
roja que la sangre aquella
que vertió el «peque» de Juan,
cuando tú corríste tanto
y él echó á correr detrás...
Modistilla de las Ventas,
bajo cuyas ropas van
gorrioncicos que ya quieren
picar granos de trigo:
cuando tú tengas veinte años,
¿en qué fresno cantarán!
Las abejas retozonas
del arisco colmenar
de tu boca, cuando vuelen,
¿en qué huerta llenarán,
con la sangre de las yemas,
los dedos del panal!
Tendrás un novio estudiante,
con poca Universidad,
pero que ya tiene novia
buscada, y al terminar
la carrera, habrá esponsales
en Rincón del Carrizal.
Y tú esperarás en vano,
cansadita de esperar,
con las flores deshojadas
en la saya de percal;
sin fijarte en los gorriones
que hacia otras frondas se van,
porque este domingo, alegre
lo mismo que los demás,
tu mano ya no les brinda
migas de pan...
Bajo las pomas del día
el reptil florecerá;
vejetes de tos madura

y ancha flor en el ojal
y ojos de simio temblones
se acercarán
para decirte que el mundo
tiene algo más.
Te hablarán de los deportes
y de la Granja «El Henar»;
de los círculos sociales,
vieja carroña social,
y de matar amarguras
con champán.
¿La copa, blanca magnolia
que se quiere deshojar
en el jardín de la noche,
como otra flor sideral!
Cabaret. Favoles chinos.
Lo exótico y lo vulgar;
constelaciones de vidrio,
pupilas de Carnaval;
hombres pintados de rojo;
música de orangután,
gitaneries de laca
y gansos dentro de un frac.
Bostezos del cigarrillo;
Colombinas que un costal
de harina gastan en vano
para embellecer la faz.
Hemorragias luminosas
en el umbral.
Noches que sueñan millones
y amaneceres sin pan.
Tú abrirás mucho los ojos
y las cosas mirarás,
como si en un carrousel
dieras vueltas sin parar.
¿Mariposa atolondrada
que se quema en el fanal!
Y cuando ya, fruto verde,
marchita y sin madurar,
prematuramente vayas
á hacer lo que las demás,
si aquel señorón con guantes
sueles saludar
con grandes ojos de hallazgo,
verás
que inclina el hombro y comenta:
No sé quién será.
Modistilla de las Ventas:
¿verdad

que somos malos los hombres,
que me equivoco y serás
la gracia de las barriadas,
que alegre va
deshaciendo los piñones
y toda oliendo á pinar;
la risa, vuelo de tordo;
los ojos, cielos de paz;
y toda llena de sol
y campo primaveral
y oliendo á hornada reciente
de las tahonas, irás
desde el taller á la casa,
y en el zaguán
te dirá un mozo muy serio
cosas que son de verdad?
¿Modistilla de las Ventas,
sayecita de percal!
Cuando tú tengas veinte años,
¿de quién serán?

ALFONSO CAMIN

(Dibujo de Aristo-Téllez)

DON GUTIERRE DE VARGAS Y CARVAJAL

ESTE buen eclesiástico y prócer madrileño, que yace enterrado en la lindísima capilla de San Andrés, de nuestra Villa y Corte, es el obispo de Plasencia, y como tal obispo, señor de los lugares de Jairecejo y de Miajadas, Don Gutierre de Vargas y Carvajal. Del obispo madrileño, liberal, rico, noble y dadivoso, se conserva el mejor recuerdo en la ciudad episcopal del Jerte. Amigo de la pompa y del atuendo, vive siempre rodeado de sus pajes, fámulos, criados y limosneros; su biblioteca es la más rica de la ciudad; sus perros de caza, los mejores, y las fincas de recreo y de esparcimiento, donde le gusta reposar de las graves tareas de su pastoreo, las más codiciadas de las comarcas del Valle y de la Vera. Goza fama de tolerante y de bueno el obispo placentino. De cuando en cuando abandona su palacio almenado por su casa solariega de la plaza de la Paja, en Madrid, donde pasa grandes temporadas, y cuando torna á su redil

Don Gutierre, devuelve el sosiego á los canónigos levantinos que toman parte en las graves disputas que llegan de la vecina Salamanca y de su Escuela con los teólogos y con los escriturarios.

Don Gutierre es muy popular en Plasencia. Todas las mañanas se le ve salir de palacio muy de madrugada, recibir junto al balcón almenado de la casa del deán las reverencias de la clerecía y permanecer largas horas en el coro, admirando sus tallas y paciencias. De vez en cuando, contemplando los respaldos y los asientos de las sillas capitulares, Su Ilustrísima sonríe con una sonrisa amplia, humana, de hombre del Renacimiento, que conoce todas las paradojas y fantasías y locuras y desconciertos de estos buenos entalladores que están acabando de decorar la iglesia. En un brazal bajo hay una mujer con las faldas abombadas hacia arriba y con los pies diminutos dentro de un barreño, que sonríe alegremente al espectador. En otro hay un fraile, grave y doctoral, que hace el amor á una hem-

bra que está hilando en una rueca. En el momento preciso en que Su Ilustrísima penetra en la Iglesia, un artesano aragonés está tallando la figura de un torero que presenta el capote en la mano izquierda á un fiero cornúpeto, mientras le amenaza con el estoque. Don Gutierre felicita al artista y departe con él amablemente. Hablan de Italia, de Bolonia y de sus pórticos, de Nápoles y de sus hosterías, de Florencia y de sus palacios, y el obispo, versadísimo en la lengua toscana, recuerda sus horas de mocedad en Roma, á la vera de los espléndidos cardenales que decoran, con su prestancia y con su amor al arte, la ciudad de los Pontífices.

Desde la Catedral torna á palacio Don Gutierre. Dos pajecitos le recogen la cola en el pequeño espacio que separa su casa de la Catedral. Las personas más doctas y nobles de la ciudad—los Loysa, los Zúñiga, los Carvajal—le acompañan siempre á la mesa. De diez y siete pajes se compone ordinariamente el cortejo oficial de Su Ilustrísima. Un lector florentino le re-

cita los versos del Alighieri y del Petrarca; otro le recoge el birrete y permanece de pie á su derecha; unos músicos tañen dulcísimos instrumentos mientras dura el yantar, copioso y sazonado.

Don Gutierre despide luego á sus huéspedes y se defiende del calor y del bochorno de la sazón con una reparadora siestecita, hasta media tarde.

Cuando Don Gutierre muere en Madrid en 1556, decide que le entierren en la misma capilla donde yacen los restos de sus padres, Don Francisco de Carvajal, el consejero de los Reyes Católicos y del Emperador Carlos V, y Doña Mencía, su esposa.

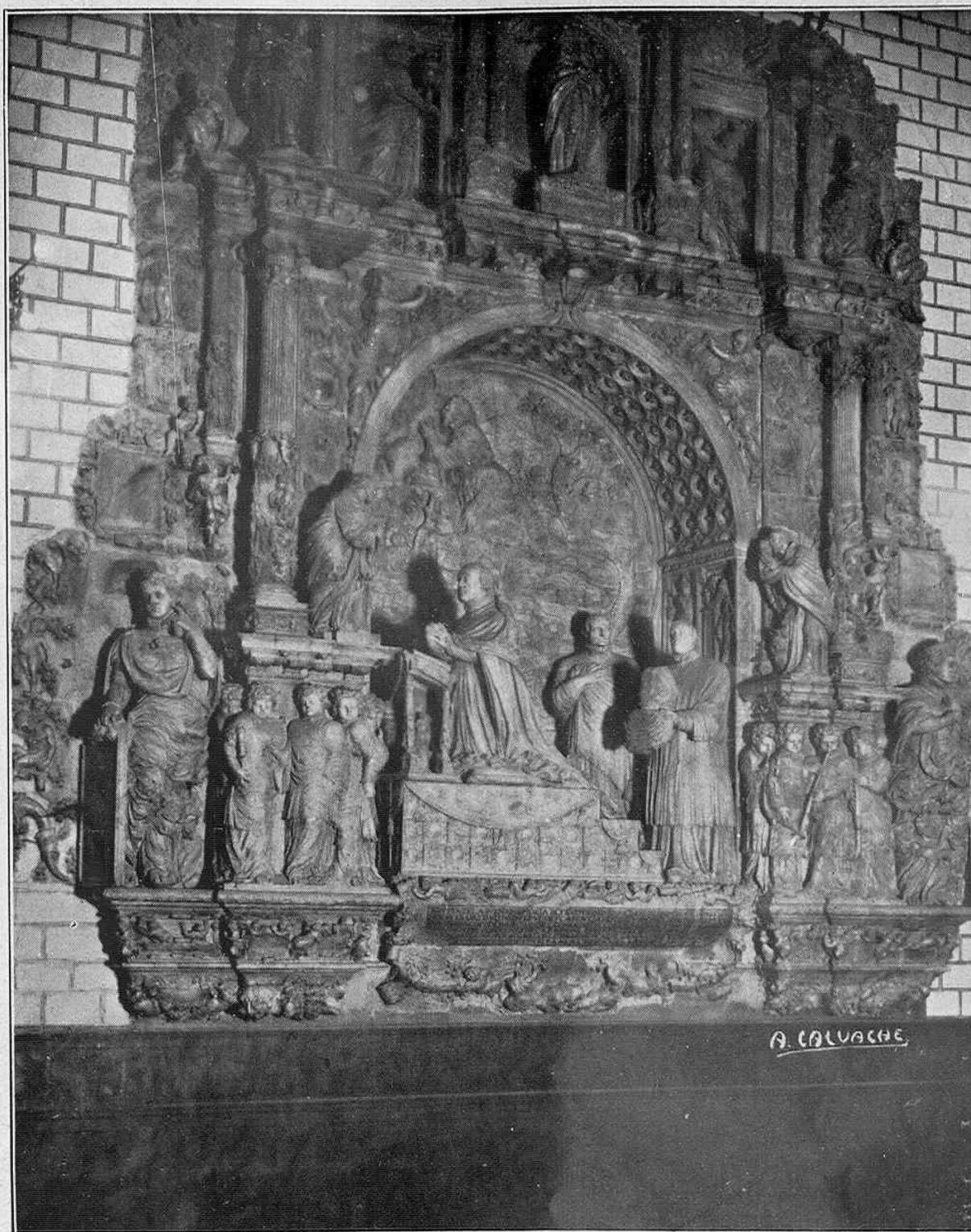
Giralte, que ya ha tallado con gentil magnificencia las puertas y el retablo de la capilla, se encarga del monumento funerario de Don Gutierre. El obispo ora en su magnífico trono prelacial; dos pajes le recogen la mitra y cuidan de su cola.

La pequeña corte de Plasencia, con sus niños cantores, sus alegres pajecillos, sus

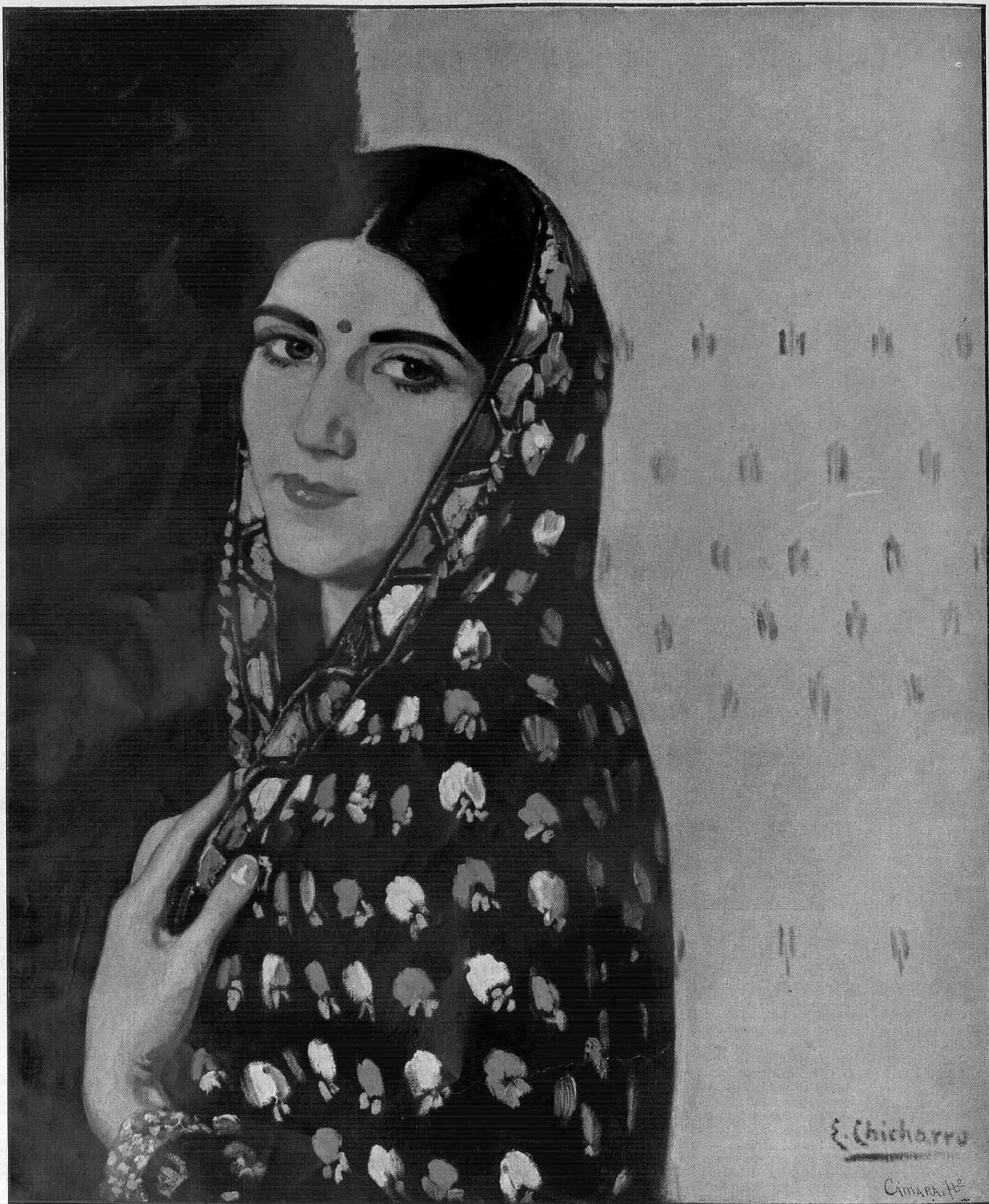
escuderos, sus fámulos y sus familiares, sirve de fondo á la figura señorial y majestuosa de nuestro obispo.

Hasta en el momento de su plegaria, hasta en el recuerdo de su muerte, el artista ha sabido revestir de gracia, de elegancia, de suavidad y—por qué no decirlo?—de alegría la figura de Don Gutierre de Vargas y Carvajal. La evocación de Plasencia con sus jaras y sus peñascales, y sus olivos, y su altar de azulejos de la ermita de San Lázaro, y las paciencias del coro de su Basílica, y su Jerte bramando entre barrancos, y las manchas verdinegras de sus encinares, surge, por una necesidad espiritual, ante el hermoso enterramiento de alabastro de nuestro Giralte que puede admirarse en la más bonita y elegante capilla, medio gótica, medio renacentista, que tenemos en la Villa y Corte, y que no todos los madrileños conocen, como es natural.

José SANCHEZ ROJAS



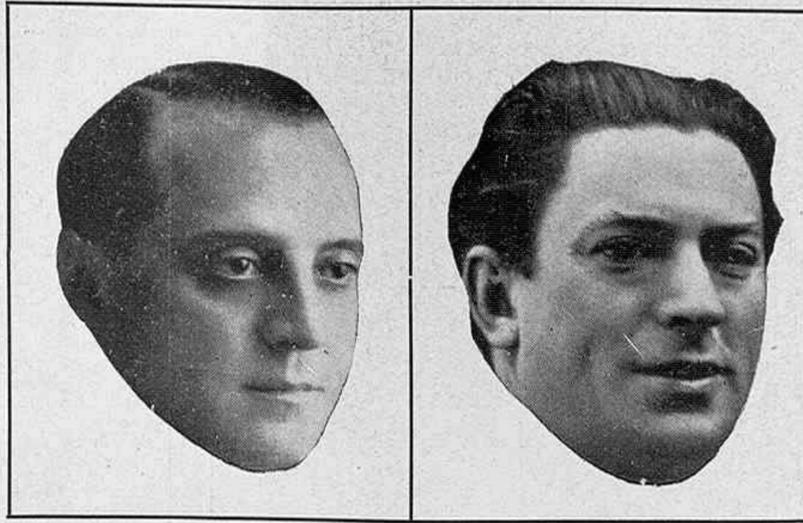
Estatua orante del obispo Don Gutierre de Vargas y Carvajal, que se conserva en la iglesia de San Andrés, en Madrid (Fot. Calvache)



«Muchacha india», cuadro
de Eduardo Chicharro

LA EXPOSICION IBEROAMERICANA DE SEVILLA

COLECCION INTERESANTISIMA



DON F. RAMIREZ MONTESINOS
Ilustre jefe del Gabinete Diplomático y de Prensa, que ha dirigido la instalación del Pabellón en la Exposición Iberoamericana

DON ANTONIO ASENJO
Jefe de la Hemeroteca Municipal de Madrid, director de la instalación de Prensa en el Certamen que se celebra en la capital andaluza



Comenzaremos nuestro índice por las de las Repúblicas hispanoamericanas: El primer periódico publicado en la Argentina es el *Telégrafo mercantil, rural, político é historiográfico del Río de la Plata*, semanario de 16 páginas, que comenzó en Buenos Aires el 2 de Mayo de 1801. Lo fundó D. Francisco Antonio Cabello, natural de Extremadura, coronel de Infantería en el Perú, redactor anteriormente del *Mercurio Peruano*

y de *La Estrella del Sur*, primer periódico aparecido en Montevideo. Dicho coronel acabó lastimosamente sus días, fusilado en Chile. Otro periódico bonaerense, de indiscutible valor histórico, es *El Redactor de la Asamblea*, de 1813.

De Colombia: *Semanario del Nuevo Reino de Granada* (1808), una de las más interesantes publicaciones de la época.

De Cuba: *Diario de la Habana* (1810); *Correo de las Damas* y *El Lince*, semanales, ambos de 1811; *El Moro Muza*, redactado por el célebre poeta satírico español Martínez Villergas.

Del Perú: *Gaceta del Gobierno de Lima Independiente*, que comenzó a publicarse el 16 de Julio de 1821, al día siguiente de declararse independiente el Perú.

De Méjico: *Gaceta de Literatura de México* (1788), enciclopedia abreviada de literatura, arte, ciencia, etc. Fué su fundador el presbítero é ilustre polígrafo mejicano D. José Antonio Alzate Ramírez; *Gaceta del Gobierno de México* (1811); *El Redactor Mexicano* (1814) y *La Carreta* (1820).

De Filipinas deben ser citados: *La Ilustración Filipina*, *Gaceta de Manila* y *El Oriente*, todos del pasado siglo.

De las publicaciones aparecidas en nuestra patria, señalaremos: la *Gaceta de Barcelona*, semanal, luego bisemanal, que comenzó en 1711 y cesó de publicarse en 1820; *Diario de Barcelona (El Brusi)*, decano actual de la prensa española, no oficial, que salió a luz en 1792. Del siglo XIX: *Estafeta de Barcelona* (1814), *El Lechuguino á la dernière* (1830), *El Sancho Gobernador* (1836), *El Sapo* y *el Mico* (1842), semanarios ambos satíricos.

De Cádiz: *Academia de Ociosos* (1763), publicado por D. Juan de Flores Valdespino; la mayor parte de los periódicos que se publicaron durante la Guerra de la Independencia (1808-1814), entre los que se ha-

La Hemeroteca Municipal de Madrid ha alcanzado, en los diez años que cuenta de vida, un desarrollo y prosperidad que, sin hipérbole, podemos calificar de asombrosos. Débese tan feliz resultado, aparte la constante solicitud y generoso desinterés del Ayuntamiento, á la labor incansable y eficaz del director de la Hemeroteca, el ilustre periodista y popular sainetero don Antonio Asenjo.

Este Centro de cultura popular, uno de los más preciados de Madrid y que más enaltecen á su Concejo, no se limita á acrecentar su ya valiosísimo archivo de Prensa y á extender su peculiar radio de acción, sino que labora patrióticamente por consolidar el prestigio intelectual de España en el Extranjero, consiguiendo triunfos tan brillantes y halagüeños como el obtenido recientemente en la Exposición Internacional de Prensa de Colonia.

Por iniciativa del gran periodista é innovador de nuestra Prensa, D. Torcuato Luca de Tena, á cuya memoria imperecedera irá siempre unida la gratitud de los periodistas españoles, concurre la Hemeroteca á la magna Exposición Iberoamericana de Sevilla, con una valiosísima colección de prensa retrospectiva, la cual se exhibe en el Pabellón que, instalado por la Secretaría de Relaciones Extranjeras, sirve de albergue á la prensa iberoamericana antigua y moderna; pabellón ideado y dirigido, con arte y gusto exquisitos, por el ilustre secretario primero de Embajada D. Francisco Ramirez Montesinos, jefe hoy del Cuarto Diplomático del Presidente del Consejo, señor marqués de Estella.

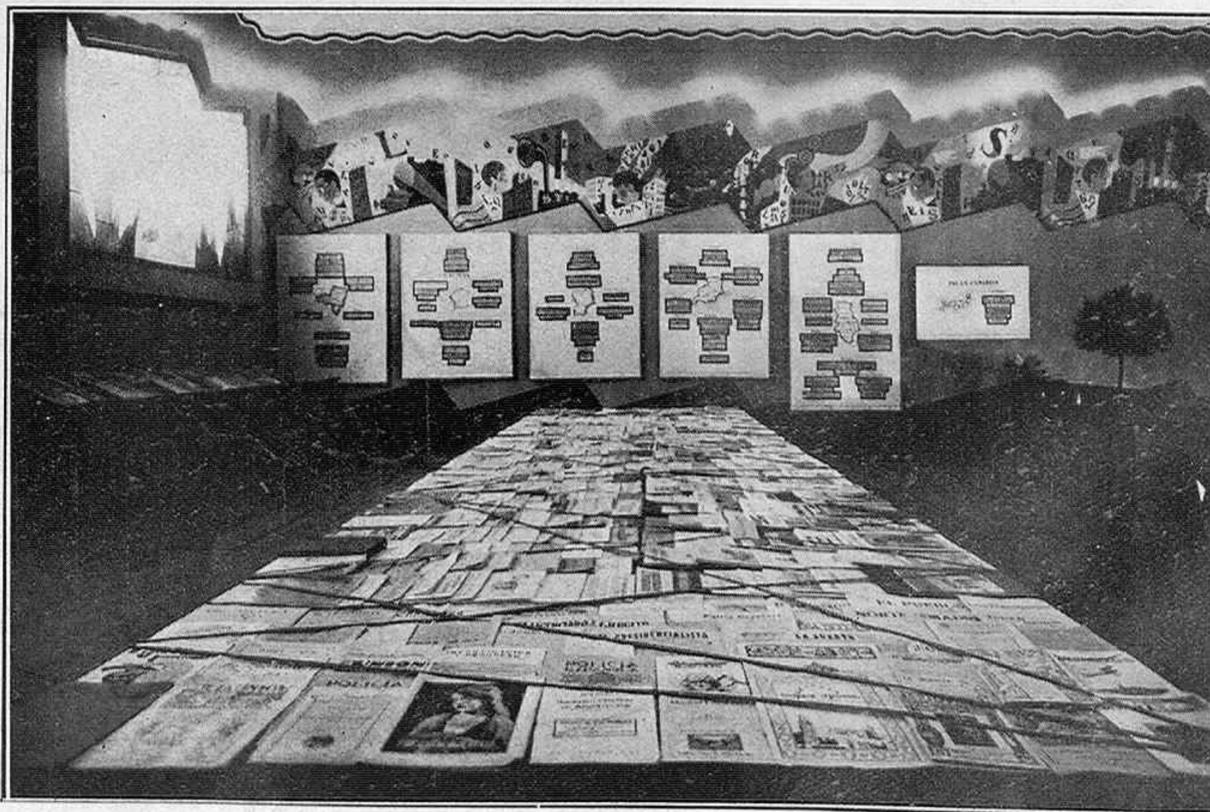
La colección comprende dos grandes grupos: el de las publicaciones periódicas de los países hispanoamericanos y Filipinas, y el de las españolas; siendo, en total, más de doscientas las exhibidas.

Descontada la *Gaceta de Madrid*, el periódico más antiguo de España, que se fundó, como es sabido, en las postrimerías del reinado de Felipe IV (1661), y alguna que otra publicación similar de tal época, como la de Zaragoza, predominan en la colección las del siglo XVIII, que es cuando, en realidad, nace la Prensa en la Metrópoli y en sus vastos dominios de Ultramar.

Evidentemente, estos periódicos primitivos, aparte su gran valor histórico, su imponderable rareza,

ofréncense como preciadas reliquias de los orígenes del periodismo español, y dejan suspenso el ánimo al considerar la inmensa y radicalísima evolución habida en la Prensa desde que, como un balbuceo, salieron á luz estas venerables hojas volantes, hasta las que en nuestros días tan espléndidamente se muestran á la curiosidad pública.

Si nos dejáramos llevar del amor y del entusiasmo que, como periodistas, sentimos hacia todo lo que se relaciona con nuestra profesión, daríamos íntegra la relación de los periódicos raros y curiosos presentados en Sevilla, y que, por su antigüedad, tienen el valor inapreciable de documentos ó testimonios fehacientes del vivir y pensar de nuestra patria en las pasadas centurias. Naturalmente, quiebra nuestro ambicioso propósito la índole del presente trabajo y el temor de que, tal vez, fatigáramos la atención de los lectores. Así, pues, abarcaremos en conjunto y de manera sintética las publicaciones presentadas, destacando únicamente las que figuran en nuestros apuntes como excepcionales por su rareza ó importancia histórica y literaria.



Una de las salas de la sección de Prensa de la Exposición de Sevilla, donde se muestran gran número de revistas españolas y los diarios que se publican en toda la península

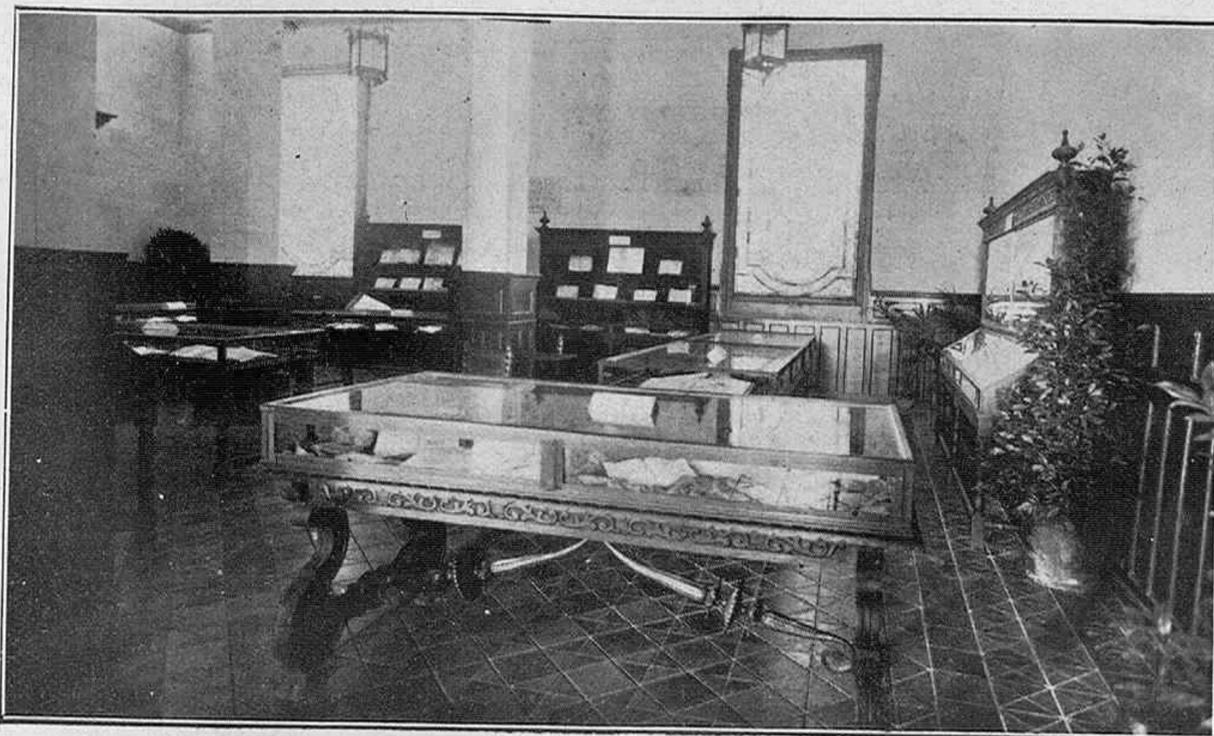
llan: *El Conciso*, *La Abeja Española*, *El Procurador general de la Nación y del Rey*, *El Telégrafo Mexicano*, *Clarín de la Libertad*, *El Filósofo de antaño*; en suma, los más famosos portaestandartes de «liberales» y «serviles».

Gerona, con el *Correo de Gerona*, uno de sus primeros periódicos, que comenzó en 1795.

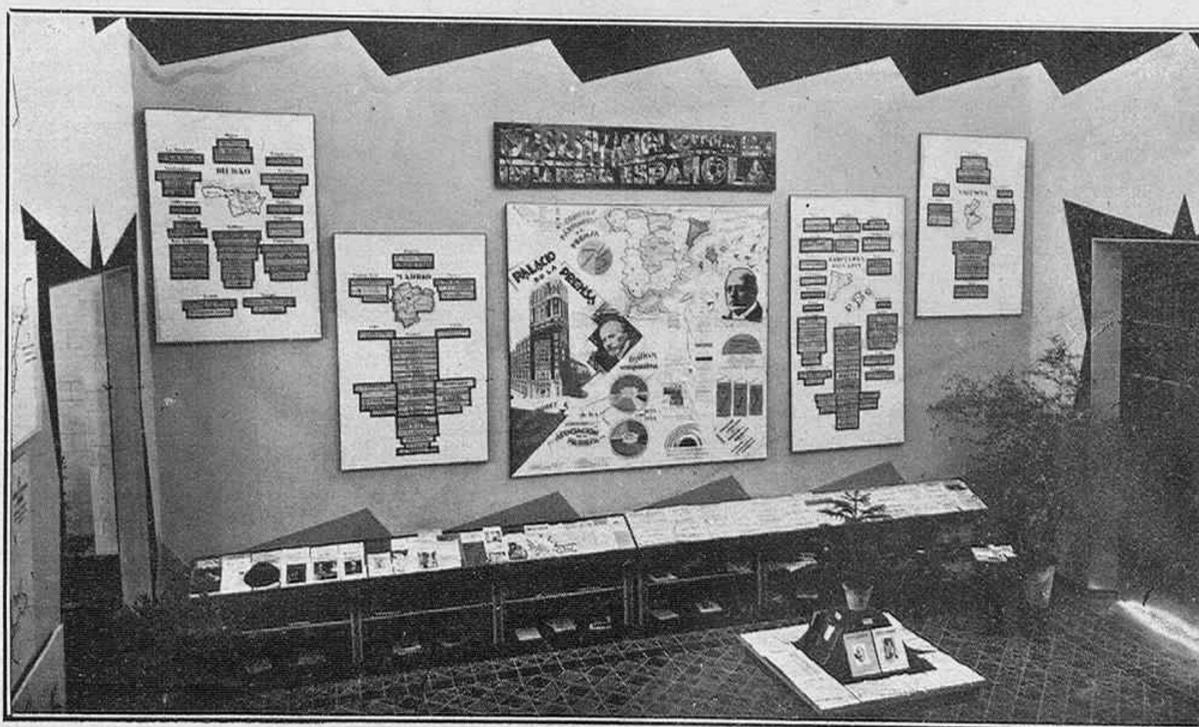
De Granada: la curiosa publicación *Cartas del Sacristán de Pinos de la Fuente*, *Gacetilla curiosa ó Semanario granadino* y *Mensajero económico y erudito de Granada*; los tres aparecidos en el último tercio del siglo XVIII.

De Madrid: *Gazeta de los sucesos políticos y militares de la mayor parte del mundo, hasta el mes de Enero deste año de mil y seiscientos y sesenta y uno*, que, como dijimos anteriormente, es el periódico más antiguo de España, y que, publicado después en distintos tamaños y con diversos títulos, toma en 1697 el de *Gazeta de Madrid*, con el que actualmente se publica; *Diario histórico, político, canónico y moral* (1732), escrito por el P. Fray Joseph Alvarez de la Fuente; *El Duende de Madrid* (1735), periódico manuscrito y clandestino, redactado por el P. Fray Manuel de S. Joseph, antes D. Manuel Freyre de Silva, oficial que fué de dragones en el ejército portugués, de vida asaz borrascosa y novelesca; *Caxón de Sastre* (1760), del injustamente llamado «el pestífero Nipho» por Moratín; *La Pensadora Gaditana* (1763), de D.^a Beatriz Cienfuegos de Galindo, primer periódico que en España ha sido redactado por una mujer; *El Belianis literario* (1765); *Correo de los Ciegos de Madrid*, bimensual (1786), y *Gabinete de Lectura española ó Colección de muchos papeles curiosos de escritores antiguos y modernos de La Nación* (1793), del cual sólo se publicaron seis números.

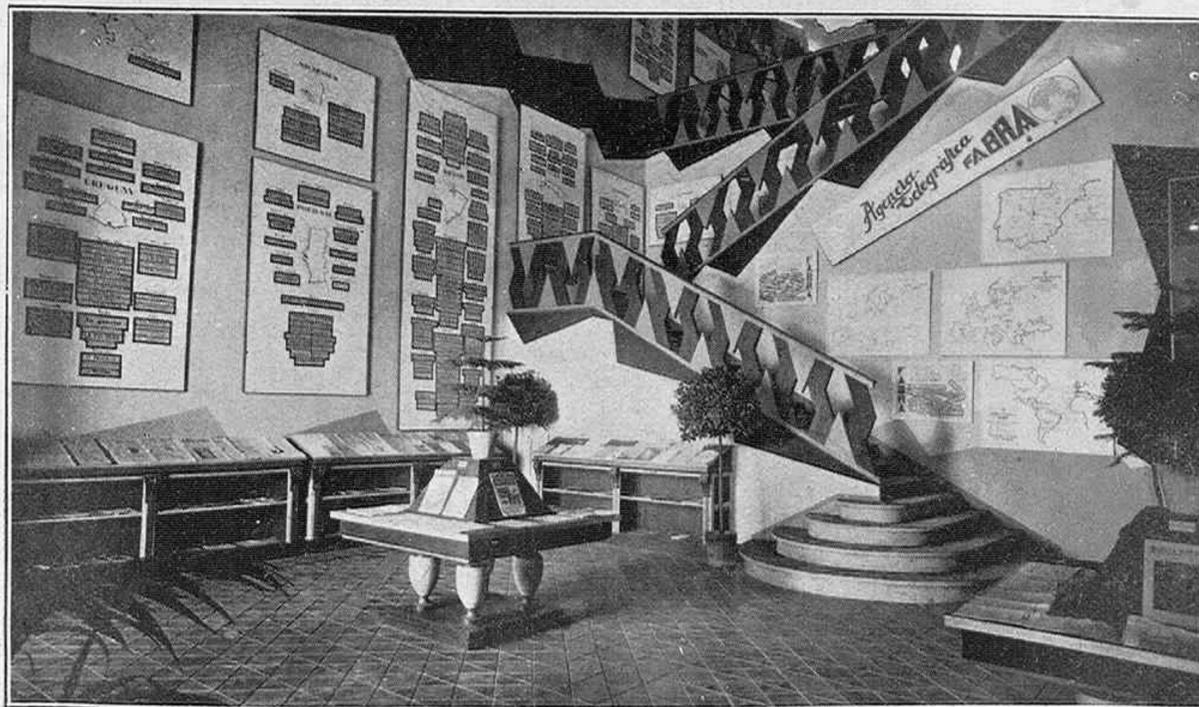
Y ya en el siglo XIX, de 1808 á 1814, años de la Guerra de la Independencia, el famoso y satírico *Diario Napoleónico* (1808); *Diario de las Cortes* (que aún subsiste); *El Robespierre Español*, ambos de 1811;



Aspecto de uno de los «stands» de la Exposición de la Prensa en el Certamen Iberoamericano



Sala de lectura y exposición de revistas y libros en la instalación de la Hemeroteca madrileña, en el Pabellón de Prensa de la Exposición de Sevilla



Un aspecto de la sección de Prensa, decorado muy originalmente, en la Exposición Iberoamericana de Sevilla

(Fots. Serrano)

La Abeja Madrileña, continuación de *La Abeja Española*, de Cádiz, del célebre satírico y gran bibliófilo D. Bartolomé José Gallardo.

Entramos ya en la época romántica, y sobresalen de la misma las celebradas *Cartas Españolas* (1831), de Carnerero, que Silve-la califica justamente de monumento literario; *El Pobrecito Hablador*, del inmortal *Figaro* (1832); *El Artista*, notabilísima publicación de D. Federico de Madrazo y D. Eugenio de Ochoa (1835); *El Pensamiento de la Nación*, del insigne publicista y filósofo Balmes (1844); *El Burro* (1845) y *Don Circunstancias* (1848), semanarios satíricos escritos por Martínez Villergas; *Carta*

Autógrafa (1848); la popularísima *Correspondencia de España*, fundada por Santa Ana, y que ha seguido publicándose hasta 1925; y *La Ilustración*, del inolvidable periodista D. Angel Fernández de los Ríos.

De Murcia: el *Diario de Murcia* (1792).

De Salamanca: *Semanario erudito y curioso de Salamanca* (1793).

De Sevilla: sus dos periódicos más antiguos: *Noticiero de Sevilla* (1691) y *Gaceta de San Hermenegildo* (1746). Del siglo XIX: *Gaceta Ministerial de Sevilla* (1808), *Correo del Ejército Francés* (1808), *Píldoras* (1812), *El Defensor del Rey* (1823) y *El Lucero de Sevilla* (1833).

De Valencia: *Diario de Valencia*, que comenzó el 1 de Julio de 1790 y es el primer diario que se publicó en dicha capital, sobre el mismo plan que el Supremo Consejo dispuso para el *Diario de Madrid*; *Gaceta de Valencia* (1808), *El Ferdinandino* y *Lucindo*, los dos rabiosamente absolutistas, aparecidos en 1814.

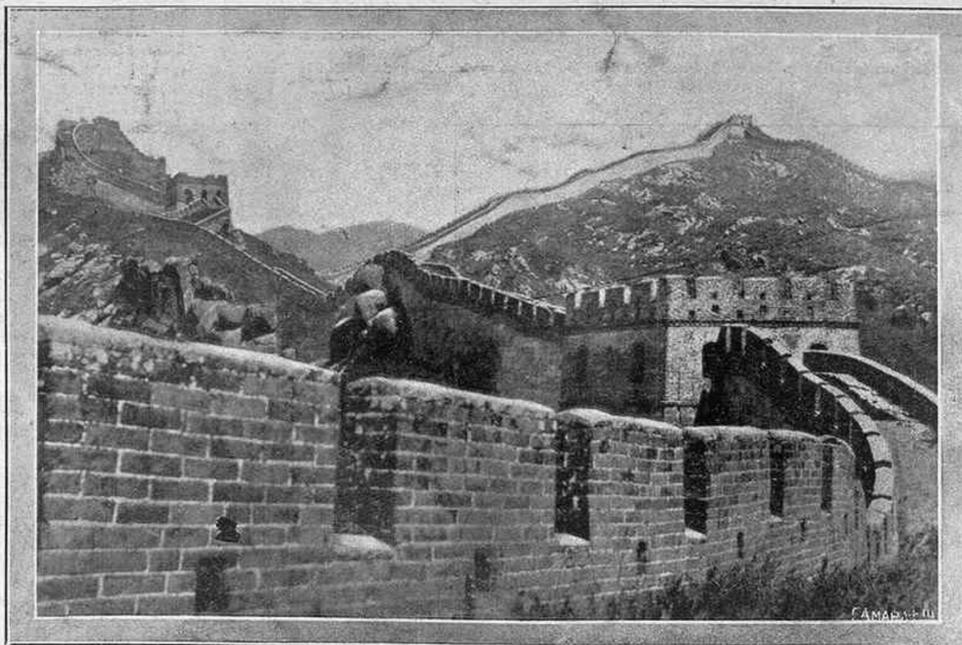
Finalmente, Zaragoza, con su *Gazeta Nueva*, de 1661, análoga en forma y fondo á la de Madrid, y *Semanario de Zaragoza* (1793).

Estos son los principales exponentes de la antigua Prensa española y americana que presenta nuestra Hemeroteca, cuyos organizadores son dignos de los elogios más sinceros.

ALEJANDRO LARRUBIERA



La plaza roja de Moscou en un día de desfile de fuerzas del Ejército soviético. Al fondo, la mole imponente del Kremlin, y en primer término el funerario y extraño monumento á Lenine, el apóstol de la revolución rusa



La muralla de la China, formidable cuanto inútil construcción, hoy atracción del turismo internacional que afluye al siempre misterioso ex imperio

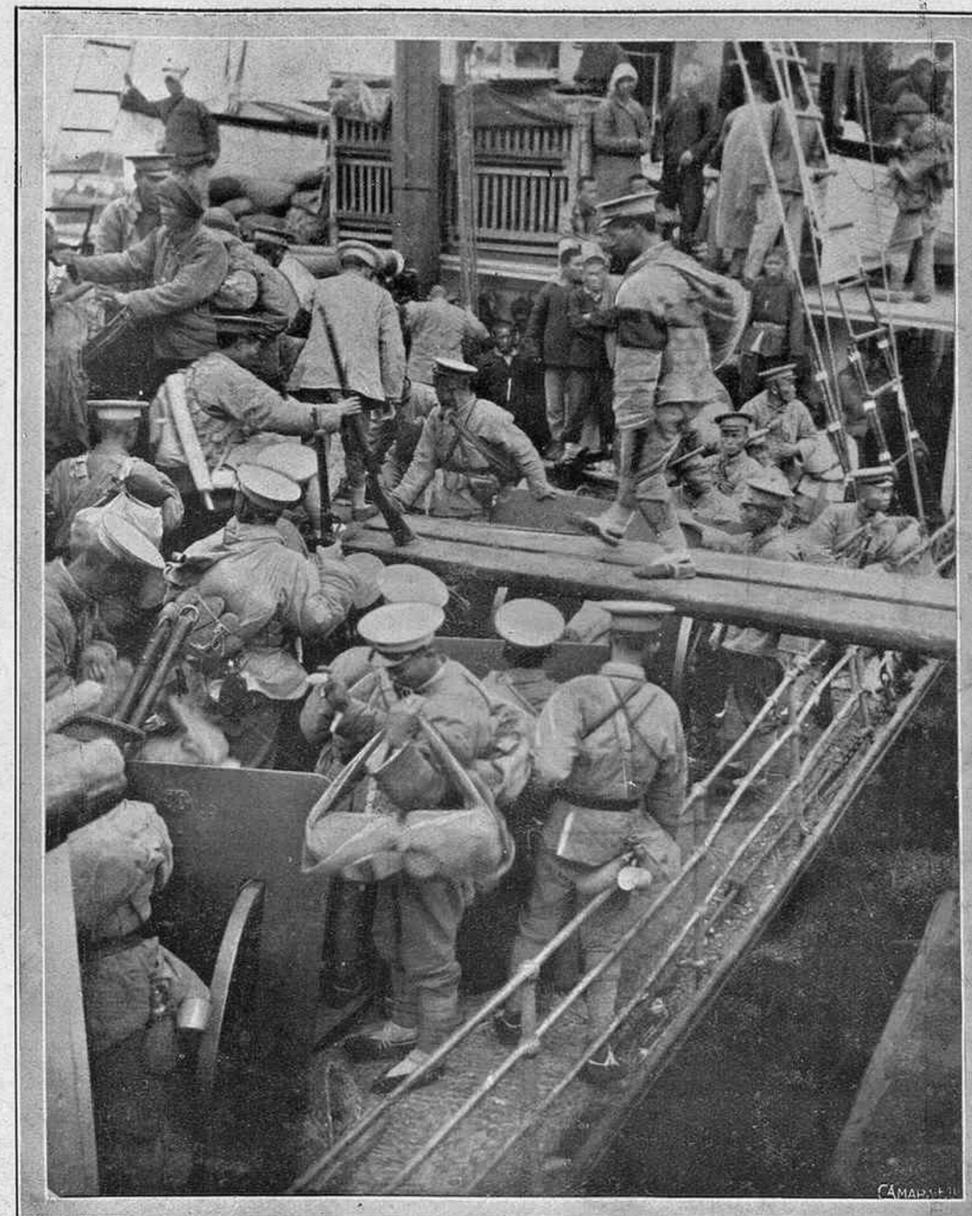


Si la guerra estallara, los rusos pondrían en armas las legiones de mujeres que forman los batallones rojos, admirablemente adiestradas en el arte de la guerra

ANTE EL CONFLICTO ENTRE CHINOS Y RUSOS

¿Irá el mundo á una nueva y terrible guerra de imprevistas y trágicas complicaciones? * * *

Todos los horrores de la guerra pasada no fueron suficientes para evitar las guerras del porvenir, y cuando aun resuenan los últimos disparos de la horrible contienda, rusos y chinos aparecen en la disposición más apropiada para originar otra terrible conflagración. Los chinos creyeron lícita una actitud defensiva contra los manejos de la política rusa en China: entendían que los rojos laboraban contra el Gobierno y, sobre todo, contra el régimen social allí imperante, y creían no sólo lícito, sino obligado, impedirlo. Pero, en opinión de los rusos, creyeron mal, y, sobre todo, adoptaron en Manchuria medidas que los Soviets consideraron ofensivas, y que después de un cambio de notas, en que la diplomacia ha fracasado, como tantas otras veces, se ha convertido en *casus belli*, en opinión del Gobierno ruso. ¿Llega la guerra? Por el momento, parece probable. Podría pensarse en la intervención de la Sociedad de Naciones; pero la Sociedad tiene limitadísima su acción: por de pronto, sólo podría intervenir á requerimientos de una de las dos naciones en litigio, y en este caso sólo



En las últimas maniobras del Ejército chino, los soldados del Gobierno de Nankín han demostrado poseer una sólida instrucción militar y ser, sobre todo, hombres dóciles al mando

una tiene derecho á requerir, porque Rusia no forma parte de la Sociedad de Naciones. Vendría después del requerimiento una información y un estudio del pleito que los rusos no esperarían tranquilos, seguramente, y después de esos trámites, si aun llegaba á tiempo, la Sociedad sólo podría aconsejar, y muy en último extremo, si no eran atendidos el consejo ni una proposición de arbitraje, podría aplicar contra Rusia el *boycot* económico. Todo ello requiere tiempo y disposición de ánimo apropiada, y ni una ni otra cosa parecen favorables á las soluciones pacíficas. Es muy de temer, pues, que el conflicto surja, y el temor ha de ser tanto más grande, cuanto que son posibles complicaciones que pueden llegar muy lejos. A su debido tiempo, los representantes de la Unión de las Repúblicas Soviéticas y del Gobierno de Nankín firmaron la adhesión al Pacto Kellogg declarando ilícita la guerra. Ahora, los Gobiernos de las potencias miran con justificada inquietud á los enemigos rivales y se preguntan con recelo si en la primera ocasión que se presenta aquel Pacto y la firma consiguiente no resultarán los *chiffons de papier*

que produjeron la tragedia de la anteguerra europea. Los países que contemplan el grave espectáculo no se deciden á intervenir habida cuenta de la posición política especial que ocupan en el mundo rusos y chinos. Estos, aún no restablecidos de las turbulencias interiores que dieron por resultado el cambio de Gobierno y el traslado de la capital á Nankín; aquéllos, todavía al cabo de los diez años de experiencia de gobierno del pueblo, casi aislados del resto del mundo, que prefiere observar el cuadro á distancia, antes que restablecer las relaciones diplomáticas y comerciales que podrían producir un contagio peligroso. Empero, la guerra, con todas sus consecuencias, no parece muy probable. La Rusia de los Soviets, pese á sus armadas rojas, no está preparada para un conflicto bélico prolongado, al que sucumbiría irremediamente, sobre todo por falta de organización y de material. Cuanto á China, donde los soldados sobran siempre en cantidad, como calidad sería muy dudoso que frente á un ejército disciplinado resultaran medianamente eficaces. Confíemos, pues, en que á última hora se imponga el buen sentido, á pesar de todo, y esperemos.

UN SOLAR QUE DESAPARECE LA REAL FABRICA DE TAPICES Y EL «SALADERO»

EN la calle de Sagasta, al final, muy cerca de la Plaza de Santa Bárbara, quedaban aún, ocultos por unos tenderetes, que parecían destinados á perdurar perpetuamente, unos montículos que bien podríamos llamar históricos; últimos restos de un barrio en que convivieron el arte y el dolor, antes de mucho habrán desaparecido también.

Los tenduchos, levantados ya, dejan á la vista lo que si ahora solar desamparado, fué antaño solar sobre que se alzaron dos edificios famosos: el *Saladero*, que fué durante muchos años Cárcel de Villa y Presidio Correccional, y la Real Fábrica de Tapices.

Edificios de larga historia, de ambos hay escritas interesantes monografías. No trataremos de emularlas; pero parece lógico recordarlos ahora, cuando hasta las últimas señales de donde fueron van á extinguirse.

El *Saladero*, lugar de horror y de vergüenza al que, «por razones de higiene y decencia», fué trasladada la Cárcel de Villa, que antes estaba —¡cálculense cómo!— en el propio edificio del Ayuntamiento.

El nombre de aquel caserón inmundo revela su primitivo destino: saladero de carnes fué antes de ser prisión de hombres, y todo en él revelaba, muchos años más tarde, aquella primera utilización.

Por vergüenza de la Corte fué tenido siempre; y ya Mesonero Romanos, en el apéndice al Manual de Madrid, que es de 1835, clamaba, aun suponiendo que su voz sería tan estéril como tantas otras que habían clamado antes pidiendo la desaparición de aquella ignominia.

Exteriormente, el *Saladero* era un caserón vulgar, al que sólo las fuertes rejas en las ventanas de los sótanos y del piso segundo, las garitas de los centinelas, que flanqueaban la puerta, y el aspecto misérrimo y desvergonzado de las gentes que se le aproximaban, daban aspecto extraño, característico.

Era el interior lo que producía simultáneamente horror y vergüenza. Un famosísimo escritor que escribió largamente acerca del *Saladero*, apunta así aquella vida:

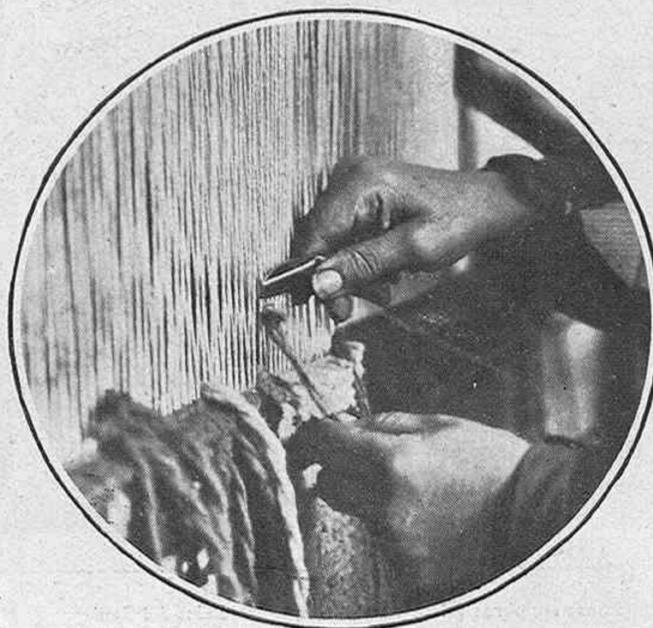
«Al entrar un preso en el *Saladero*, su pelaje es lo que principalmente decide de su suerte.

«Si no tiene con qué pagar tres ó cinco reales diarios por el alquiler de un cuarto, mezquino para un hombre solo, y donde generalmente tienen que vivir dos, baja á los calabozos subterráneos, cuyas altas ventanas son las que, según dijimos al principio, abren en la fachada principal, al ras del suelo.

«En esos calabozos hay unas tarimas corridas



Obreras tejiendo en la actual Fábrica de Tapices. Cuadro vivo que podría hacer «pendant» á «Las hilanderas»



Las manos ágiles de la obrera moderna entrecruzan hábilmente los hilos

á lo largo de las paredes. En ellas coloca cada preso su lío de ropa, si la tiene, y su petate, todo lo cual debe colgar por las mañanas, al advertirle la campana que es hora propia para que todo preso deje de tener sueño.

«Dentro del calabozo se come, se duerme y se pasa la velada.

«Las horas de esparcimiento se pasan en un patio abierto, que no pueden escalar los presos. Aquellas paredes lisas y áridas no tienen más aberturas que las que dan luz á los pasillos del piso principal, cesle el que se puede acechar todo cuanto hacen los que están en los patios.

«En esos patios está la fuente donde se asean, y aun algunos de ellos se lavan la ropa, dando su cuerpo al aire y al sol mientras se está secando.

«En los patios también juegan á la pelota, á los naipes y á las tabas, y tratan de sus negocios particulares los que no quieren llamar la atención de sus compañeros.»

No era menos pintoresco el espectáculo en los

departamentos de distinguidos. En la misma monografía citada se describe así otro aspecto de él:

«Los domingos hay numerosas visitas en los departamentos de pago, y algunos de los visitantes se presentan con vino y postres ó con comida para tres ó cuatro personas y comen con el amigo preso.

«Los presos de todos estos departamentos circulan por el cuarto principal, excepto los del *Salón* y *Cuarto de oficios*, que están encerrados en sus respec-

tivas cuadras, si bien los domingos alcanzan algunos permiso para comer y pasar la tarde fuera de sus departamentos, y además suben á esparcirse también uno que otro de los que están en los patios y varios de sus calaboceros y ayudantes.

«Forman corros en los pasillos, donde comen sentados en el suelo. Allí acuden novias, queridas, padres, hermanos y amigos. Toda la tarde se pasa comiendo, bebiendo, conversando y cantando á grandes voces. Al caer el sol se disuelven los grupos y se comienza á pasear; muchos discurren en voz baja sobre el estado de su causa y otros se acurrucan en los rincones más oscuros; y en aquella atmósfera hedionda, entre los vapores del vino, las canciones libres y los dichos en caló de la gente alegre, hablan de amor, de esperanzas, de porvenir risueño.

«En cierto sitio, donde comienza la obscuridad muy temprano, no cesa la entrada y salida de amorosas parejas, que, escondiéndose á todas las miradas, aprovechan breves momentos para decirse lo que han estado pensando durante ocho días.»

Estas francachelas se repetían además cuando alguno de los presos había de salir para el presidio á que había sido destinado.

En 1855, una mujer que tenía cuatro ó cinco parientes presidiarios y un hijo en vísperas de vestir el traje que los distingue, acudió el domingo antes de la salida de éste con una cesta repleta de succulentos manjares y un enorme pellejo de vino á la cárcel del *Saladero*. Obtuvo permiso para que su hijo saliese por toda la tarde fuera del *Salón* y pudiese recorrer los departamentos y pasillos del cuarto principal, y en el primer cuarto del departamento de presos políticos, inaugurado poco antes para encerrar á don Nicolás María Rivero y otros políticos que conspiraban con él, celebraron una verdadera orgía.

Después de comer, aquella madre, culpable tal vez por sus complacencias de la triste suerte de su hijo, le hizo cantar, le hizo tocar la guitarra, le quiso hacer dormir sobre sus rodillas como si fuera un niño...

La cárcel del *Saladero* tenía un aspecto horrible los días en que algún condenado á muerte estaba en capilla; pero el horror aparecía aún



Los tapices de la serie «El Quijote» que posee la Casa Real fueron tejidos en Santa Bárbara

más grande en las cercanías del edificio. El día en que el reo había de ser ejecutado, desde muy temprano, medio Madrid se trasladaba al Campo de Guardias, donde se alzaba el patíbulo, y al camino que, entre él y la cárcel, el condenado había de recorrer...

Vendedores ambulantes anunciaban sus mercancías; gentes de todas las clases sociales se apretujaban queriendo ganar puestos en primera fila, formando un bullidor oleaje humano, y cerca de la cárcel aún se oía á los caleseros gritar:

«¡A dos reales al patíbulo!»

Ante él merendaban después los que no querían perder el terrible espectáculo.



Aún había algo más horrendo: el departamento de los *micos*; es decir, de los niños presos, y aun ese departamento era ya un progreso.

«Hubo un tiempo—dice también Roberto Roberto—en que esos niños vivían confundidos y revueltos con los presos de mayor edad; imagine el lector los horrores de que serían testigos, víctimas y cómplices, pensando en las vergonzosas miserias de que son teatro ciertos colegios muy vigilados.»

¡Cuán lejos de los modernos Tribunales Tutelares!



Muy distinta era la vida en el edificio inmediato, en el que fué antaño «Casa del Abreviador» y después, pero mucho antes también de que el *Saladero* fuese cárcel, «Real Fábrica de Tapices». La Fábrica de Tapices de Santa Bárbara no



También fué tejida en Santa Bárbara parte de la serie de «Telémaco», al estilo de los Gobelinos

fué la primera Real Fábrica de Tapices de Madrid. Antecesora de ella fué la de Santa Isabel, inmortalizada por Velázquez en *Las Hilanderas*, y que, en realidad, sobre ser más pequeña, tuvo menos importancia; más que á la fabricación de tapices nuevos, en que tal vez no se pensó hasta el reinado de Carlos II, á la restauración de los que constituían la colección ya por entonces admirable y única de tapices de la Corona de España.

En realidad, aunque muchos de ellos hubiesen trabajado como tapiceros de nuevo, en Santa Isabel sólo lo hacían como *retupidores*; así se los llamaba oficialmente desde mucho antes de establecida, en los primeros años del siglo XVII, la fábrica primitiva que estuvo instalada en la parte baja del convento de Santa Isabel, en la calle del mismo nombre y dentro del perímetro de lo que hoy ocupa el Hospital General.

Su jefe entonces era Antonio Cerón, retupidor que quizás hacía también alguna obra nueva, y al que sucedieron Gabriel Medel, Juan Alvarez y Domingo de Enrique, dentro del mismo siglo XVII, y Esteban Brandenburg, traído á Madrid de Bruselas por Carlos II con propósito ya de hacer tapices; Francisco Brandenburg, Pedro Catalán y otros varios en el XVIII.

Velázquez pintó *Las Hilanderas* en la época de Juan Alvarez (hacia 1651). Juan Alvarez era protegido de Josef Nieto Velázquez, deudo del gran pintor, jefe de la tapicería y Casa de la Reina.

La muerte de Carlos II interrumpió los planes para que había sido llamado Esteban Brandenburg. Esteban murió también muy pronto, en 1716; poco después, Francisco, su hermano; y cuando, en 1720, Felipe V, aconsejado por su

ministro universal, el cardenal Alberoni, quiso implantar definitivamente la tapicería flamenca en España, trajo de Amberes á Jacobo Vandergoten, que llegó á Madrid, no sin dificultades, en 1720, y en el que comienza la dinastía reinante aún actualmente en la Real Fábrica de Tapices de Madrid.

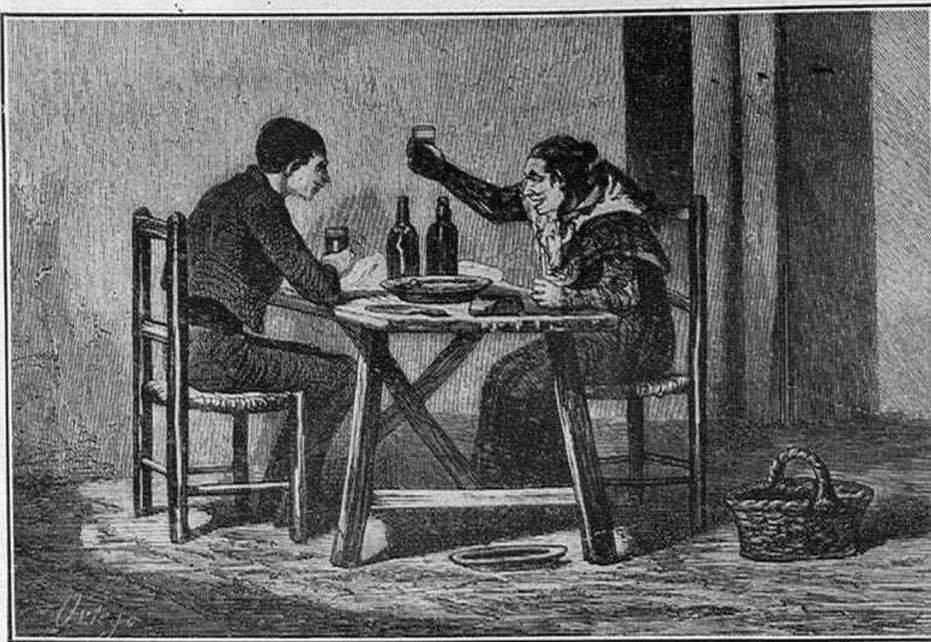
Vandergoten vino á Madrid, contra viento y marea de los flamencos, con una familia muy numerosa, en la que figuraban hijos diestros en el oficio, y Felipe V los instaló fuera de la Puerta de Santa Bárbara, en la llamada «Casa del Abreviador», que, con los terrenos anejos, ocupaba un solar quizás diez veces mayor que el de la actual fábrica de tapices, y se extendía desde el solar que ahora desaparece y motiva estas líneas hasta lo que ahora es acera derecha del Paseo de Santa Engracia. Allí quedó instalada la nueva fábrica de tapices, que por esa situación se llamó «de Santa Bárbara».

Más tarde, la urbanización de aquellos parajes, desaparecida ya la Puerta de Santa Bárbara y aun el convento, la extensión de la fábrica se redujo, y al comenzar el último cuarto del siglo XIX, su puerta de entrada quedaba en un montículo, próximamente hacia el lugar donde se abre ahora la nueva calle.

Allí terminaba entonces Madrid. Lo que es calle de Almagro estaba aún sin desmontar, y en aquellos cerros donde tenía su taller un polvorista que anunciaba su industria con un gran cartelón, y que estaban ayunos de todo arbolado, solían merendar los domingos muchas familias de la pequeña burguesía madrileña, haciéndose así la ilusión de que pasaban un día en el campo. No existía ninguna de las edificaciones actuales. A la derecha de lo que hoy es Plaza de Santa Bárbara, al-



El departamento de «los micos» en el «Saladero»



La cena de un preso rematado, con su madre, en el «Saladero»

guna casucha, por el estilo de la del polvorista, que era muy modesta, formaban el enlace con las Salesas. La calle del Barquillo, cortada en su final, no enlazaba, como ahora, por la de Fernando VI con la de Hortaleza, y no había sido trazado aún el barrio de que son arterias principales la calle de Santa Teresa y la de Orellana.

Al lado izquierdo, junto al *Saladero*, á cuya espalda quedaba la Fábrica de Tapices, había una casona grande, pero de sólo dos pisos, en que vivía, ya viejo y achacoso, un sastre retirado que había sido famosísimo en Madrid: Utrilla, que hizo una fortuna en la época en que estaban de moda los fraques azules con botones dorados, y logró su fama inicial haciendo para el Rey una de aquellas prendas en la que, á pesar de estar cosida con seda blanca, no se

percibían las puntadas. Utrilla, cuyo nombre aparece en algunas obras literarias de aquel tiempo—por ejemplo en las de Miguel de los Santos Alvarez—, fué una figura interesantísima.

Pero retrocedamos de nuevo á la época de Jacobo Vandergoten, á quien llaman los historiadores *el Viejo* porque hubo un sucesor suyo del mismo nombre, y al que llaman *el Mozo*. *El Viejo*, al morir, dejó cinco hijos varones; cuatro, por más ó menos tiempo, dirigieron la fábrica sucesivamente, si bien durante algunos años, á partir de 1727, compartió con ellos la fabricación un francés, Antonio Lamjer, traído para hacer tapices de alto lizo al estilo de los gobelinos.

No logró sin embargo, el francés, la supremacía; Jacobo Vandergoten *el Mozo*, que se había dedicado á la pintura, dejó los pinceles para volver á su primitivo oficio; aprendió el alto lizo y hacia 1731, con un tapiz en que copió una *Madonna* de Rafael, la reconquistó.

Por méritos de ella, Vandergoten *el Mozo*, fué encargado de organizar una nueva fábrica en Sevilla, mientras la corte residió allí—1730-1733—; pero allí estuvo poco tiempo, y el 25 de Julio del último año citado volvió á Santa Bárbara. Allí trabajaba entonces el bajo lizo Francisco Vandergoten, y Jacobo instaló sus telares de alto lizo en Santa Isabel. Once años más tarde, los cuatro hijos de Jacobo *el Viejo* se reunían para trabajar juntos en Santa Bárbara, y allí quedaban instalados todos los talleres previo un contrato con la Corona, que tuvo vigencia hasta muy avanzado el siglo XIX, y en la que era obligación de la Casa Real proporcionar los cartones para los tapices. Hacerlos fué una de las más importantes obligaciones de los pintores de Cámara. Dos años más tarde ocupó el trono Fernando VI, y durante su reinado y el de Carlos III

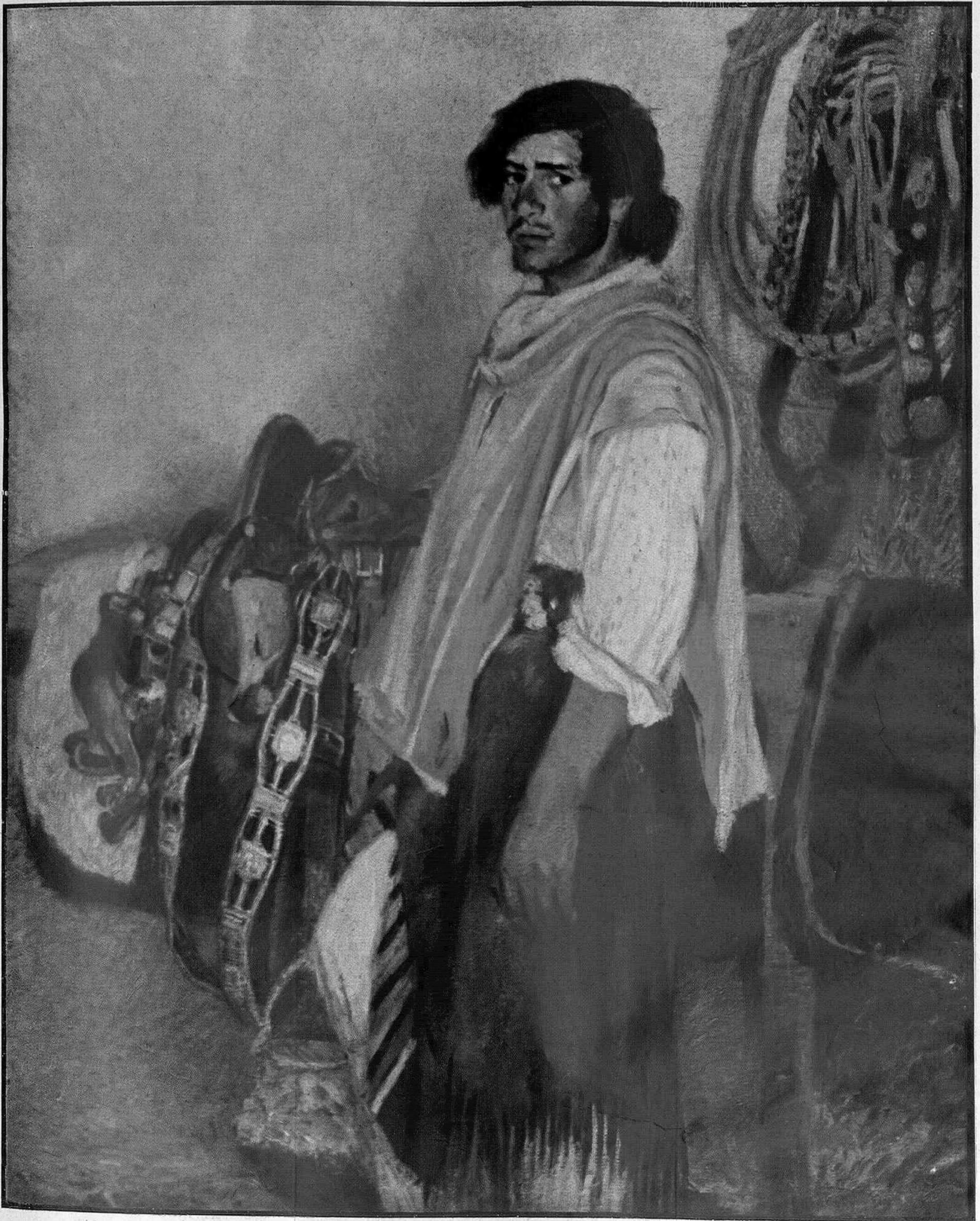
tuvieron gran desarrollo las industrias artísticas. En ese período fueron tejidos tapices por cartones de Amiconi y Giaquinto, los pintores de Fernando VI que dejaron el campo libre al comenzar el reinado de Carlos III á Antonio Rafael Mengs.

Muchos pintores trabajaron entonces, y más tarde, ya en el reinado de Carlos IV, para la Real Fábrica. De ellos mencionaremos sólo á Ramón Bayeu y á Goya, que infundió nuevo espíritu á la tapicería española.

Los Vandergoten habían hecho venir á un sobrino suyo, D. Livinyo Stuyk Vandergoten, de Flandes. El se hizo cargo de la Real Fábrica al morir, en 1786, el superviviente de los hijos de Jacobo *el Viejo*, y sus sucesores son los que desde entonces han sido gerentes y propietarios de la Real Fábrica que en 1889 fué trasladada desde Santa Bárbara al lugar que hoy ocupa,



Fachada del «Saladero» y Puerta de Santa Bárbara



«El hombre de los arreos», cuadro original de Bernaldo de Quiros

EL Matriarcado Artístico

UNA de las características de Yanquilandia estriba en la inversión de funciones sociales de los sexos. El hombre allí es el instrumento y la mujer es la inventiva. Cuanto se relaciona con el trabajo material llega en el sexo fuerte al colmo. Desde el banquero multimillonario al buscavidas sin un dólar, «todo yanqui—según observa Arnaldo Fraccaroli—es una máquina precisa, infatigable, completa». En cambio, cuando alienta algo ideal, del intelecto ó del espíritu, pertenece, esencialmente, á la mujer.

El hombre trabaja, y la mujer derrocha. El hombre produce, y la mujer consume. El hombre es el primer término económico—necesidades materiales—, y la mujer—necesidades intelectuales y espirituales—, el segundo y superior término.

Esta característica feminoide se acusa, con relieve mayor, en el teatro. Puede decirse que el Teatro resume, en Yanquilandia, todos los espectáculos de Arte; altos y bajos, nobles y plebeyos, *gaietés and gravities*. Desde el melodrama terrorífico á la danza lasciva, pasando por las reposiciones de Shakespeare y Molière; desde el teatro judío del «Dilbuck» á las recientes mojigangas de los samoyedos; desde la *musica di camera* más clásica á la ópera modernista más flamante, chinos y japoneses, árabes y hawaianos, todos los teatros exóticos difunden, cada día, en Nueva York el arte mundial.

El área de este medio profesional es inmensa. Centenares de miles de personas—empresarios, directores, autores, artistas, periodistas—llevan sus ambiciones y esfuerzos á este tonel de las Danaides, siempre ingiriendo, pero siempre vacío.

En esta formidable y diaria lucha, la mujer va adquiriendo arrogancia y categoría de capitana. El número de novelistas hembras excede al de novelistas varones.

Y como el teatro yanqui es, con rarísimas excepciones, hijo legítimo y directo de la novela, el número de autoras de teatro va en aumento. Por si ello fuera poco, surgen ahora empresarias y directoras de escena, con arrolladores impulsos. De suerte que el coto teatral será, en porvenir no lejano, dependencia de la mujer. Y Yanquilandia ofrecerá al mundo, absorto, un Matriarcado artístico, muy superior al militar de Pentilea...

EL GAMO TEATRAL

En el «Theatre Magazine», de Nueva York, número de Junio, hallamos la confirmación de estas características de la escena yanqui. Una de las escritoras más populares, de más fibra dramática y más rica imaginación, Mary Roberts Rinehart, autora de comedias como *Los siete días y Bab*, ya milenarias, y de novelas que, como *La lámpara roja* y *El mendigo* se reeditan con gran frecuencia, arremete, en brioso artículo, contra los enemigos del teatro.

Para que el lector tenga idea de la violencia, del furor, con que Mary Roberts Rinehart anatematiza, bastará con reproducir el sumario del artículo cuyo pintoresco título *El callejón del gamo teatral* (*Passing the Theatrical Buck*) lleva, debajo, en grandes tipos: «Una larga lista de asesinos y malhechores quiere acabar con el teatro; pero éste, que es una Institución, permanece vivo.» Malhechores... Asesinos... Así las gastan las autoras norteamericanas...

El pobre gamo teatral, fugitivo de sus perseguidores, se ha metido en un callejón sin salida. ¿Quiénes son los perseguidores? El *Cine*, el Automóvil, el *Metro*, los Autobuses, la Radio, el Campo... Y, por si no bastara, la Crítica—su detractor Tartufo—... Y, en fin, para que no quede el rabo por desollar, los Autores, «pues se creen perfectos, aun los noveles»—dice, con un tonillo ya de autora en candelero. Y, en efecto, el *cine* es, si no un asesino, un malhechor, y de los peores, porque arrambla todos los días con



MARY ROBERTS RINEHART
Famosa escritora

una cantidad de gente que, de no haber *cine*, iría al teatro, ¿quién lo duda? Cuanto á la Radio, tampoco puede dudarse de que también retiene en casa á muchas gentes, sobre todo de los cincuenta para arriba, al regusto del fresco ó de la calefacción, según la época, y en la comodidad del *deshabillé* en todo tiempo. Lo del *Auto*, los Autobuses y el *Metro*, se comprende allí, donde todo el mundo os utiliza, no sólo como medios de transporte, sino como instrumentos de paseo, excursiones y *flirt*. Aquí, en cuanto uno toma un *taxi*, ya no aparta la vista del contador ni la mano del bolsi lo, recontando el poco dinero que lleva y pensando, con sobresalto: «¿Me alcanzará?»... De modo que aquí, ni el *Auto* ni el *Metro*, ni los Autobuses (cuando los hubo) son malhechores del teatro. Al contrario, por su función transportadora, son bienhechores.

Pero la Crítica... «El nuevo sistema de crítica (escribe Mary Roberts Rinehart bajo el epígrafe *Detractores-Tartufos*), que da actualmente preponderancia á los críticos «agradables» á los autores—y que no siempre son los más convenientes—es un gran enemigo oculto del teatro. Si no se ataca, casi no hay modo de que los autores se corrijan. Se creen perfectos, aun los noveles.»

☒ Conste que no lo dice un crítico, sino un autor. Y no un autor cualquiera, de los con dinero y sin solvencia, sino un autor extra, adinerado y solvente, taquilla y crítica, miel sobre hojuelas... «Si no se ataca, no hay modo de que los autores se corrijan». Será en Nueva York, porque



Teatro Corporativo, de Nueva York.—Abajo: Felipe Moeller y Elena Westley.—Arriba: Teresa Helburn (Directora), Mauricio Werthein y Lee Simon, del Comité Directivo

aquí... «Se creen perfectos aun los noveles»... Pues lo que es aquí... ¡Será en Nueva York!...

SEXO Y CRIMEN

Entre los «elementos de interés teatral», señala Mar/ Roberts Rinehart el Sexo y el Crimen. «Estos factores—dice—que habían estado ocultos en los legajos leguleyos, son cuestiones que interesan al público; y como interesan al público, los teatros se los ofrecen.»

Pero, ¿cómo se los ofrecen? El Teatro, al enfocarse el sexualismo, se lanza de lleno á las aberraciones, á las formas morbosas. Y al enfocar el criminalismo, «evita todo lo que pueda hacer trabajar al pensamiento y se precipita en lo que produzca horror é impresione hiperestésicamente». Los problemas sexuales, como los problemas criminales, pueden ser manantial de profunda emoción escénica, como en «Edipo» ó «Salomé», precisamente porque excitan el pensamiento y truecan la pasión en discurso. Es decir, por todo lo contrario de la receta escénica en boga.

Otros peligros enumera Mary Roberts Rinehart, entre ellos el de la inferioridad de la producción, «más dañina aún que la competencia de otros espectáculos». Los autores, en general, carecen de inventiva, se repiten, «son gente improvisada y callejera, sin linaje artístico»... Claro está que los de Nueva York! ¡Porque los de aquí!...

GUERRA Á LOS EMPRESARIOS

Otra mujer, no menos briosa y expresiva, Teresa Helburn, directora del Teatro Corporativo, hace la historia íntima de tan interesante institución (*The inside Story of Theatre Guild*) en un artículo que proclama la guerra á los empresarios.

«Es una antigua tradición—anota—que el teatro sea regido por un autócrata. Cuando el Teatro Corporativo se fundó, con todos sus organismos casi democráticos, una infinita serie de profetas le predijeron un fin próximo.

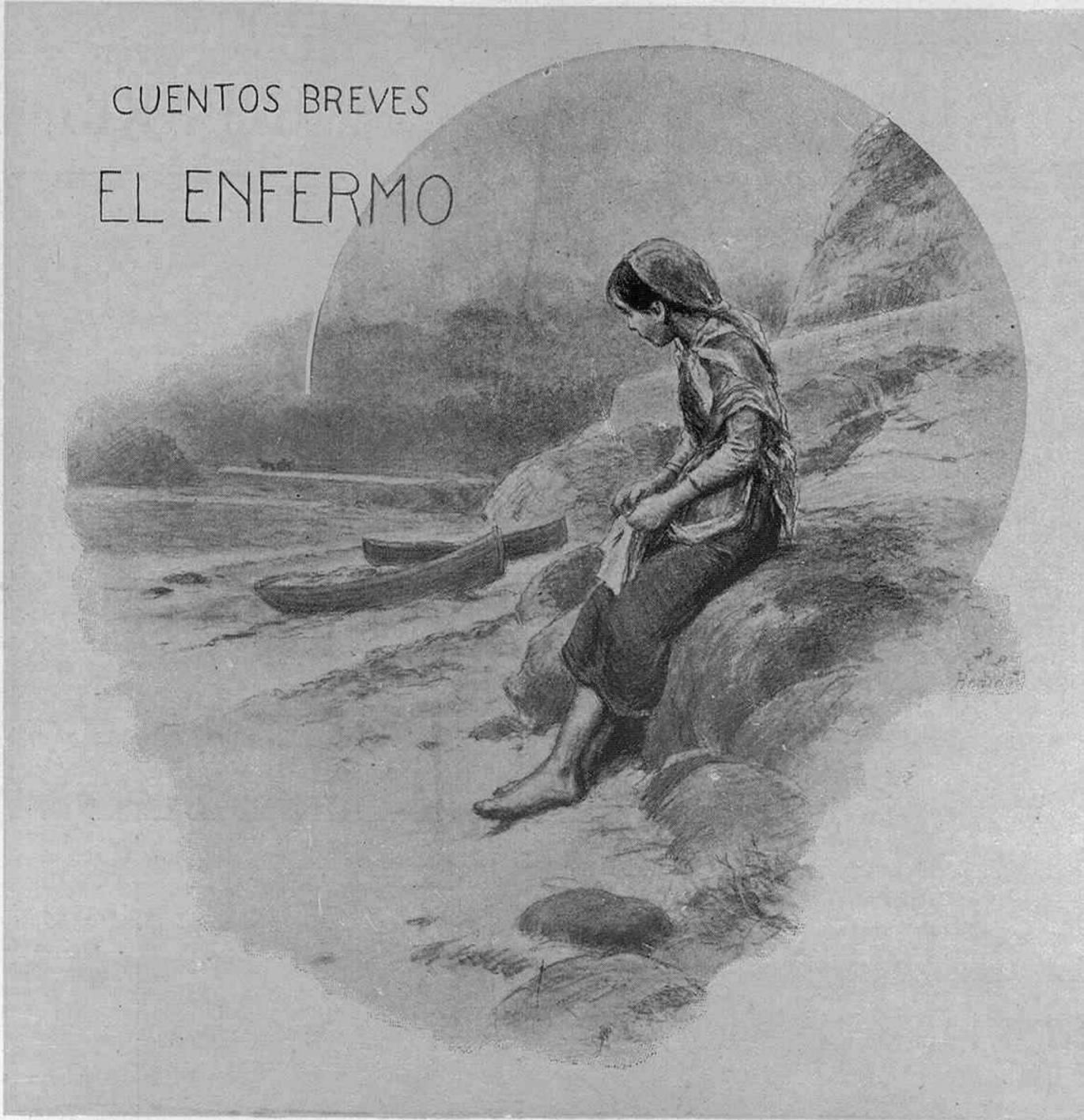
Los conflictos de los primeros días parecían darles la razón. Durante el primer año, dimitieron tres fundadores, y entonces intervine yo misma como miembro del Consejo de Dirección.»

Las pintorescas y aun dramáticas vicisitudes porque atravesó el Teatro Corporativo hasta afirmarse y afamarse, son una viva cátedra artística, social y económica. Como «Los Artistas Reunidos», que implantaron en Hollywood la cooperación directa, constituyéndose en empresarios, los del Teatro Corporativo, de Nueva York, tuvieron que vencer el tumulto caótico de todo organismo vasto y nuevo. Pero como los del «Teatro de Arte», de Moscú, fundado por Antón Checof, encontraron, en su fervor artístico, el talismán de la victoria. Porque se debe señalar esta confianza en sí mismo, básica en los artistas rusos y yanquis, bien diferente del vaivén y confusión que sella á los artistas latinos, como se comprueba en las *Memorias* de Antoine y en las intervius periodísticas de Braggaglia. Nueva York y Moscú tienen el don social de la disciplina y de la finanza. Roma y París los desconocen por completo. Así, Teresa Helburn proclama, como principio de arte teatral, la guerra á los empresarios. «No hay mayor enemigo del arte escénico que el hombre con dinero y sin letras.» Suprimir, pues, el empresario industrial no es sólo suprimir el intermediario, que consume y no produce, sino arrebatar al mal gusto la tiranía sobre el buen gusto, borrar el innoBLE espectáculo de que Beocia rija á Atenas...

Naturalmente, todo esto se refiere al teatro yanqui... Porque en España, Dios sea alabado, el teatro es una balsa de aceite. Entre nosotros no hay peligro de que Beocia rija á Atenas, sencillamente, porque no hay beocios. Todos, alabado sea Dios, desde el empresario para abajo, son más atenienses que Pericles...

CRISTÓBAL DE CASTRO

CUENTOS BREVES
EL ENFERMO



Al irse el último forastero, el pueblo quedó como sin alma... Ya en los crepúsculos vespertinos no se escuchan las músicas de las pianolas, ni las voces roncadas de los gramófonos que salían por las ventanas de los chalets divirtiéndose los ocios de la colonia veraneante...

Ya sólo se escuchan en la paz del anochecer, bajo el cielo combo y hosco que siempre llora, la canción monorrítmica que entonan los mazos férreos en la fragua de Juanchu...

Ya sólo las barcas grises de los pescadores y sus capotes embreados y sus redes de acre olor decoran al alba el paisaje marítimo.

Martina, la rapaza de mejillas sonrosadas, contempla, desde la salida del pueblo, la marcha del último veraneante.

Es el muchacho que con el rostro triste, la mirada dulce y el ademán suave vino al empezar la primavera... Enfermo de ciudad, hastiado de la vida parecía... Sus pupilas tenían una opacidad de muerte, y en su rostro magro la piel aparecía cetrina y marchita...

En casa de Martina encontró el enfermo alojamiento cómodo... Llenó la mesa de la alcoba—cuyas ropas olían bravamente á manzanas—de frascos de rara hechura y misteriosos contenidos.

Bajaba á la playa con los bolsillos llenos de pócimas, y unas á gotas, otras á cucharadas, se las iba bebiendo lentamente.

Martina y su madre se admiraban del raro huésped que pagaba bien estancia y yantar, y sólo bebía, espaciadamente, grandes vasos de leche...

Hizo la moza cuestión de honra que el enfermo comiera como ellas... Parecía una ofensa aquella abstinencia que le hacía desdeñar los más sabrosos guisos campesinos, los pescados más escogidos y caros...

—¡Señor, Señor! ¿Era posible que un hombre, en la flor de su vida, comiese tal que un pajarín? —se lamentaba la rapaza.

Y mimosa, con ternura materna, jugaba á incitar al desganado...

A los quince días de estancia logró hacerle comer unos bocados; mes y medio después, el señorito devoraba los guisotes que ella misma, con sus manos hacendosas, le preparaba.

Fueron arrinconándose, olvidados, los frascos de rara forma y contenido misterioso. El convaleciente renacía á la vida... Nadaba vigorosamente al amanecer; se pasaba en la montaña todo el día, y en el véspero retornaba rendido y hambriento como un lobo...

En su piel, que parecía verdosa, el buen sol fué poniendo marcas bronceas y rosadas que acusaban riqueza vital; sus pupilas opacas parecían ir adquiriendo lentamente la verde vivacidad de las aguas del mar heridas por la luz...

La sonrisa iba ganando en sus labios al rictus amargo que antes los contraía...

—¡Martina! ¡A tu lado resucito!—le dijo un día el huésped.

Y ella sonrió orgullosa y encendida, más que cuando en las tardes de fiesta los mozos le disparaban madrigales...

•••

El cielo cambió su rútilo azul por un velo cárdeno que goteaba implacable... En la montaña, el viento batió rudamente, y el mar rugió ya con su «voz de invierno», terrible y ronca...

Empezó la desbandada de veraneantes... Y aquel día, al fin, partía el señorito...

Martina, á la salida del pueblo, veía alejarse

el carruaje en que él marchaba á la lejana estación...

Sentíase triste la rapaza. Aun le parecía sentir en su mejilla la quemazón del beso que él le dió, en despedida, delante de su madre... ¡Señor!... ¡Era tan poco y tan niña!

Martina olía al mismo perfume que él usaba, y llevaba al cuello un pañuelo de seda que el huésped había usado...

Y le veía partir. El carricoche, que se alejaba, era ya apenas un punto negro en el blanco camino, sobre el que se desvanecía la tarde... Lloraba el cielo, implacable...

Martina sentía una dulce congoja apretarle el corazón...

Y hecha mujer la rapaza por el milagro de la emoción, pensó:

—¡Parece que se va un hijo mío!

Y orgullosamente imaginó que si su cuidado le dió la salud, de ella era, como por ella vuelto á crear y resucitado, aquel huésped que se alejaba...

Martina sintió que dos lágrimas ardientes le escocían temblorosas entre los párpados.

—¡Señorito Angel!—murmuró para su corazón.

Volvió la vista al pueblo. Lo vió como nunca: feo, sucio, gris... ¿Pues no estaba lloviendo? No había notado hasta este instante que no había sol y todo estaba triste...

Como el corazón de la rapaza, que se sentía mujer, con una pena misteriosa muy grande y muy honda de mujer.

Inclinó la cabeza y echó á andar despacio, cavilosa, como cumpliendo una penitencia...

JUAN FERRAGUT

(Dibujo de Regidor)

EXPOSICIONES RETROSPECTIVAS

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1889



El Trocadero, perspectiva de conjunto tomada desde el primer piso de la torre Eiffel durante la Exposición Universal de 1889

La inauguración de las Exposiciones de Sevilla y Barcelona rinden de evidente actualidad el recuerdo de otras Exposiciones retrospectivas que en sus tiempos pasaron por grandiosas y famosas, pero que en la constante superación de las cosas humanas han quedado algo disminuidas y reducidas á modestas proporciones.

Bastará repasar las fotografías que acompañan á estas líneas para convencerse de ello, comparándolas con las magníficas perspectivas de nuestras Exposiciones, de las que tiene España sobrados motivos para mostrarse legítimamente orgullosa.

Sin duda alguna, la culminación del éxito de la Exposición parisina de 1889 fue la famosísima torre Eiffel, que aun hoy

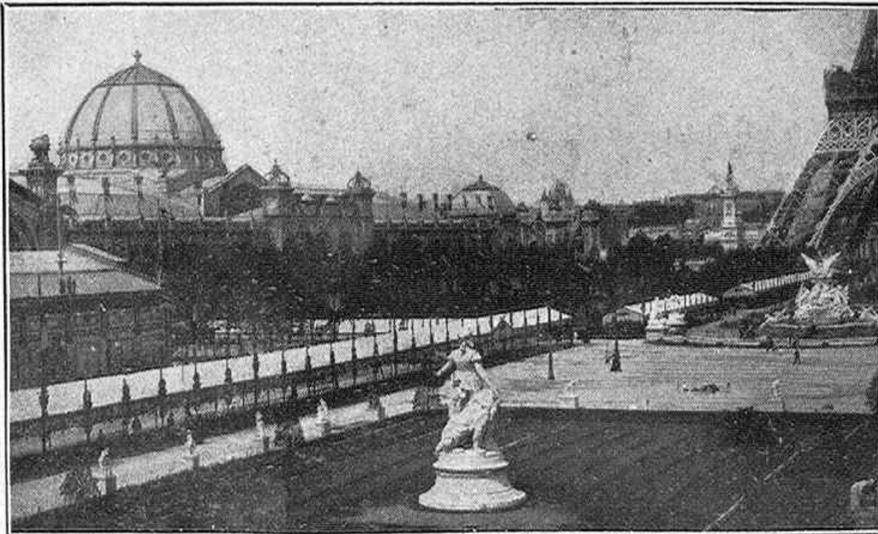


Palacio de Bellas Artes

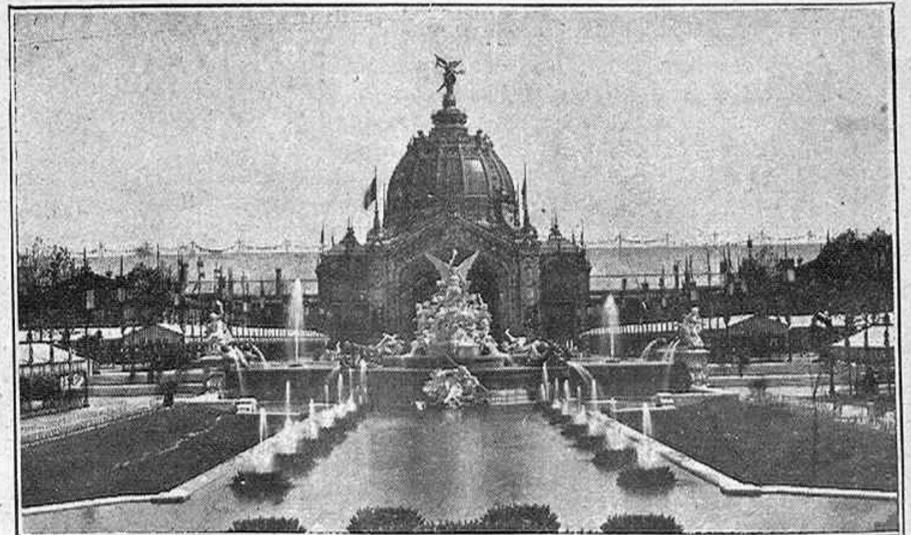
día constituye uno de los más poderosos atractivos de la gran metrópoli francesa.

Pero comparad las perspectivas de la Exposición de París con las de Barcelona, sobre todo, y convendréis que lo que en aquel ya lejano año podía inspirar admiración, se desvanece hoy día ante la supercaracterística de nuestros tiempos. Y no es proclamar superioridad ninguna, pues estamos seguros que una Exposición internacional en París sería hoy digna de toda admiración.

Además de la torre Eiffel, constituyó un interesante atractivo de aquel magno certamen la reproducción de la calle del Cairo, por donde los buenos parisienses y extranjeros deambulaban, creyéndose trasladados á los confines de las Pirámides.



El Parque y el palacio de las Artes liberales



Fuente monumental del Campo de Marte

El ferrocarrilito que recorre el amplio recinto de la Exposición de Sevilla tuvo su antecesor en el Decauville, que rendía el mismo servicio en París en 1889.

Otro atractivo interesante lo constituyó la galería de máquinas, con sus vastísimas proporciones, que daban una impresión de grandeza, como si se anunciara el maquinismo como una verdadera necesidad de la Humanidad, cuya culminación estamos viviendo en estos días. La máquina va substituyendo y venciendo al hombre, haciéndolo cada vez más innecesario, contribuyendo al mejoramiento de unos, pero privando, indudablemente, de vida á los más.

La Exposición de París de 1889 marcó, sobre todo, una afirmación de pujanza y prosperidad en la nación francesa, que, abatida por el infortunio diez y nueve años antes, bastó tan breve lapso de tiempo para reponerse y figurar en el concierto de los pueblos en un preferente lugar siempre.

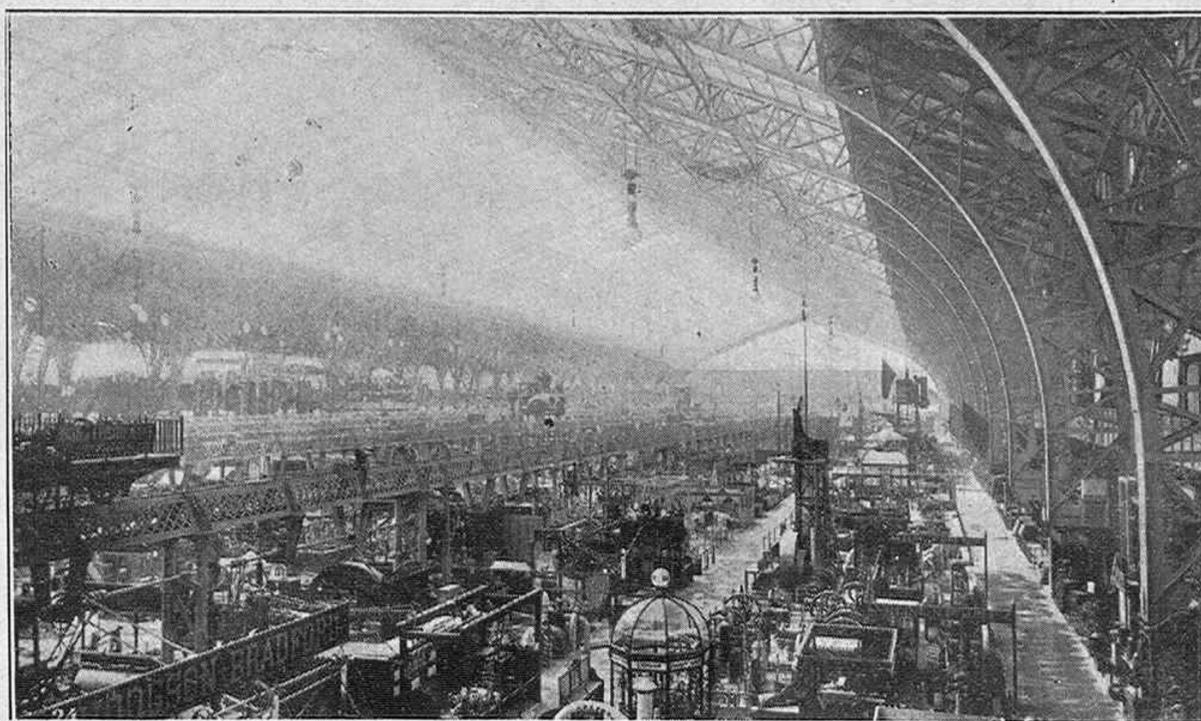
Esa fué la insospechada revelación que Francia ofreciera al mundo cuando, tras las gravísimas crisis de 1870-71, y tras ser esquilada con una cuantiosa contribución de guerra y ver hollado su territorio durante varios años por la ocupación extranjera, pudo ofrecer al mundo el magnífico espectáculo de su resurgir en el Certámen internacional de 1889.

Y como remate y cimera de la Exposición, la enhiesta aguja de la torre Eiffel, verdadera señora del progreso y de la ciencia, señalando al cenit como un triunfo de Francia en las fecundas lides de la paz.

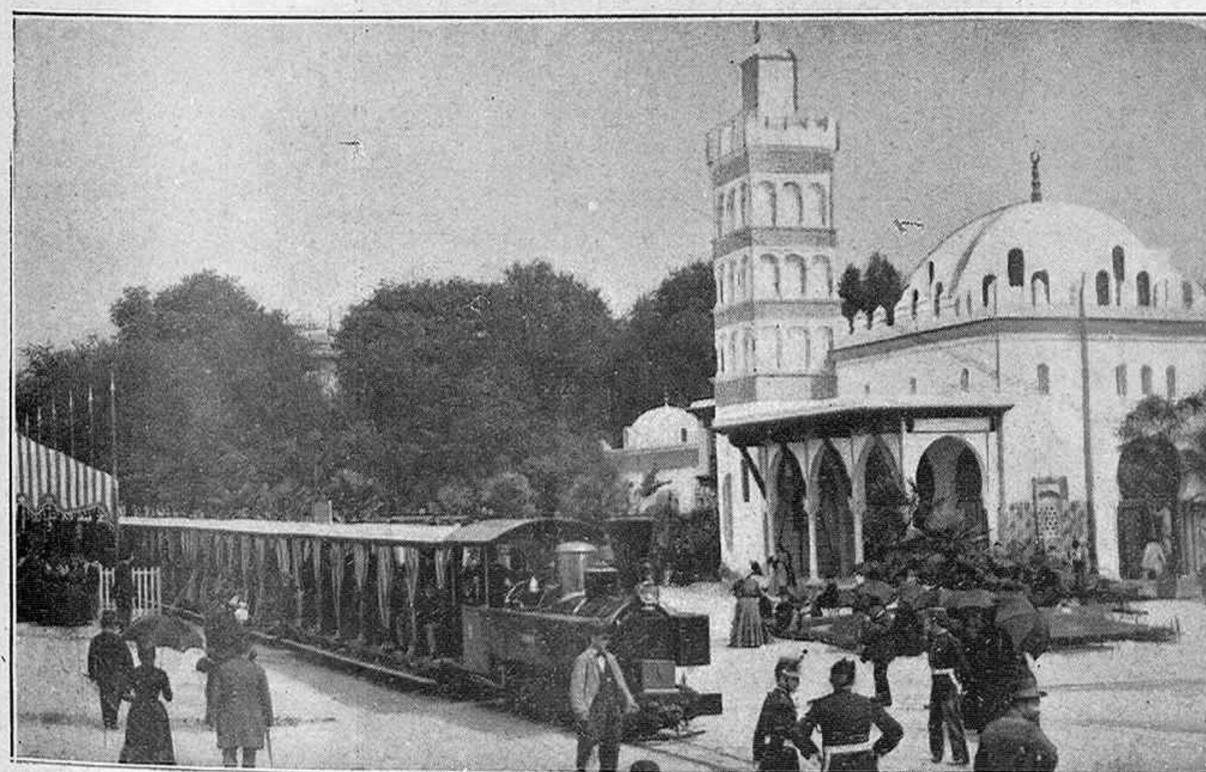
Los antiguos parisienses, que sienten las nostalgias del pasado, tienen una particular simpatía por la Exposición del año 1889, porque fué la primera celebrada en Francia después de cerrado el ciclo que pudiéramos llamar napoleónico; porque, con ser sobrada variada y fecunda la vida política de Francia durante el siglo XIX, la familia Napoleón, en las dos etapas de su intermitente po-



Una calle de El Cairo, en la Exposición Universal



Galería de las máquinas



El ferrocarril Decauville, orgullo de aquella Exposición

derío, imprimió la más decisiva fisonomía á la política francesa. Ambas etapas desaparecieron desastrosamente en los campos de batalla, y si bien la vez primera Francia no sufrió un severo castigo, haciéndose responsable exclusivamente á su emperador de las inquietas sinuosidades de la política napoleónica. Pero en la segunda derrota, el vencedor de Sedán no fué tan clemente como los triunfantes de Waterloo, y Francia sucumbió de manera desastrosa.

Pero las reservas inagotables de la nación se exteriorizaron á poco, y la Exposición de 1889 vino á tener esa significación: la de una

rehabilitación ante el mundo, de fuero de gran nación integrada por un gran pueblo que supo sobreponerse á las tristezas de la *débacle* y reconquistar con las armas del trabajo y la paz el puesto preeminente que en el mundo siempre tuvo.

Esa es la virtud que ponen de relieve las exposiciones. Revelar las insospechadas energías y valores de los pueblos.

Y por este concepto, los dos Certámenes de Barcelona y Sevilla tendrán la misma virtualidad que tuvo para Francia la famosa Exposición de 1889. España sufre, más que ninguna otra nación, del mal de su desconocimiento, no sólo en el extranjero de Europa, sino, lo que es más sensible, aun en América, pese á que la mayor parte de sus naciones son creaciones engendradas por españoles. Pero, á consecuencia del aislamiento en que quedaron las naciones hispanoamericanas de la antigua metrópoli á seguida de su emancipación, se ha ido acentuando el mutuo desconocimiento, que se traducía en una mutua desconfianza y desamor. Afortunadamente, un criterio más sensato va imperando por parte de ambos Continentes, y la Exposición de Sevilla viene á ser como el broche terminal que pone remate á todo un siglo de desvío.

De aquí que lo deseable sería que la gran confederación iberoamericana cristalice en unos magnos Estados unidos que encierren toda la hispanidad diluída por el mundo.

GUILLERMO RITTWAGEN



Las futuras campeonas inglesas

Lección de «tennis» en una escuela

El campeonato
de «tennis»
en
Wimbledon

EN el famoso concurso de Wimbledon, en que se juega el campeonato mundial de *tennis* y en el que constantemente convergen las miradas de todos los cultivadores de ese deporte, España tiene una gentil representación: la señorita Lili Alvarez, que es ya popularísima en Inglaterra y famosa en todo el mundo deportivo.

Lili Alvarez es no sólo una admirable jugadora á la que todo el mundo augura el campeonato para plazo muy breve, sino, además, un excelente crítico del juego de *tennis*, hasta tal punto, que á



Miss Tomblitz y miss Hellen Wills, las finalistas en las pruebas unipersonales para señoritas en Wimbledon

Figuras
finalistas
del
certamen

ella acuden como á tal las más importantes revistas inglesas.

Ahora mismo, una de ellas, *The Sketch*, está publicando una serie de artículos que no son sino semblanzas críticas de las jugadoras que han logrado llegar á las pruebas finales del gran concurso.

Son esos estudios sumamente interesantes, y revelan bien el alto espíritu, generoso y noble, de nuestra representante en Wimbledon, que sabe poner en sus juicios, siempre acertados y serenos, toda la amable dulzura propia de una mujer española, en que no tienen

lugar ni la envidia ni otras malas pasiones. Así, la labor crítica de Lili resulta altamente deportiva.

Donde más resplandece esa noble generosidad de nuestra compatriota es en las semblanzas de las novicias en el certamen, á las que dedica frases de aliento y noble estímulo, sin recordar en ningún momento que pueden ser sus competidoras en luchas próximas. Para Lili Alvarez, lo interesante es que jueguen bien, y con eso la basta para elogiarlas.

Sirvan de ejemplo los párrafos que en la revista inglesa ha dedicado á miss Juana Isy, jugadora á que bien podríamos denominar novel, puesto que su primera aparición en Wimbledon fué en 1924.

En aquella fecha, Juana Isy llegó á ser finalista, y jugó contra la consagrada primera figura del *tennis*, la francesa Susana Lenglen. No logró vencerla; pero el magnífico juego desarrollado por la novel *player* hizo difícilísimo el triunfo de la *estrella* de primerísima magnitud, y atrajo inmediatamente sobre Juana Isy la atención de todo el mundo deportivo. Desde entonces su vida deportiva ha sido una serie de triunfos.

Lili Alvarez piensa y escribe que Juana logrará muy pronto el campeonato mundial de «tennis». «Su juego dice—es tanto más terrible cuanto que ofrece constantes sorpresas. No es miss Isy una jugadora de sólida preparación, ni de técnica reglamentada, que haga fáciles de prever sus jugadas. Improvisa constantemente, y de ahí que la lucha contra ella resulte llena de sorpresas, de emociones y de peligros.»



SEÑORITA ALVAREZ Y SIGNORA SERPIERO
Las finalistas española é italiana

Otra jugadora á quien Lili elogia calurosamente es Betty Nutthall, la precoz *player* que era ya famosa á los diez y seis años.

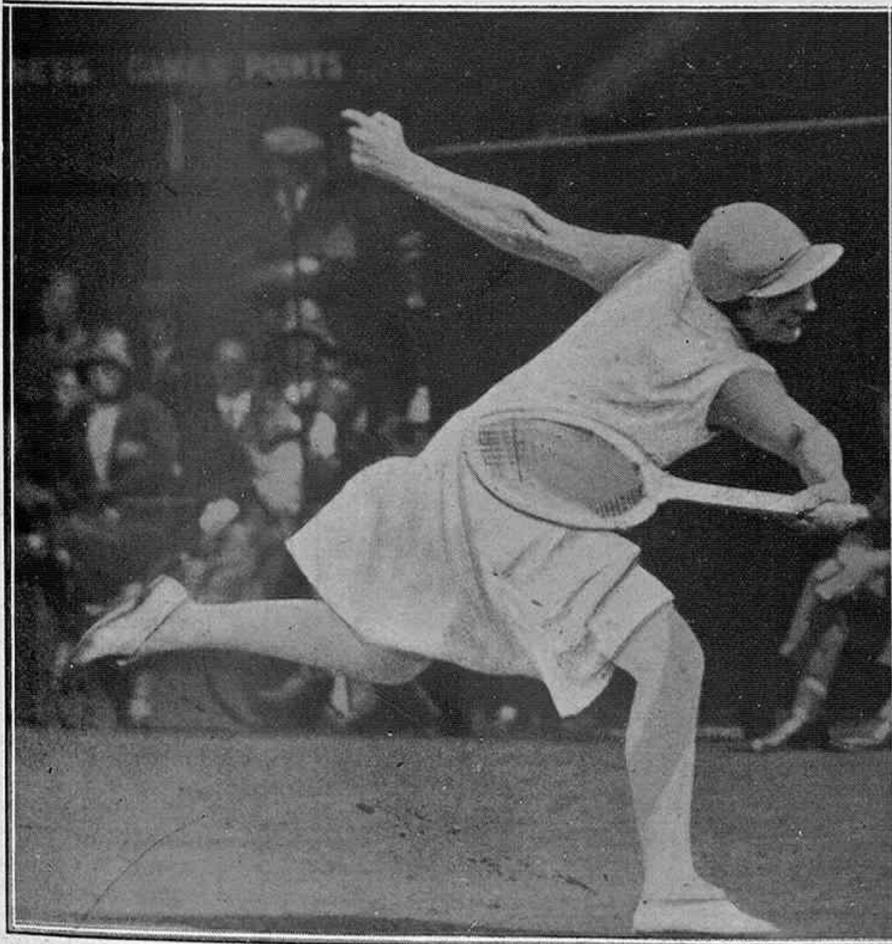
«Ninguna jugadora lo ha sido tan pronto. Pocas han tenido un sentido del juego semejante al que posee esta inglesita. Bety es admirable y ha triunfado rápidamente; pero de ella me interesa ahora, más que el pasado brillantísimo, el futuro; Betty tiene todas las posibilidades. Después de todo, es muy difícil encontrar en una muchacha de su edad conocimientos de la técnica del juego semejantes á los que ella posee. Sin embargo, no es jugadora «de cabeza», sino de fogosidad, sin que esto la impida tener un temperamento calmado y tranquilo, al que debe el cincuenta por ciento de sus victorias en el *tennis*.

«Otra suprema cualidad de Betty es que combina ese absoluto dominio de sí misma con la más encantadora gracia juvenil. Es *bon enfant* de pies á cabeza, y con ella es imposible no ver la vida de color de rosa.

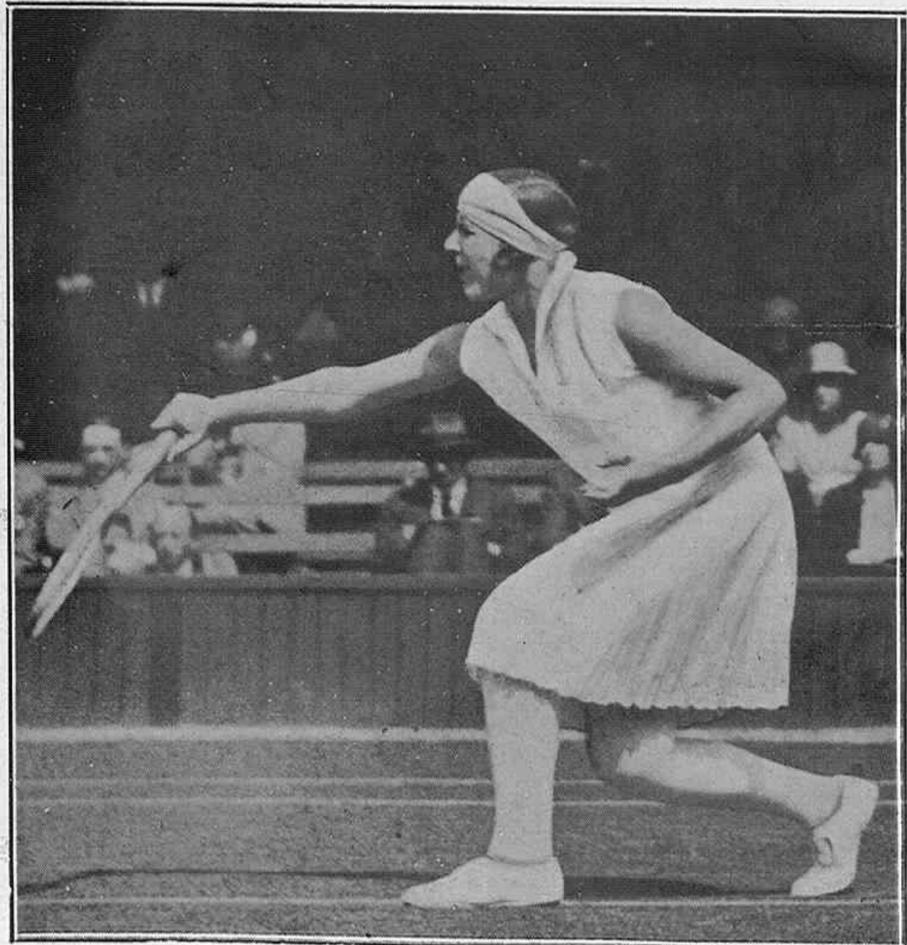
«El mejor dato que puede contarse de la infantil jovialidad de Betty es que besa á las mamás de sus competidoras, y que es cariñosamente acogida

por ellas, aunque las madres suelen ser el último y más formidable refugio de los celos deportivos.»

Conociendo este modo de pensar, sentir y hablar de Lili Alvarez, no extrañará á nadie la extraordinaria popularidad de nuestra compatriota en un país en que el deporte ocupa tan alto puesto, y en que el *tennis* es una enseñanza casi obligatoria en las escuelas de muchachas.



La signora Serpiero, en una jugada del «match» en que fué vencida por Lili Alvarez



Miss Betty Nutthall, en la prueba final en que fué vencida



Vista panorámica de Pancorbo, tomada desde Peña Roja

LOS PUEBLOS EJEMPLARES

EL PROGRESO DE PANCORBO

HAY pueblos progresivos que silenciosamente laboran por su mejoramiento, por su bienestar, en tanto que otros que no tienen esa virtud, sin duda porque sus moradores son apáticos, y los que los rigen, por pertenecer á sus moradores, padecen de la misma dolencia, permanecen en una situación de estatismo, de quietud que los petrifica.

Los primeros, los que sienten esa noble emulación, ese afán de mejoramiento, son en España muchos más de lo que se cree, porque como laboran silenciosamente, sin afanes de notoriedad, y sólo movidos por ese amable impulso que anima á los seres conscientes, su obra no suele divulgarse y es desconocida por la nación.

Así se explica que cuando, transcurridos algunos años, la casualidad nos lleva á visitar uno de estos pueblos que ya conocíamos, experimentemos una grata sorpresa al advertir las mejoras que tan callada como tenazmente supieron realizar.

Esto puede decirse de Pancorbo, situado en la región de los montes Obarenes, de la provincia de Burgos, cuyo caserío se levanta entre dos elevadas colinas, por entre las cuales pasa el río Orascillo y se extienden la línea del ferrocarril y la de la carretera de Francia, y en cuyas alturas, dominando el paisaje de una bella feracidad agres-

te, existen aún restos de las antiguas fortificaciones que demuestran la importancia estratégica de dicho pueblo, tales como el viejo castillo, incendiado por los carlistas en 1835, y el de Santa Engracia, que se construyó en 1794, y fué arrasado por los franceses durante la invasión de España por las huestes napoleónicas.

El río flanquea la montaña, y en ésta se abre un túnel que sale á un magnífico viaducto de tres arcos y de considerable altura.

El desfiladero, paso preciso en la carretera para la entrada en Castilla, fué de indispensable

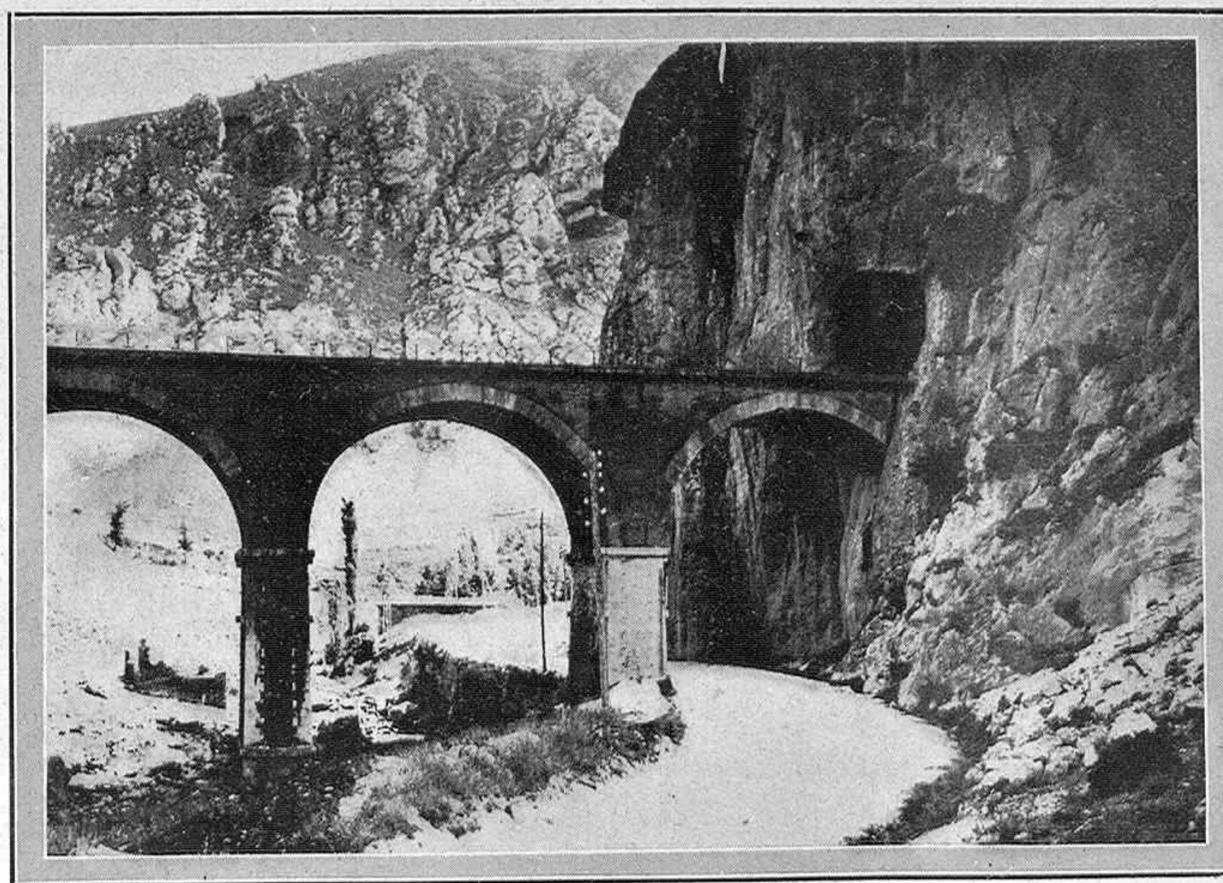
ocupación para las tropas francesas, que en 1808 invadieron nuestro territorio. Defendida la fortaleza por escaso número de soldados, cuando las fuerzas del general Moncey intimaron su rendición, el comisario de la Real Hacienda, comprendiendo la inutilidad de resistir, hizo entrega del castillo á los invasores, que permanecieron en él hasta la conclusión de la guerra.

Pero Pancorbo, á pesar de esta situación tan importante desde el punto de vista estratégico, no mereció singulares consideraciones del Estado, y su prosperidad no tiene que agradecerse

á otros esfuerzos que á los de sus naturales, siempre movidos por el afán de renovación bienhechora y por ese impulso sentimental que despierta en los pueblos el deseo de mostrarse dignos del nombre que sus nobles hechos dejaron escrito en las páginas de la Historia.

•••••

Dos de estas manifestaciones elocuentes, demostrativas del plausible afán de mejoramiento que sienten los naturales de Pancorbo y de la hidalguía que albergan en sus corazones, son la construcción de nuevas escuelas, recientemente inauguradas, y la del sencillo monumento que el fraternal amor ha erigido á la memoria de los jóvenes pancorbese, que en servicio de la patria perdieron la vida en los campos marro-



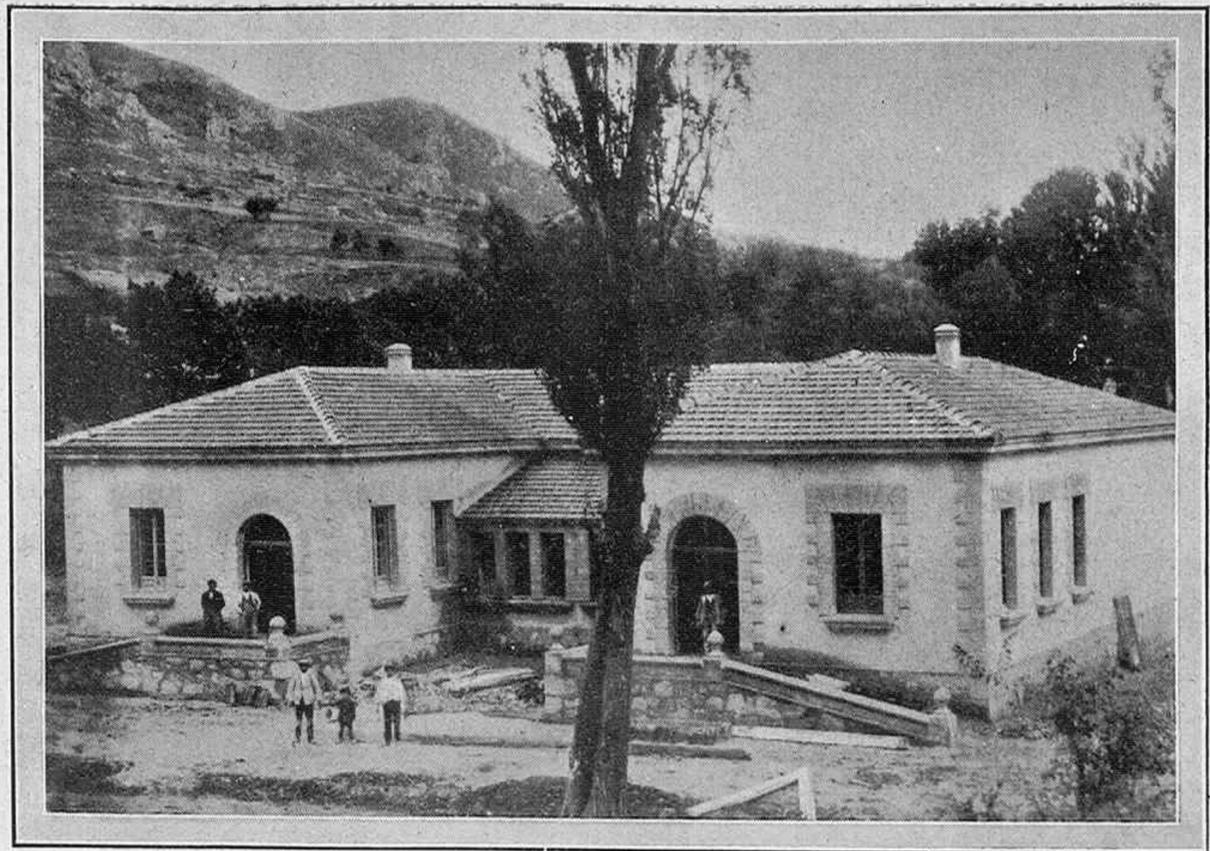
Túnel y puente de la Horadada, en uno de los más bellos paisajes de Pancorbo

quies. La iniciativa de las nuevas escuelas que ya funcionan con éxito evidente, débese á dos espíritus abnegados y tenaces, el del sacerdote don José Gordo, y el de D. Manuel Navarro, que en una reunión por ellos convocada en 1922, expusieron á los convecinos que asistieron á ella la necesidad de substituir el mísero local que para fines tan útiles existía por otro que se construyera ex profeso en sitio conveniente, con la amplitud y las condiciones higiénicas indispensables.

Secundada con entusiasmo esta iniciativa por los más caracterizados elementos de la población, y después de laboriosas y no interrumpidas gestiones, para adquirir terreno y costear los materiales y la mano de obra, dió comienzo ésta el año 28 para ser inaugurado el edificio dos años más tarde, con moderno y abundante material pedagógico, también costeado por el pueblo.

El acto de la inauguración fué solemne, como correspondía al noble esfuerzo realizado y al fin perseguido por los que contribuyeron á la creación de las nuevas escuelas, y en él estuvieron presentes las autoridades de la provincia y las locales y el pueblo todo que demostró su alegría con populares fiestas.

También en Diciembre del 28 inauguróse el monumento que los pancorbeses erigieron en memoria de los jóvenes naturales del pueblo que murieron en Africa, mostrando así que no sólo laboran por el bien de los que han de sucederles en el futuro, por el progreso y el bienestar de la tierra en que nacieron, sino que saben sentir esas conmovedoras emociones que nos llevan á per-



Las nuevas Escuelas de Pancorbo, recientemente inauguradas



Iglesia de San Nicolás, y entrada del túnel y puente de la Horadada

respetuoso, porque para el heroísmo se encuentra admiración y alabanza en todas las partes del mundo y para los pancorbeses será un orgullo que se rinda homenaje al humilde monumento cuya rusticidad debe tener para todos más mérito que si estuviese construido con el bronce de cañones legendarios, porque las piedras son de Pancorbo y los obreros que han llevado á cabo la obra, no sólo manual, sino de misericordia, son también hijos de este pueblo, como lo eran esos cinco héroes cuyos nombres figuran en la lápida, y por si esto fuera poco, todo ello da fe de nuestro amor al prójimo, de nuestro patriotismo y de nuestra cultura.»

Si los actuales pancorbeses que en los muros y sobre las puertas de las viejas casonas, ven los emblemas de hidalguía de sus antepasados, carcomidos por las inclemencias del tiempo, pueden enorgullecerse más aún que de estos testimonios mudos de su rancia nobleza, de los vivos testimonios que constantemente dan ellos de sus propias virtudes.

E. CONTRERAS y CAMARGO

petuar el recuerdo de los que en aras de la patria ofrendaron su vida, dando testimonio público de los que se guardan en el corazón.

Para Pancorbo fué aquel un día memorable, viendo realizada una obra magna, pues aunque su valor material sea escaso, lo tiene inconmensurable por lo que simboliza.

Terminada la guerra de Marruecos, y estando celebrándose en Pancorbo la fiesta de la paz, todos los reunidos en aquel momento hallábanse poseídos de verdadero entusiasmo patrio porque veían junto á sí á aquellos jóvenes que después de cumplir sus deberes militares en servicio de la Patria frente al enemigo, quiso Dios que volviesen á sus hogares.

Entonces alguien, levantando la voz que había de interpretar el sentir de todos, propuso consagrar un recuerdo que perpetuara su heroísmo á los que no volvieron. Y con absoluta unanimidad, como si la idea partiese de un solo pensamiento, acordóse abrir una suscripción para

dedicar una lápida conmemorativa á los bravos hijos de Pancorbo que sucumbieron en la campaña. Y he aquí que la hermosa, pero modesta iniciativa de tal modo fructificó en los nobles pechos pancorbeses, que unidos el esfuerzo y la buena voluntad de todos, alcanzóse una cifra para poner en práctica la idea que permitió soñar con el trueque de la modesta lápida en un monumento, aunque éste fuese humilde.

Y así se realizó. Hasta con la ayuda desinteresada de los obreros que trabajaron en la obra, vióse erguido el monumento junto á las escuelas recién construidas, feliz idea complementaria del noble propósito, que ha de servir de saludable ejemplo á los niños que se educan en el flamante centro de enseñanza.

Como dijo muy elocuentemente D. Francisco Archavala, en el acto de la inauguración: «Cuando el turista, admirando la grandiosidad del panorama, llegue á este punto y se acerque á este monumento, al leer la dedicatoria se descubrirá



El monumento á los héroes de Pancorbo, muertos en Africa (Fots. F. Contreras)



BELLEZAS DE LA PANTALLA

DORIS HILL

Una de las más jóvenes «estrellas» de la Paramount, que, por su elegancia, lanza las modas entre las elegantes cineastas

BREVIARIO HISTÓRICO LA CAMARILLA FERNANDINA

LUEGO de la cena en familia—costumbre que, aboliendo la de cenar en público, como sus antepasados, adoptó su «deseada» Majestad—, pasaba á la antesala de su real cámara, en donde, hasta que sonaban las once, hacía tertulia con sus cortesanos preferidos.

Cuando el Rey, fumando un magnífico veguero, y adiposo por los preliminares de la digestión, entraba en aquella soberbia estancia, ennoblecida por el cuadro *Los borrachos*, de Velázquez, y el retrato de Felipe II, debido á los maestros pinceles de Pantoja, ya le esperaban en pie sus fidelísimos corifeos: Ugarte, Chamorro, Alagón, Ramírez de Arellano, Ostolaza, Tasticheff, el P. Damián Sáez y el conde de Castro-Terreño.

Sentábase Su Majestad en un gran sillón próximo á la chimenea, y, conservando aún el privilegio de su alta jerarquía, decía gravemente: «Sentaos.» Y como ya todos estaban á la misma altura, allí acababa el Monarca para dar paso al hombre; dirigiéndose á su ayuda de cámara, que no se separaba de su lado, decíale:

—Artieda; trae cigarros y dale á éstos.

Cumplía el lacayo el regio mandato, y tomando cada uno su cigarro, encendíale y abríase la tertulia.

—¿Qué se cuenta por ahí?—solía ser la frase sacramental de apertura.

Y Chamorro, que, como ya es harto sabido, había sido aguador en la Fuente del Berro, y por simpatía de Fernando, que por el entonces era Príncipe de Asturias, ascendió á proveedor de las reales tinajas, y algo más adelante fué agregado á la baja servidumbre de su alteza, con quien tuvo empleo de bufón—aunque el cargo estaba borrado de la nómina palatina desde los tiempos de Felipe V—, tomaba la palabra para poner á su amo al tanto de la vida matritense.

Si había alguna cosa de alta política bastante interesante para adular aquellas horas de «dulce» intimidad, era D. Damián Sáez, como ministro de Estado, quien hablaba, ó Ugarte, que aunque en su mocedad fué esportillero, llegó á ser agente secreto de Fernando.

Más temía el Gobierno á esta tertulia, que á

todas las conspiraciones, juntas secretas y logias masónicas que á la sazón había en Madrid para ver de encaminar al Rey noblemente por aquella senda constitucional, que decía ser el primero en seguir, porque aunque los más creían que allí no hacíase otra cosa que pasar el rato agradablemente, como en cualquier casa particular, era lo cierto que desde aquella saleta se regían desastrosamente los destinos de España.

Allí, entre risas y chacotas, se disponía de la libertad y aun de la vida de los hombres honrados y conscientes de sus deberes, que pugnaban por romper las cadenas de la ignominia en que estaba aherrojada España.

Allí fueron decretadas aquellas terribles persecuciones de 1814 y 1824, en que fueron llevados en trailla á los distintos presidios del reino hombres tan ilustres como Argüelles, Calatrava, Nicasio Gallego, Martínez de la Rosa, y condenados á muerte sabios como Antillón y mentecatos como *El Cojo de Málaga*, que fué arrancado de la misma escalera del patíbulo merced á la imposición del embajador de Inglaterra.

Dábanse canonjías, prebendas y aun mitras, no al verdadero mérito y á la sabiduría, sino á paniaguados y parientes de los regios amigos.

De esta «camarilla» salió aquel famoso discurso de la Corona en la clausura de las Cortes de 1821, y la bochornosa destitución de todo el Ministerio.

Y aun hubo quien quiso rebajar la actuación de aquel nefasto catipunán, diciendo que eran exageraciones de los enemigos del régimen; pero testigo de tanto cargo como Lardizábal, que fué ministro de pura cepa absolutista, ha dejado escritos los siguientes párrafos:

«A poco de llegar Su Majestad á Madrid, le

hicieron desconfiar de sus ministros y no hacer caso de las tribunas ni de ningún hombre de fundamento de los que pueden y deben aconsejarle. Da audiencia diariamente, y en ella le habla quien quiere, sin excepción de personas. Esto es público; pero lo peor es que por la noche, en secreto, da entrada y escucha las gentes de peor nota y más malignas, que desacreditan y ponen más negros que la pez, en el concepto del Rey, á los que le han sido y le son más leales, y á los que mejor le han servido; y de aquí resulta que, dando crédito á tales sujetos, Su Majestad, sin más consejo, pone de su propio puño y letra decretos y toma providencias, no sólo sin contar con los ministros, sino contra lo que ellos le informan. Esto me sucedió á mí muchas veces y á los demás secretarios de mi tiempo, y así ha habido tantas mutaciones ministeriales; lo cual se hace no sin gran perjuicio de los negocios y del buen gobierno. Ministro ha habido de veinte días, y dos hubo de cuarenta y ocho horas; pero ¡qué ministros!...»

Después de que á gusto de toda la «camarilla» se arreglaba la «cosa» pública, se hablaba de todo: de los bailes de candil, que celebraba la «aristocracia» de «Lavapiés» y de «El Rastro»; de las coimas nuevas que había en casa de Pepa «la Malagueña», y otras manflas acreditadas de la Corte; de la última corrida de toros; de los desdichados que habrían de «bailar» el último minué en la plazuela de la «Cebada», y de si había estado lucida ó no la minerva de San Andrés.

Sonaban las once; levántase el Monarca; el P. Sáez daba la bendición á todos, pasando luego á hacer lo mismo con el lecho del Rey; y éste, así de que *cada mochuelo íbase á su olivo*, echábase una recia capa sobre los hombros, cuando no el famoso y legendario paletó, encasquetábase un monumental sombrero de los llamados de medio queso, ó una disforme chistera, y, acompañado de su inseparable Chamorro y del duque de Alagón—su capitán de Guardias—, íbase á echar un puñado de canas al aire...

DIEGO SAN JOSE



PARIS

BUENOS AIRES

JANSEN

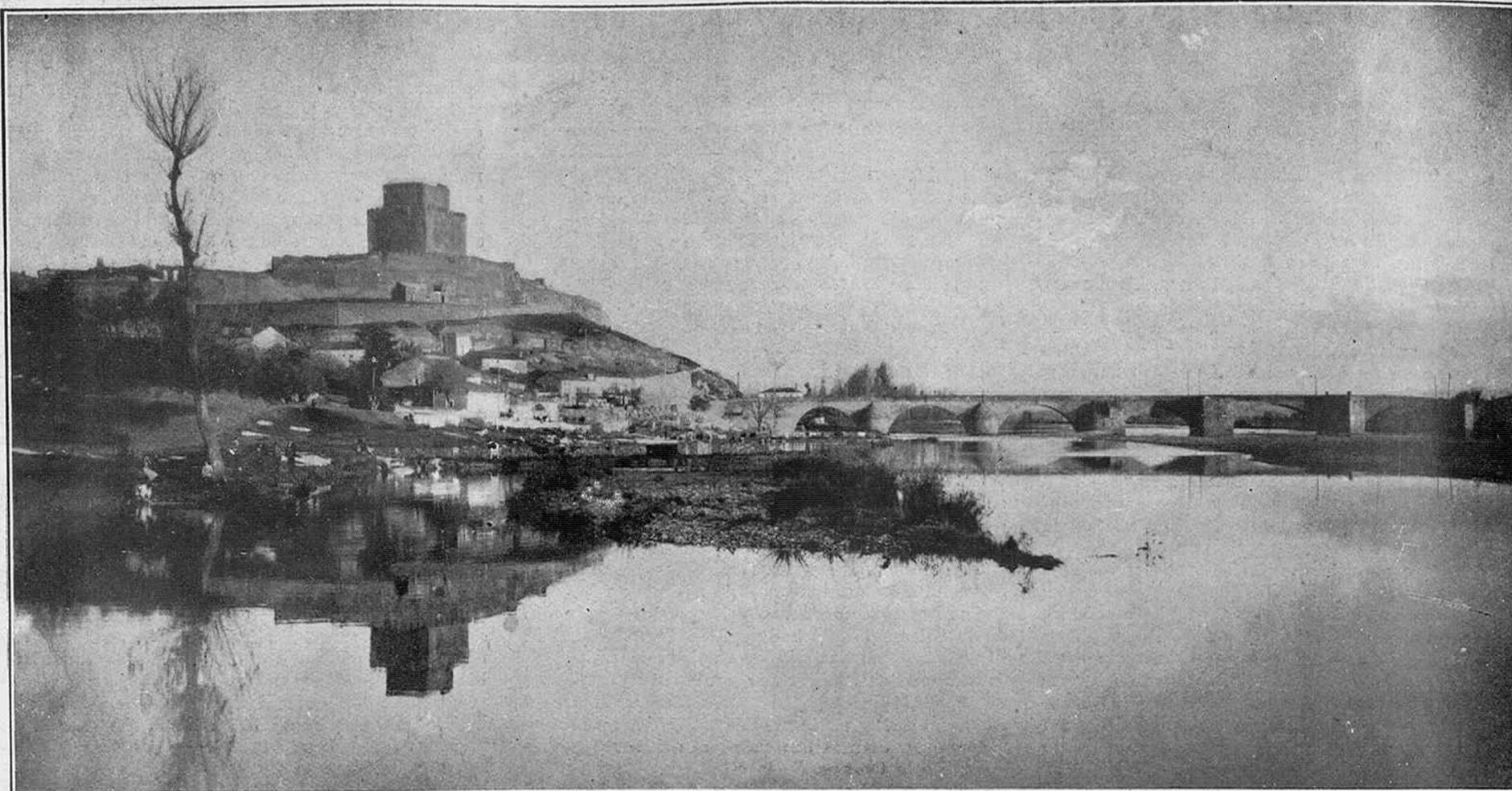
DÉCORATION

ANTIQUITÉS

EXPOSICIÓN DE BARCELONA

Un representante está a la
disposición de la clientela
en el stand del

PABELLON ALFONSO XIII



El castillo de los Trastámara en Ciudad Rodrigo

UNA CIUDAD CASTELLANA

EL CASTILLO

ESTA vieja ciudad de las Castillas es plaza fuerte y sede episcopal y ciudad fronteriza. Perteneció al grupo de las ciudades episcopales españolas: Plasencia, Astorga, Jaca, Barbastro, Tortosa, Solsona, Guadix... Está encinchada enteramente por una vieja muralla de fosos y contrafosos; tiene su linda catedral románica, y el castillo de los Trastámara preside toda la fortaleza, espejando su panzudo cuadrado en las aguas quietas del río, que arrastra pepitas de oro en su carrera. A esta ciudad la llamaron *Miróbriga* los romanos, y nosotros, los contemporáneos, la llamamos Ciudad Rodrigo. Colocada en la frontera portuguesa, frente a Guarda y Almeida, está envuelta en un dulce paisaje leonés, desvaído y rico en matices, que acusa las vecindades lusitanas. Pueblo prócer, Roma hace pasar por él la calzada de Mérida; el municipio exhibe la columna sagrada del Imperio; en la Edad Media es fecundo en leyendas é historias de toda suerte. Ayuda á los Comuneros cuando la rota de Villalar. Y frente á Francia escribe su página de gloria, después de la concentración de Torres-Vedras. Un lord inglés, Wellington, es el duque de la ciudad, y acuartelado en lo que es hoy palacio de los Montarcos, á la vera del buen general Pérez de He-

Palacio del marqués de Espeja, hoy de los Altares



CIUDAD RODRIGO

rrasti, persigue y caza á los franceses, echándoles del Oeste, para preparar la rota de los Arapiles.

El castillo es el testigo mudo de tantas hazañas. Sirvió de retiro á Enrique de Trastámara, el rey bastardo, y es de rosa y oro al atardecer, cuando se espeja íntegramente en el Agueda. En un promontorio, cercado de almenas, vigilando el puente romano, se encara con Portugal y preside el arrabal del puente con su caserío parduzco y primitivo.

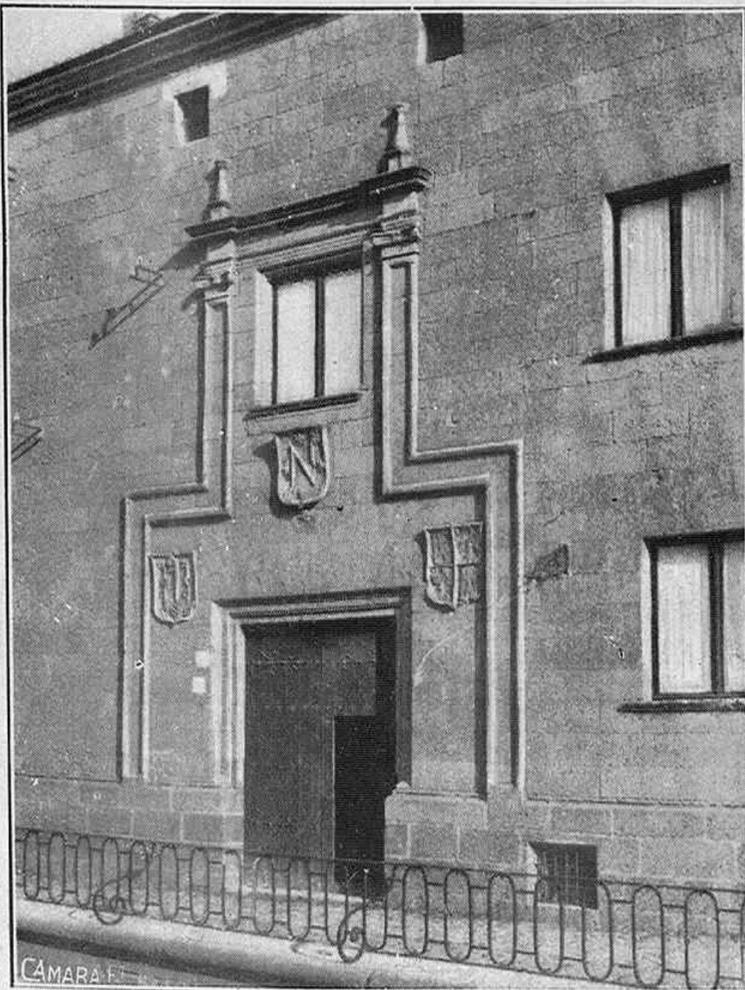
LAS CASAS

Pero el encanto de Miróbriga, aparte de su catedral y de su estupenda capilla de Cerralbo y de la portada románica de San Andrés, son las casas. Ciudad Rodrigo es un pueblo señorial. Por todas partes, escudos, y tejadillos saledizos, y ventanas labradas, y anchos portones, y balconajes suntuosos y espléndidos. Vecina de Salamanca, recibe de ella Miróbriga la gracia y el primer de sus magnificencias platerescas. No hay plazoleta silenciosa ni calleja vetusta que no contenga alguna magnífica casona solariega. Ved aquí, al lado de la catedral, la vieja mansión de los Miranda, hoy de los Velasco y Sánchez Arjona; tres escudos distintos adornan la sencillísima y elagantísima fachada; mirad á continuación la casa de los marqueses de Espeja; hermoso ejemplar del Renacimiento salmantino, tiene graciosos ventanales góticos y un primoroso patio del Renacimiento, de riquísi-

CAMARA ETC



Casa solariega de los Salcedo, hoy del conde de Montarco

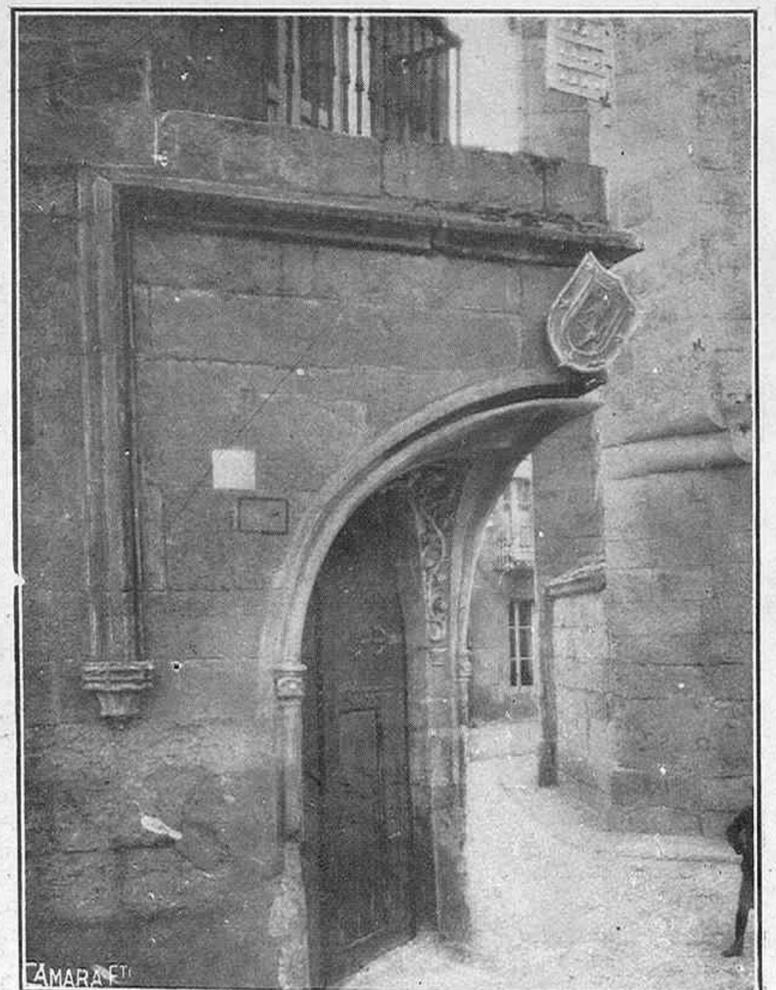


Magnífica portada de uno de los palacios de Miróbriga

mos medallones de alabastro; mirad otro palacio, á la espalda de un viejo templo, donde los arcos de la portalada están cortados y el balcón se abre, haciendo juego, á la portalada, en el ángulo del edificio... La casa de los Bumeritos, en fin, al lado de la Puerta del Conde. Pocos palacios más elegantes, más suntuosos, en Castilla. Sirve de lienzo á una plazuela, y en su contemplación reposan los ojos y el espíritu.

Ciudad Rodrigo es una de las poblaciones menos conocidas de la Península. Pocas más dignas de serlo, sin embargo. Sirvan estas notas, trazadas de prisa, de homenaje al patrimonio artístico de esta ciudad, que acaso vayamos describiendo poco á poco en estas páginas hidalgas y acogedoras de LA ESFERA.

José SANCHEZ ROJAS
(Fots. Pazos)



Antigua Casa de Miranda, hoy de Velasco y Sánchez Arjona

Elegancias



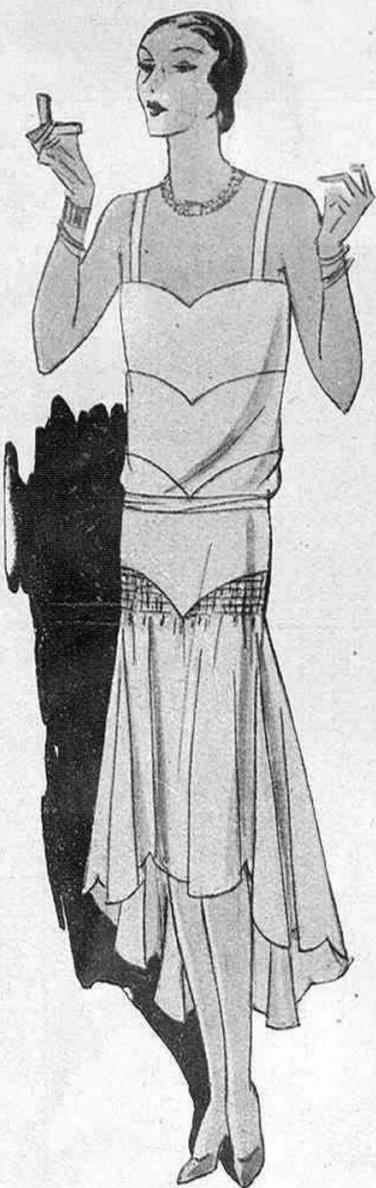
Vestido de crêpe blanco con cinturón de cuero



Vestido de «crêpe» georgette, color paja



Fieltro rojo con cinta blanca, negra y roja; «écharpe assortie» y bolso blanco con adorno de los mismos tonos (Modelo Cora Marson.—Fot. Manuel Frères)



Vestido de «crêpe georgette», color salmón (Modelo Augustabernard)



Vestido de tul estampado (Modelo Molyneux)

EN ciertas bodas elegantes no es sólo la *toilette* de la novia lo que preocupa, sino la de las muchachas que forman el cortejo nupcial, á fin de ofrecer un conjunto de belleza y de buen gusto.

Esta época se presta para que tanto la novia como sus amigas luzcan la plenitud de sus encantos. Los trajes de estas últimas en colores pálidos realzan el color de la piel, que se adivina bajo la sutil vestidura.

La muselina se emplea mucho en los trajes de novia en esta época de verano, confeccionándose lindos modelos sin ningún adorno, pues en lo complicado de su corte radica todo el efecto de su ornamentación.

Los vuelos acampanados bien en grandes partidas ó formando *godets*, es lo que más se lleva; pero también se ven algunos volantes de forma y *panniers* en ambos costados ó en la parte de detrás de la falda.

Con los trajes de muselina el velo de céfiro es el más indicado porque hace más vaporoso que el encaje y más en armonía con el vestido; y respecto al calzado, el crespón de China ó la gamuza es lo que mejor le va á la sencillez del conjunto.

Las joyas deben de ser sumamente sencillas; á ser posible, perlas y, si acaso, combinadas éstas con diamantes y platino.

Esto en cuanto á la novia. Las muchachas que forman el cortejo pueden ataviarse igualmente con trajes de muselina en tonos pálidos, como hemos dicho, completando su *toilette* con sombreros de paja de mediano tamaño, de formas muy sencillas y con muy poco adorno; si acaso una cinta, un broche, un detalle, en fin, que rompa la monotonía sin recargar el sombrero de motivos inútiles.

Un detalle muy bonito es el de llevar todas las muchachas sendos ramos de flores blancas.

El traje de la madrina debe ser negro, de *crêpe georgette*, muselina ó crespón, guarnecido con encaje de dibujo menudo.



La falda vaporosa, las mangas perdidas y el escote en punta hacen un muy lindo modelo que rejuvenece extraordinariamente.

Un fieltro negro guarnecido con *aigrettes* armoniza á maravilla con esta *toilette*.

Respecto al tocado de la novia, hay diversos estilos á cuál más bonitos y favorecedores. Resulta muy bien el azahar colocado en grupos á ambos lados de la cabeza, sobre el tul, ó formando aureola sobre la frente con el velo muy caído sobre los ojos.

El azahar formando diadema es el tocado por excelencia para las rubias de tez pálida y facciones aniñadas; para las morenas, en cambio, es más recomendable el velo echado por la cara y el azahar formando un solo grupo muy compacto en el lado izquierdo de la cabeza.

En el traje no se lleva ya el atributo de la pureza. La moda exige que la bella flor vaya pendiente de unos finos hilos de tisú de plata que rodean el *bouquet* nupcial.

ANGELITA NARDI



Vestido de crespón estampado en colores



Vestido de «crêpe georgette» y chaqueta de lanilla

Falda azul marino y cuerpo de «crêpe beige» bordado en azul (Modelo Paquin.—Fot. Manuel Frères)

EVOCACIÓN DE LO PRETÉRITO

Cuando alcanzábamos á ver las torres señeras de la basílica, algo surgido de lo profundo del espíritu, en una eclosión de avatares ignotos, nos trajo el eco del himno flamenco que, en bizarro son, bailaba en labios de los jacobeos, mientras escalaban el Pico Sacro, llenas las almas de ferviente gozo:

*¡Crot, Sanctiagu!
¡Herru, Sanctiagu!
E ullreja, e suseja,
Deus adiuva-nos.*

Y luego ya no nos fué posible huir á la evocación de aquellas formidables peregrinaciones de las centurias XII, XIII, XIV y XV, que volcaban sobre Compostela gentes de todos los pueblos del orbe, llamadas por la leyenda y el milagro, atraídas por las indulgencias que los Papas otorgaban á los reyes que las demandaban, y que los monarcas agradecían con suntuosos presentes.

Es un desfile alucinante: peregrinos que vienen solos á pedir para sí; peregrinos que llegan portando la súplica colectiva de naciones flageladas por la guerra ó la peste; villas y aldeas que irrumpen en masa para sacudirse el pecado que las conduce á la perdición definitiva; legiones de excomulgados; falanges de arrepentidos que salvarán sus almas al caer de rodillas ante el sepulcro del Hijo del Trueno; muchedumbres de míseros—trapos podridos, carnes laceradas, rostros exangües, ojos encendidos, pelambreras hoscas—; comitivas pomposas de emperadores, de reyes, de infanzones, de barones, de condes, de caballeros...; fastuosos cortejos, rodeando ricas literas forradas de rojo terciopelo de España, por entre cuyos cortinajes asoman las facies rubias de reinas ó princesas nórdicas, las caras blancas ó morenas de ricashembras castellanas... entre sonar de pífanos y batir de atambores, á rimar con el trote de los briosos corceles cabalgados por hidalgos, escuderos y hombres de armas, seguidos por la recua de acémilas, carga-

LAS PEREGRINACIONES A SANT-YAGO

das con los altares y las tiendas de campaña, las alhajas y los pertrechos precisos para el luengo viaje hecho bajo el sendero de estrellas tendido en el alto cielo á lo largo del «Camino de Santiago», abierto por los Bajos Pirineos y por Navarra y Castilla hasta el reino de Galicia.

Aquellos pueblos, aquellas razas, proceden de todos los confines de Europa y del Asia lontana. Gentes de piel terrosa: levantinos y meridionales; gentes rubias: de la Escandinavia nevada, de la Germania brumosa, de Inglaterra, de Irlanda, de Moscovia, de Flandes, de Francia... convergían en Compostela, con sus dolores espirituales, con sus lacerías corporales, para lavar sus culpas y para comerciar, intelectualmente y moralmente, con Galicia, que recogía y daba pulimento á las ideas y á los sentimientos así importados, y que, á la vez, exportaba hacia todos los rumbos sus leyendas, sus consejas, sus pensamientos y sus sentires.

Peregrino de Santiago fué San Francisco de Asís, que besó el sepulcro de Sant-Yago con aquellos labios en donde florecían de continuo las violetas de la humildad; y el holandés San Evermaro, y el obispo armenio San Simeón, y Santo Domingo de la Calzada, y San Franco del Sena, y Raimundo Lulio, y San Vicente Ferrer, y San Juan de Dios, y San Francisco de Borja... Igualmente Rodrigo Díaz de Vivar, y el conde Baldovinos de Flandes, y Guido de Borgoña, y el rey de Jerusalén y emperador de Constantinopla, Juan de Briena, y Eduardo I de Inglaterra, y Nicolás III y Nicolás IV, duques de Ferrara; y Suero de Quiñones, el del Paso Honroso, y el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba...; y mil más cuyos hechos vibran en las páginas más estremecidas de la Historia.

Y asimismo, Santa Isabel, reina de Portugal, que estuvo dos veces en Compostela: una con la pompa y el boato de su realeza, y otra en la que hizo el viaje de incógnito y viviendo de las limosnas que impetraba en el camino.

Este segundo viaje inspiró á Julio Dantas un dulcísimo romance, del que son estos versos:

*En ver da fina escarlata
das suas vestes reaes,
traz un hábito de freira
un bordón de peregrina,
os olhos cheios de lágrimas;
e vai, curvada e humilde,
pedindo esmola na estrada.*

A otro penitente dan especial mención las crónicas: el último duque de Aquitania, Guillermo X, en quien la tradición quiere ver al Gaifeiros de Mormaltan del épico romance, que arras-trándose desde las orillas del Garona hasta las del Sar, pudo morir, lleno de gran júbilo piadoso, cuando entraba en la catedral.

*Y-o velho d-as barbas longas,
cain tendido no chan.
Cerrou os seus olhos verdes,
verdes com'anga do mar.
O obispo q'esto veu,
ali o mandou enterrar.*

Hay que truncar la evocación, que se prolongaría inmensamente.

Ahora también vienen peregrinos á Compostela. No llegan, como los de antaño, maltratados y exhaustos. No cuelgan, al llegar, sus ropas podridas en la Cruz dos Farrapos. No precisan de físicos que les curen las heridas, ni que se las fumigue con humos balsámicos de piñas verdes de pino y de incienso. No visten hopas con veneras bendecidas en las esclavinas, ni gimen sus pecados en lamentaciones dislacerantes. Sin embargo, son gentes de fe y de creencias las que vienen todos los años desde remotas tierras á postrarse ante las cenizas del discípulo de Cristo, que fué evangelizador de las tierras celtíberas.

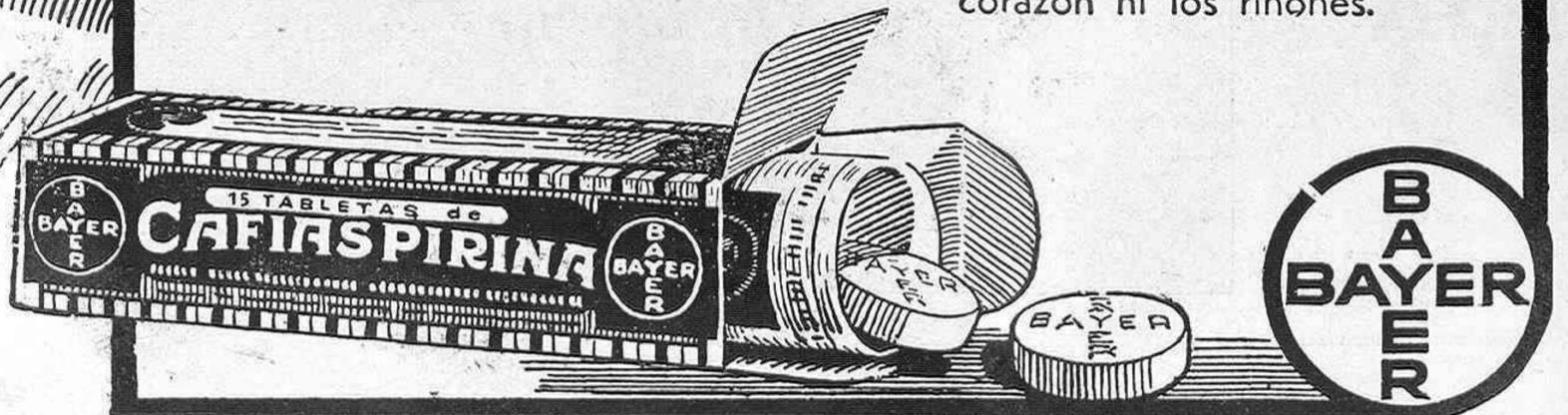
MANUEL LUSTRES RIVAS

Compostela, Julio 1929.

En toda la tierra

es conocido su nombre e innumerables son las personas que deben a la Cafiaspirina el alívio de sus dolencias. Por eso aquél que en horas tristes y penosas fué libertado del dolor y recuerde la eficacia maravillosa de la Cafiaspirina, no dudará en acudir a ésta cuando otra vez tenga la desgracia de sufrir dolores de cabeza, muelas y oído, jaqueca o neuralgia

La Cafiaspirina reanima, levanta las fuerzas y no ataca el corazón ni los riñones.



AHORA TIENE VD. YA

**"LA CUBIERTA DEL DIA
PARA
EL COCHE DE HOY"**

La nueva

U.S. ROYAL

Si usted hubiese ido apuntando día por día las cosas que hubiera querido ver reunidas cuando tuviese que comprar nuevas cubiertas, el resultado hubiese sido una lista más ó menos como la de las ONCE CARACTERISTICAS de la nueva U. S. ROYAL, que constituyen los mayores factores en punto á seguridad, economía, fácil dirección, resistencia, elegancia y rendimiento máximo.

- 1.—Mayor kilometraje sin patinar.
- 2.—Menos gasto de fuerza.
- 3.—Rodadura más gruesa.
- 4.—Más fácil guiar.
- 5.—Libertad para rodar.
- 6.—Mayor adherencia por los bordes.
- 7.—Frenado más seguro.
- 8.—Rapidez para arrancar.
- 9.—Aspecto más elegante.
- 10.—Mejor base para correr.
- 11.—Seis telas de cuerdas reforzadas.



AYER no podía Ud. conseguir todo esto en ninguna parte por ningún dinero. HOY lo tiene en la nueva U. S. ROYAL (reforzada). Infórmese de su revendedor y pruébela. Si su proveedor no la tiene, pregunte al distribuidor más próximo, él le dirá quién se la puede servir.

Distribuidores para Aragón, Levante, Navarra,
Vascongadas y ambas Castillas:

R. Y. D. E.

NÚÑEZ DE BALBOA, 13, MADRID

Para Cataluña y Baleares:

JOSE M.^a CATASUS

ARAGÓN, 254, BARCELONA



Para Andalucía y Extremadura:

CASA LANSAN

PASEO CRISTÓBAL COLÓN, 4 TRIPLICADO
SEVILLA

Para Galicia, Asturias y León:

RAMON FERNANDEZ SUAREZ

LIBERTAD, 22, GIJÓN

Una institución ejemplar en Viena



Lo es, sin duda, el Sanatorio que en uno de los más pintorescos y plácidos lugares de las cercanías de Viena acaba de ser inaugurado con el título de *Lebensnütze Asyl* (Asilo de los cansados de la vida). Sabido es que la capital del antiguo Imperio austriaco es una de las ciudades del mundo donde se registra anualmente mayor número de suicidios. Ello ha hecho pensar á los

psiquiatras vieneses en la conveniencia de fundar un refugio para los desesperados, donde, mediante un buen tratamiento psicoterápico y una vida tranquila, se logre que los presuntos suicidas abandonen sus ideas negras y vuelvan á amar la vida que detestan. Nuestra fotografía presenta á uno de los doctores del establecimiento prodigando sus cuidados á un enfermo.

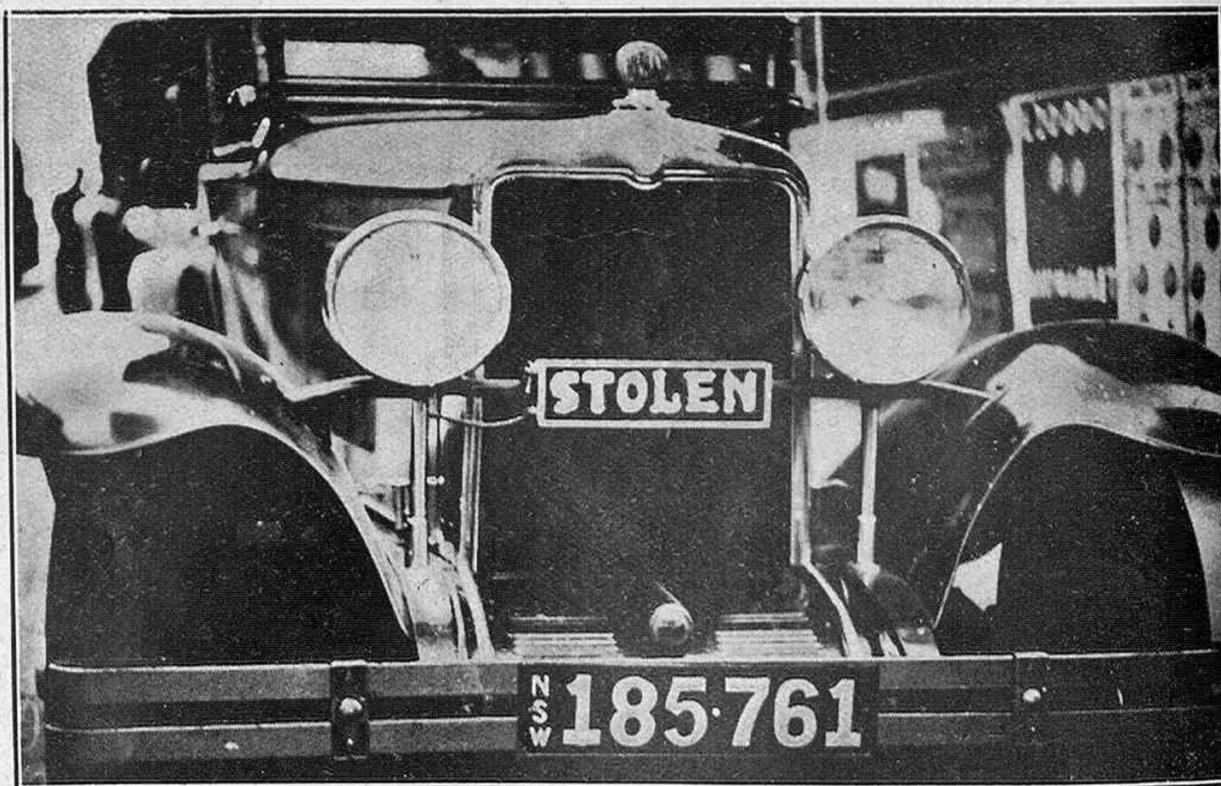
Libros nuevos

El huerto de Aristófanes, por Manuel M. Feduchy. Madrid, 1929.

La evolución de las filosofías, por Wundt. Espasa-Calpe, 1929.

El milagro de América, por Salvador Rueda. En la Colección «Los Poetas». Madrid, 1929.

Contra el robo de autos



Un ingeniero australiano, Mr. Jackson, acaba de registrar la patente para todos los países de cierto ingeniosísimo invento que tiene por objeto, si no imposibilitar en absoluto, al menos hacer difícil y arriesgado el robo de autos abandonados en las calles por sus dueños.

Consiste el invento en que, puesto en marcha el vehículo por persona que ignore determinado contacto eléctrico secreto, aparece en el radiador, en letras luminosas, la palabra *stolen* (robado), con lo que el autor del latrocinio va publicándolo *urbi et orbi*, facilitando la intervención policíaca. Como, según parece, la combinación del

EL AIRE
Y EL SOL
envejecen el cutis



El uso diario
de la

CREMA
HINDS

LO REJUVENECE

PIDALA DONDE VENDAN
ARTICULOS DE TOCADOR

Agotada la primera tirada de

LO QUE CURA
Y CÓMO CURA

EL DR. ASUERO

POR

A. GONZÁLEZ

se ha puesto á la venta una
segunda edición

Pedidlo á corresponsales de
PRENSA GRAFICA
* * y buenos librerías * *

contacto sólo la sabe el dueño del vehículo, ó sea algo análogo á lo que ocurre en la combinación de letras de las cajas de caudales, dicho está que los discípulos de Caco han de andar con pies de plomo antes de ponerlos en el *baquet* de un coche ajeno.

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
PASEO DE GRACIA. Primer orden.
200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.
Precios moderados. El más concurrido.